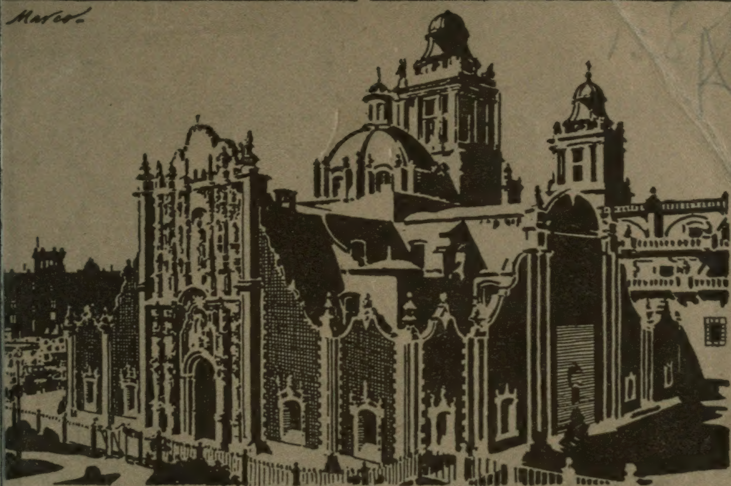
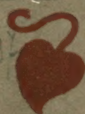

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01723012 9



ARLOS PEREYRA

LA OBRA
E ESPAÑA EN AMÉRICA



BIBLIOTECA NUEVA

LA OBRA DE ESPAÑA EN AMERICA

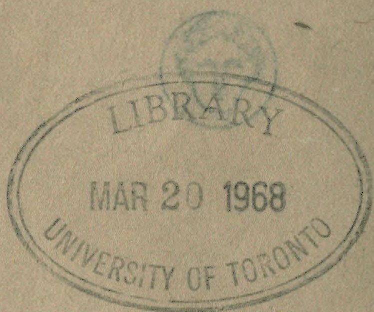


CARLOS PEREYRA

LA OBRA DE ESPAÑA EN AMÉRICA



BIBLIOTECA NUEVA
LISTA, 66. —MADRID



S. L. de Artes Gráficas.—Cartagena-Madrid.

PRÓLOGO

Este libro es menos que un ensayo; es una tentativa. Si el tema, la distribución y el método lo salvan, el autor podrá adicionarlo más tarde, pues necesariamente ha de haber deficiencias en una exposición que era preciso abreviar, y que acaso se abrevió demasiado.

No debe buscarse en estas páginas una historia de la América Española. Son un boceto, y por lo tanto una simplificación de la obra de España en América, para dar la representación del tipo de esa obra, y no para narrar todos sus episodios.

La tendencia del autor es esencialmente crítica. Estima que una admiración indiscreta daña tanto o más que una hostilidad cerrada, sobre todo cuando lo que se busca no es defensa de causas sino descubrimiento de verdades. Convertir leyendas negras en leyendas blancas es tan ilegítimo para la crítica como lo contrario. Y en los tiempos de fineza analítica que alcanzamos, puede ser más temible para los que escriben sobre asuntos históricos verse condenados por una sonrisa que por una franca desaprobación.

Se afirma aquí la admiración a España, pero es una admiración que nace del objetivismo, del estudio ecuánime de los hechos, emprendido con es-

píritu desinteresado. Un investigador que no esté resuelto a cambiar sus posiciones veinte veces, o cuantas crea necesario, puede ser todo lo que se quiera menos crítico. Y el que no matice, el que no sepa ver en cada hecho sino uno solo de sus aspectos, podrá imponerse por sus convicciones, pero no convencer con sus demostraciones.

La obra de España fué colosal. Lo fué militarmente. Pero se muestra más grande aún en el orden económico y en el orden moral. Todo ello aparece aquí con el propósito de señalarlo francamente, para despertar sentimientos de admiración. Pero como esos sentimientos no existían en el autor antes de comenzar sus estudios, y como le fueron sugeridos por vía tan indirecta que muchos de ellos nacieron revisando afirmaciones antiespañolas de historiadores a quienes consideraba en posesión de la verdad, tienen toda la desinteresada pureza de su origen intelectual.

Citaré un ejemplo de esta elaboración. Cunningham es una autoridad en la historia económica. Sus obras merecen con justicia el concepto de clásicas, y en mucha parte han sido insuperadas. La que dedica a la Civilización Occidental en sus aspectos económicos, debe ser considerada como una síntesis admirable. Ahora bien, examinadas dos páginas que dedica a la política colonial de España y cuyas afirmaciones parecían llevar un contenido muy apreciable de verdad, resultaron totalmente falsas por el sofisma de aplicar a tres siglos un hecho que sólo se refería a cincuenta años, y por hacer extensivo al continente americano lo que apenas podía en rigor decirse de las grandes Antillas. Esto era suficiente como indicación de que hay una leyenda

negra, más negra que la otra, y es la de la indocumentación de los que sin propósito de difamar, infaman.

El historiador Cunningham dice que la explotación minera se practicó en grande escala, y que la insuficiencia de brazos indígenas hizo indispensable la importación de negros, a razón de 4000 o 5000 por año. Quedaban pocos brazos para las otras ocupaciones, y por consecuencia, los colonos estaban atenidos a la madre patria, la que les suministrase toda clase de mercancías, incluso los cereales. (1)

Veamos si hay exactitud en estas afirmaciones del eminente Cunningham. La población de las colonias españolas era de diez y seis millones de habitantes. En las minas se ocupaban cuando mucho cincuenta mil personas. Los centros de explotación de la Nueva España, que producían en el siglo XVIII los dos tercios de la masa total, tenían 30.000 operarios. De estos ninguno era negro. El número de esclavos africanos ascendía a la cifra de 300.000; más de 270.000 vivían en colonias que no eran mineras, sino esencialmente agrícolas, y los 30.000 restantes, dedicados en su mayoría a trabajos agrícolas. Puede asegurarse que no pasaban de cinco millares, y esto es mucho conceder, los negros empleados en la minería, o más bien dicho, en los lavados de oro de las costas tórridas. Además, lejos de estar únicamente dedicadas a la extracción de plata y oro, las provincias ultramarinas igualaban casi su exportación de productos agrícolas con la

---

(1) W. Cunningham. *An Essoy on Western Civilisation in its Economic Aspects-Mediaeval and Modern Times.* Cambridgne. 1910. Pág. 193.

de productos mineros, pues aquélla era de treinta millones de pesos y ésta de treinta y ocho millones.

Otro autor de reputación europea, M. Launay, profesor de la Escuela Superior de Minas en Francia, ha publicado un libro, *La conquista mineral* (1) que al tratar de las colonias ultramarinas de España, parece haberse propuesto la inexactitud hasta para los pormenores de simple descripción. ¿No es grotesco que de la Torre del Oro y de la Casa de Contratación haya hecho este sabio una Casa del Oro? Para el eximio M. Launay la minería de los países americanos se explotaba sin cálculo, sin previsión, sin organización, y se hacía de ella un juego de azar, algo como el premio gordo de la lotería. Ahora bien, si acudimos a datos positivos, vemos que toda intensificación en los trabajos extractivos, iba acompañada de un avance en la técnica y de un perfeccionamiento en la cultura general. Aquellos aventureros incultos y locos, daban tres millones de francos para los primeros gastos de la Escuela de Minería de Méjico en la que había profesores formados por los célebres maestros de Upsala y de Freiberg. Una de las primeras cátedras de química que hubo en el mundo, cuando no las tenían muchos países europeos, había sido fundada por esos mismos mineros. ¿No fueron ellos quienes publicaron la primera traducción española de los *Elementos de Química*, de Lavoisier? ¿No tenían como texto escolar la obra de Orictognosia escrita por uno de ellos, condiscípulo de Humboldt?

(1) L. Launay. *La conquête minérale.* París. Flammarion. Pág. 92.

No podía faltar la frase de rigor: «Toda España se precipitó a Méjico y al Perú, y toda la población de las colonias dejaba los campos incultos para buscar vetas.» Los campos mejor cultivados estaban precisamente allí donde la explotación minera tenía mayor auge, como lo sabría M. de Launay si no creyera que es posible hablar de ciertas cosas sin estudiarlas.

Otro ejemplo. El compendiador Seignobos, oráculo de la Universidad Francesa, habla de América en uno de sus libros de texto, y lo hace con tal acierto que un compatriota suyo y amigo del autor de estas líneas, el americanista M. Marius André, contó cincuenta y tantos errores en menos de media docena de páginas. Y los errores de Seignobos no son únicamnte los comunes y corrientes de nombres, fechas y lugares, sino muchos y muy profundos de concepto.

Tercer ejemplo. El profesor Feyel, que se dice geógrafo y que lo es oficialmente, en la Universidad, ha escrito un libro destinado «para los jóvenes que se preparan al servicio de la patria, mediante la práctica razonada del trabajo histórico.» En otros términos, M. Feyel es un preparador de cónsules, y éstos, aleccionados por un geógrafo, tendrán la primera de las sorpresas de su carrera al saber que Caracas no es puerto de mar como lo dice M. Feyel. Luciano se quejaba de un historiador que había transportado a la Mesopotamia la ciudad de Samosata, patria del crítico; pero los habitantes de Venezuela no han visto su capital trasladada a la costa por un simple retórico sin autoridad, sino por un geógrafo normalista de Francia. Estos son pequeños detalles, minucias, errores de

menor cuantía. Sería mezquino parar mientes en ello. Tampoco se le debería reprochar a M. Feyel que haya fundado en 1718 el Virreinato de Buenos Aires. Pero la obra de Feyel contiene algo que la exime del calificativo de obra vulgar, sin crítica, copia de otras copias. Hay en ella puntos de una originalidad tan rara, que puede llamarse a este historiador y geógrafo no sólo un innovador de la historia y de la geografía, sino un creador en los dominios de la etnografía. «La colonización española—dice el autor de la obra para preparar cónsules—se había limitado a la zona de la costa, excepto en Cuba, y era obra de aventureros y conquistadores, no de familias constituídas...» Para los liceos franceses no hubo colonización española en Méjico, en la Nueva Granada, en el Perú, en Bolivia, en el Paraguay, en Mendoza, en Salta, en Córdoba...

Todavía vemos otra novedad en este libro: su biología peculiarísima. Todo el mundo conoce la gran diversidad etnográfica de los países hispanoamericanos. En unos hay sólo población criolla; en otros, además de criollos, hay mestizos e indios; en otros, criollos, negros y mulatos; en otros, se reúnen todos estos elementos. Para Feyel, cuyos libros son de lectura corriente, no sólo en Francia, sino fuera de Francia, desde España hasta Grecia, y desde Bélgica hasta Rusia, la población de la América Española es india, pero con la particularidad de que el autor llama criolla a esa población india, y con la tercera nota, no menos curiosa, de que esa población llamada criolla y considerada como india, resulta de una mezcla de las razas caucásica y bronceada. «Como la colonización española era

obra de aventureros,—escribe Feyel—las mujeres indígenas conservaron la raza.» Parecía un hecho de conocimiento vulgar que mujeres de una raza, unidas a hombres de distinta raza, contribuyen a crear otra nueva, no a conservar la propia. ¿Pero entonces, qué son esos criollos de Feyel, a quienes él presenta separados de una tenue capa de blancos? El normalista geógrafo prodiga tal confusión de términos y emplea una sintaxis tan rara, que el autor de estas páginas acudió a cinco profesores franceses para que desentrañasen el sentido de las palabras de M. Feyel. Ahora bien, los cinco profesores declararon que el francés de Feyel es chino, y sus criollos todo lo imaginable, menos lo que dice el diccionario.

Esto se ha publicado en el siglo XX, y se edita con primor en París. Es obra docente, y como la de Cunningham, perpetúa la imagen del aventurero español que no hace sino entregarse a la explotación de las riquezas mineras, exterminando en ellas a la población indígena y comprando millares de negros cada año para arrojarlos a las galerías subterráneas. Allí no se siembra un grano de trigo, no se cría una res, ni un carnero; allí no hay árboles frutales, ni caña de azúcar, ni café; allí son desconocidas las escuelas, los templos, los palacios, los acueductos; allí todo es crimen y lujuria. ¿No se dice esto último con una cita de Juvenal?

Lord Bryce, el antiguo James Bryce, historiador del Sacro Imperio Romano Germánico y expositor de las instituciones políticas de los Estados Unidos, ha dedicado un libro a la América del Sur. Es una obra de viajes, que habla de los españoles pérfidos, de los españoles rapaces, de los españoles

destructores, de los curas que se ensañaban como lobos en su propio rebaño, de las llamas inquisitoriales, de todo en fin lo que pudiera considerarse moda intelectual ya vieja cincuenta años antes de que Bryce fuera viejo. Y el blanco druida escribe todo esto con una seriedad que hace pensar si el desdén le quita sus dones de historiador, o si se habrá hecho historiador por una congénita aversión contra la historia. Comparando a los españoles con los bárbaros practicantes de sacrificios humanos, —¿qué mas da?—se pregunta el hoy noble y siempre ilustre Bryce. (1)

Haber visitado la América del Sur sin discutir una sola de las ideas de Humboldt, sin conocer una sola de las relaciones de la época colonial, sin otro equipaje que las noticias inconexas que le proporcionaban las conversaciones de sus compatriotas, era proponerse hacer un libro de visión directa, anecdótico, de andarín, precisamente en lo que no cabe la impresión inmediata, como es el juicio de lo pasado.

Y así, con obras magistrales como la de Cunningham en que por lamentable deficiencia el estudio del siglo XVI y de las Antillas sirve para juzgar de Méjico en el siglo XVIII; con manuales grotescos de normalistas franceses; con repertorios frívolos de ancianos irritables, y de damas que creen azteca el nombre de Guadalajara, se conserva la corriente de las opiniones acerca de la obra colonizadora de España.

Si se tratara de Grecia, de Roma, de Inglaterra,

(1) James Bryce. Anthor of *The Holy Roman Empire*, *The American Commonwealth*, etc. *South America*. London Macmillan 1912. V. Págs. 92, 94, 103, 117 y 165.

de Holanda o de cualquier otro pueblo, la crítica europea no consentiría desacatos tan audaces. Pero la crítica europea deja pasar cuanto se refiere a España, porque para ella también, no pocas veces Africa comienza en los Pirineos. Cabe, pues, en el estado actual de las ideas referentes a la prolongación colonial de España, una breve discusión de hechos elementales y una tentativa para formar la visión de conjunto. Lo que aquí se escribe no es por lo tanto—habrá que repetirlo—un alegato de la defensa, sino una contribución para el conocimiento de la verdad histórica.

Madrid, Septiembre de 1920.

SE ha hecho frecuentemente el paralelo de la obra de España y de la de Inglaterra en América.

España llevó conquista, es decir, violencia, destrucón, fanatismo.

Inglaterra fué uua exportadora de libertad.

Por esclavas, por españolas, fueron pobres e inietas las Repúblicas Hispanoamericanas.

Por libres, fueron ricas y pacíficas las colonias inesas.

Hay falsedad en estos hechos, y debemos revisarlos.

El paralelo se ha fundado en una idealización admitiva de la sociedad angloamericana, y en la condeción sin juicio de todo lo español.

Hagamos otro paralelo con datos de la realidad.

I

LOS CARACTERES DE LA COLONIZACIÓN ANGLOSAJONA EN LA AMÉRICA DEL NORTE

Se calcula que entre la región forestal de la costa del Atlántico y las márgenes del río Mississippi, había menos de 150.000 indios. «La energía, la iniciativa y la industria de las razas civilizadas, tenían como campo de acción un continente virgen. Esta combinación de aptitud económica con recursos naturales de extraordinaria extensión y variedad, ha producido resultados materiales que no tienen paralelo en la historia humana». (1)

La colonización anglosajona presenta otro carácter muy especial: el de haber tomado como territorio de expansión, una costa situada frente a Plymouth y los *Cinco Puertos*. Después de haber seguido durante el siglo XVI las rutas de los españoles a las Canarias, de allí a las Antillas, y de éstas hacia el norte para llegar al cabo Fear (2), designación que se aplicaba por el objeto pirático de las expediciones, los marinos ingleses atravesaron directamente el Atlántico. «En 1602, Bartolomé Gosnold,

(1) Coman. *Industrial History of the United States.* Pág. 8.

(2) *Cabo del Miedo.*

que era uno de los socios de Raleigh, se aventuró a hacer la travesía, tomando como punto objetivo la bahía de Massachusetts. Esta aventura demostró que Inglaterra tenía sus provincias americanas mil millas más cerca que España las suyas, y en lo sucesivo se siguió la vía directa». (1)

Otro rasgo distintivo de la colonización inglesa, fué la limitación estrecha del área de población, que durante todo el período colonial quedó comprendida entre Pemaquid y Savannah, el Océano y la cadena de los Apalaches. (2)

El tercero de los rasgos de la colonización inglesa en América, fué que «la costa abierta al espíritu de empresa de los ingleses, era además muy accesible desde el mar. Una hermosa serie de ríos, —el Connecticut, el Hudson, el Delaware, el Sasquehanna, el Potomac y el James—que bajan de la meseta de los Apalaches, son navegables por barcos de poco calado hasta muy cerca de sus fuentes, y sirvieron a los exploradores y colonos como si hubieran sido caminos macadamizados». (3)

La época misma de la colonización fué favorable a los resultados definitivos de ésta. Juan Caboto descubrió el continente americano antes que Colón, como jefe de una expedición inglesa que salió de Bristol en 1497, pero una gran parte del siglo XVI fué empleado por los ingleses en expediciones piráticas contra el comercio español. Mientras España iniciaba su actividad colonizadora con el segundo viaje de Colón, un año después del descubrimiento de la nueva ruta marítima, Inglaterra no es-

(1) Coman. *Op. cit.* Pág. 16.

(2) Coman. *Op. cit.* Pág. 16.

(3) Coman. *Op. cit.* Pág. 15.

tablecía su primera colonia sino a principios del siglo XVII. (1)

Ya veremos la significación de este hecho. La primera colonia inglesa fué Jamestown. Después se fundó Plymouth en 1620, Salem en 1628, Boston en 1629. Antes de 1640, ya había numerosas expediciones coloniales que salían anualmente de Bristol, de Plymouth o de Londres. Era la época en que emigraban los *puritanos perseguidos por los caballeros.* Después siguieron veinte años en que los emigrantes eran *caballeros* perseguidos por los *puritanos*, y de 1660 a 1688, hubo otro período de emigración puritana.

No es verdad como se dice frecuentemente que estos emigrantes, republicanos o realistas, hayan sido amantes platónicos de la libertad en busca de una patria consagrada a los ideales de la dignidad humana. Eran gentes tiranizadas que cuando podían tiranizaban, en la patria de origen o en la nueva. La libertad no surgía como obra de elección, ni existía generalmente en las colonias; si la encontramos al cabo, en ciertos momentos, fué como resultado de la diversidad de creencias y de conflictos violentos que necesitaban una conciliación, pero no como libertad generosa para el extraño. Eso nunca. Lo primero que hacía un puritano en Inglaterra al ocupar el poder público, era perseguir a los realistas; en América agujereaba la lengua de los cuáqueros con un hierro candente. Pero el conflicto fué útil, y gracias a él hubo colonias en que la tolerancia imperó como ley de convivencia necesaria.

Una de estas tierras de tolerancia fué Mariland,

(1) Las tentativas de Gilbert y Raleigh, a fines del siglo XVI fracasaron deplorablemente.

«colonia de propietario», concedida a Lord Baltimore, quien se proponía crear un lugar de refugio para los católicos perseguidos y constituir un estado feudal o semifeudal para su familia.

El concesionario murió, y su hijo no tuvo capacidad suficiente para llevar adelante los planes del iniciador. La colonia se pobló de una mayoría de puritanos, y ésta aumentó con nuevos emigrantes de la misma secta expulsados de Virginia. La coexistencia de individuos de distinta religión, y la necesidad de llegar a un equilibrio de poder entre la asamblea y el gobernador, agente del propietario, condujo a la *Acta de Tolerancia* que comenzaba por dictar pena de muerte para todos los que «blasfemasen contra alguna de las personas de la Santísima Trinidad, o la negasen.» La tolerancia era para quienes profesasen creer en Jesucristo (1). Cuando más tarde se estableció una legislación colonial uniforme, la tolerancia quedó adoptada como principio general, salvo para los católicos. En otros términos: la intolerancia quedó consagrada como conquista de la libertad (2).

Pero si desde el punto de vista de los resultados materiales, la limitación geográfica de la zona de colonización es de la mayor importancia, no lo es menos la limitación histórica del tiempo en que ésta se hizo, y el carácter especial de la corriente migratoria, formada de hombres a quienes no llevaba la fascinación de un mundo mágico, sino la simple conveniencia de un cambio de medio. Precisamente las condiciones de este medio

(1) Ashley. *American History*. Págs. 59-61.

(2) Ashley. *Op. cit.* Pág. 83.

sin atractivos exteriores y brillantes, fué la suprema bendición para las colonias inglesas.

Al oriente del meridiano 100° de Greenwich, y el norte de los 35°, América tiene un suelo en general superior al de Europa. Prácticamente, todo es arable, y la gran variedad de sus productos supera a la de Europa (1). Después de la naturaleza del suelo, «los bosques de un país determinan en gran parte la utilización de ese país por el hombre.» Ahora bien, el sistema de los Apalaches y toda la región entre ese sistema y el mar, lo mismo que la orilla del golfo de Méjico hasta el Mississippi, forman zonas cubiertas por los mejores bosques conocidos en el período histórico, fuera de los trópicos» (2). Ya he hablado de los ríos, sin los cuales hubiera sido imposible realizar tan rápidamente la obra colonizadora.

Las riquezas metalíferas del continente norteamericano son de dos especies para nuestro objeto: las que fueron adquiridas con la Cordillera occidental, cordillera más abundante en metales preciosos que las montañas de cualquiera otro continente, pero que corresponden al último período de expansión, y las riquezas minerales propias para la industria que existían copiosamente en la zona de ocupación primitiva. El más importante de los metales, el hierro, existe en todos los Estados, salvo uno que otro, como Florida, que no lo tiene. Pero la región de los Apalaches, con Missouri y Michigan, se lleva la supremacia.

---

(1) Nathaniel S. Shaler, Professor of Palaeontology in Harvard Universoty. *Physiography of North America*, En Winsor. *Narrative and Critical Hiztory of America.*—T. .v. Pág. 6.

(2) Ib.

Aunque los yacimientos de hulla no influyeron en la colonización, y su acción sólo se ha manifestado en los tiempos recientes de la gran industria, posterior a la Independencia, conviene señalar en esta revista fisiográfica el hecho de que el territorio abierto a la expansión anglosajona en América está dotado de todos los elementos necesarios para una civilización industrial autónoma, y que además de los recursos agrícolas e industriales propios de una colonia, poseyera los de un desarrollo ulterior ilimitado. «En conjunto, las reservas de combustibles subterráneos son mucho más ricas en América que en Europa. El área carbonífera es por lo menos ocho veces mayor, y los depósitos están situados en condiciones más ventajosas para la extracción. Salvo Asia, ningún otro continente tiene probabilidades de presentar los mismos recursos carboníferos; en China, el área parece mucho mayor que en Norteamérica, pero la calidad no está probada, aunque es indudablemente muy buena». (1)

El petróleo existe asimismo en cantidades enormes, y su volumen se ha calculado igual a un lago que ocupara toda la superficie de los Estados de Nueva York y Pennsylvania, con una profundidad de cuatro metros.

*

Los colonos anglosajones no encontraron ninguno de los obstáculos que se oponen a la ocupación de un país; no había, en efecto, ni ventisqueros, ni desiertos, ni pantanos. «Si el lector sigue la intere-

(1) Shaler. *Op. cit.* Pág. 9.

sante relación de la conquista sajona, que da la obra de Green sobre la *Formación de Inglaterra*, verá cómo los pantanos y las selvas pantanosas limitaron durante muchos siglos la obra de subyugación. En América no hay grandes superficies de aguas encharcadas en la parte alta que se extiende al sur del San Lorenzo, exceptuando Maine y las Provincias Británicas; en todos los otros distritos, el fuego o el hacha pueden adaptar el terreno fácilmente para el cultivo. Al considerar las condiciones físicas que forman parte de la ocupación de la América del Norte por las colonias europeas, debe asignarse un lugar preferente a la ausencia de tierras altas encharcadas, pues el ambiente seco de los bosques impide la formación de turba dentro de sus límites. (1)

Una de las grandes facilidades que encontraron las colonias anglosajonas fué común a todas las del continente, y no explica por sí sóla el buen éxito de aquéllas, pero debe mencionarse para que conste el hecho, a reserva de eliminarlo después como elemento diferencial. Para un primer establecimiento, el maíz tiene muchas ventajas respecto del trigo. En primer lugar, produce doble cantidad de alimento por unidad de superficie cultivada, y después de esto las sementeras sufren menos a causa de los cambios de temperatura. El país es un cultivo más resistente, y la cosecha puede hacerse en épocas que serían funestas para el trigo. La cosecha misma es más económica, pues no hay que practicar siegas sino sólo cortar las panojas. Por último, aparte de ser más uniforme el rendimiento del maiz, tiene la ventaja del valor forrajero de la

(1) Shaler. *Ob. cit.* Pág. 13.

caña, superior al de la paja. Pero hay algo que recomendaba sobre todo el maíz a los primeros colonos, y era que podía sembrarse sin labrar el suelo y sin desmontar el terreno, pues bastaba matar los árboles quitándoles la corteza con el hacha.

«Los rudimentos de civilización que habían alcanzado los indígenas de este país, (Estados Unidos), se basaban en el mencionado cultivo, y en el de la calabaza, que probablemente se hacía de un modo conjunto, como lo practican los que heredaron sus tierras y sus métodos de labranza. Casi en todas partes y a la vez, los colonos europeos adoptaron el cultivo y procedimientos de los indios. Sementeras de maíz y calabazales en los intervalos de las cañas, fueron durante muchos años el principal, ya que no el único cultivo de la América del Norte. Y no exageramos al decir que sin estos productos americanos y sin los métodos de labranza, también americanos, habría sido mucho más difícil el establecimiento de las primeras colonias en estas costas.» (1)

Ciertas dificultades obraron ventajosamente. Una de ellas, es la mayor extensión de territorio norteamericano que fué cubierto por la influencia del período glacial, en relación con Europa. En ésta, sólo la mitad de la Gran Bretaña, las penínsulas escandinavas y una parte del norte de Alemania y Suiza, estuvieron sujetas a la acción del casquete de los hielos, mientras que en América, todo el territorio situado al norte del Susquehanna y la mitad por lo menos del que está al norte del Ohio, sufrieron esa influencia transformadora. La consecuencia histórica señalada por los geógrafos es que los te-

(1) *Op. cit.* Pág. 12.

rrenos glacializados presentan una gran rebeldía inicial a la acción del arado, por la abundancia de piedras, pero una vez hecha la roturación, su fertilidad se mantiene inalterablemente. «Jamás he visto agotarse terrenos de esta clase», dice Shaler. (1)

La dificultad inicial para la roturación, duplicada por la naturaleza selvática del territorio, daba mayor fijeza a los establecimientos, pues el colono que al principio encontraba todas las facilidades posibles en el cultivo del maíz y de la calabaza, y que vencía después los obstáculos de la limpia, roturación y desmonte, no quería repetir estas penosas operaciones en otro terreno, y menos tentado aún se veía a la emigración cuanto que su campo jamás presentaba señales de agotamiento.

La población no se movia, pues, y si emigraba era cuando ya alcanzaba una densidad suficiente para que no peligrara la colonia fundadora, que por lo demás no tenía carácter exclusivamente agrícola, o si lo tenía se entregaba a los cultivos de exportación.

El tabaco en el Sur, que fué la base primitiva de la zona esclavista, importadora de negros, y las maderas de construcción en el Norte, crearon los dos primeros elementos de diferenciación entre los aristocráticos plantadores y los ricos navieros.

Entretanto, la masa general de la población se preparaba para ocupar nuevas tierras en el Oeste, secundada y empujada por las profundas ondas migratorias procedentes de Europa.

---

(1) Shaler. *Op. cit.* Pág. 12.

II

EL ENGRANDECIMIENTO TERRITORIAL, ECONÓMICO Y POLITICO DE LOS ESTADOS UNIDOS.

REUNIENDO lo dicho en el capítulo anterior, vemos que los ingleses tuvieron la ventaja de dirigir su colonización hacia un territorio que por el clima y los productos era semejante en todo al de la madre patria, y que presentaba a la vez la ventaja de posibilidades ilimitadas de expansión.

Esta expansión se facilitó en parte por el escaso número de los aborigenes, y por la relativa debilidad de las potencias rivales. Holanda fué la primera a quien se eliminó, y la conquista de su colonia.

Nueva Holanda, en 1664, llamada Nueva York por los ingleses, ligó el grupo de las del Norte, o Nueva Inglaterra, extendidas hasta el río Kennebec, con las del Sur que se habíau dilatado hasta una pequeña distancia del río James. La conquista de Nueva Amsterdam, (Nueva York), y el establecimiento de la Carolina, dieron continuidad a la línea de colonias en toda la extensión de la costa hasta el río Savannah (1).

La lucha con los franceses fué casi secular en

(1) Ashley. *Ob. cit.* Págs. 68-84.

América, y comenzó en 1689. Esta lucha fué base de la primera gran expansión continental anglosajona. A diferencia de los ingleses, que limitaron su campo de colonización dentro de las plantaciones, los franceses dieron a su ocupación de las tierras americanas una forma esencialmente militar, de puestos avanzados, que sólo podían sostenerse mediante la acción de sus ejércitos. Los ingleses formaron un nuevo país capaz de sostenerse con un sistema meramente defensivo; los franceses no podían fiar su seguridad sino a un sistema de audaz iniciativa.

Es interesante señalar la diferencia entre los métodos de penetración practicados por Inglaterra y los de Francia, tanto más, cuanto que los de la segunda se asemejan en cierto modo a los de España. Los franceses acudieron al continente como exploradores y capitanes, como misioneros y como traficantes. En tiempo de Enrique IV, De Monts fué uno de los que iniciaron las aventuras geográficas de los franceses. Samuel de Champlain, compañero de De Monts, y fundador de Quebec, es representante típico de la penetración francesa. Fundó la ciudad o aldea de Quebec en 1608, hizo amistad con los algonquines del San Lorenzo, y peleó contra los iroqueses. Champlain logró bien poco. Su fundación, Quebec, tenía dos mil almas medio siglo después de establecida. Había caído en poder de los ingleses, y sólo fué restituída por efecto de negociaciones diplomáticas.

Champlain murió en 1633, y cinco años después Cartier iniciaba sus exploraciones en la cuenca del Mississippí. En 1673, Marquette y Joliet bajaban por el gran río hasta la confluencia del Arkansas.

Otro gran explorador, Robert Cavelier, Señor de la Salle, concibió el ambicioso plan de hacer francés todo el sistema del Mississippí que es la cuenca fluvial más extensa del mundo, y sin disputa la más rica, y ligarla con el sistema del río San Lorenzo y de los Grandes Lagos por medio de una cadena estratégica de fuertes.

Un escritor alemán ha dicho que sus compatriotas son buenos soldados sin jefes, que los franceses y los españoles son buenos jefes sin soldados, y que solamente los ingleses tienen jefes y oficiales. La verdad se halla muy distante de esta paradoja, y por lo que respecta a los franceses y españoles, es evidente que si a sus hombres de genio jamás les han faltado auxiliares subalternos dignos de ellos, sólo por excepción han recibido un apoyo eficaz de la madre patria. La Salle exploró en 1699 la zona que se extiende del lago Erie al Ohio, y años más tarde quiso explorar el Mississippi, lo que logró en 1682 después de dos tentativas inútiles, llegando a la desembocadura del gran río. La nueva expedición emprendida por La Salle para poner bajo el dominio del pabellón francés todo el territorio del Mississippi, ligándolo al del Canadá, fracasó lamentablemente en Tejas donde La Salle fué muerto por uno de sus soldados en 1687.

Sin embargo, pasado algún tiempo se establecieron los franceses en la Luisiana. Mobila fué fundada en 1701 y Nueva Orleans en 1718. Años antes, la paz de Ryswick (1697) sancionaba el establecimiento de los franceses en las Antillas, es decir, en el riñón de los dominios de España, donde los ingleses poseían también una base naval de primer orden.

Es inexplicable cómo la colonización francesa, tan emprendedora, tan genial en la comprensión de las grandes vías estratégicas, tan apta para la asimilación de las razas aborigenes, tan hábil en la explotación mercantil de las zonas que lograba señorear, no ahogó a las colonias inglesas. Sin duda la naturaleza contrarió la obra de los franceses. En efecto, el río San Lorenzo está encadenado durante cinco o seis meses por los hielos, y tiene rápidas que dificultan la navegación. Además de esto, el territorio ocupado por los franceses, como situado al norte de la zona maicera, no presenta las ventajas iniciales del que ocuparon los ingleses. El clima es más frío, y la época aprovechable para los cultivos hace éstos más aleatorios. Finalmente, el rendimiento es menor por la naturaleza del suelo. Todo ello contribuyó a un retardo en la colonización francesa, retardo que fué muy ventajoso para los ingleses. Cuando aquéllos iniciaron la formación de la línea estratégica del Mississippi, con un gran intervalo respecto de su establecimiento en el río San Lorenzo y en los Grandes Lagos, ya las colonias inglesas tenían un arraigo muy considerable que faltó a los franceses por el escasísimo empuje de su caudal migratorio (1).

Por el *Tratado de Paz de 1873*, en que se reconoció la Independencia de los Estados Unidos, estos ganaron además de esa independencia, un punto importantísimo, verdadera causa de la guerra, o una de las causas fundamentales de ella: el dominio sobre el territorio comprendido entre los Apalaches y el Mississippi. Resultó con esto que Inglaterra había hecho para los Estados Unidos la vic-

(1) Shaler. *Ob. cit.*, pág. 12 y 13.

toriosa *Guerra de Siete años*, y que Francia, en cuyo detrimento se ganó esta guerra, ayudó después a los Estados Unidos para que recogieran el fruto de la victoria obtenida contra ella.

Los directores diplomáticos de los Estados Unidos en Europa durante las negociaciones de paz con Inglaterra, eran dos hombres habilísimos: Franklin y Jay. Franklin logró que se nombrara negociador por parte de Inglatera a Richard Oswald, persona que estaba enteramente bajo la influencia del agente yanqui. Pero Franklin y Jay tenían instrucciones de obrar según las ideas de los representantes de Francia, aliada de los Estados Unidos, y sin cuya intervención éstos hubieran quedado sometidos. Ahora bien, a pesar de las instrucciones de Filadelfia, los agentes ingleses y norteamericanos concibieron el proyecto de entenderse con Inglaterra sobre las espaldas de franceses y españoles. Cuando Franklin le preguntó a Jay si estaría dispuesta a romper sus instrucciones, y hacer una paz antifrancesa, antiespañola y probritánica:

—Tan dispuesto,—dijo Jay—, como lo estoy a romper esta pipa.

Y despedazándola, arrojó los fragmentos a la chimenea. (1)

El 30 de noviembre de 1782, se firmaba el tratado preliminar angloyanqui a espaldas de los diplomáticos aliados.

España que había tomado participación en la guerra como aliada de los franceses y auxiliar de los norteamericanos, por el tratado de paz obtu-

(1) Ashley. *Op. cit.* Pág. 184.—«La mayoría de las victorias de la Revolución se habían ganado por los estadistas en Europa, y no por los ejércitos en América.»

vo la retrocesión de las Floridas, y Francia le cedió la Luisiana. Nacían, pues, los Estados Unidos con vecindad española.

El primer pensamiento político de los Estados Unidos, según la fórmula de Franklin, era crecer a espensas de sus vecinos, y principalmente, adquirir la Luisiana y las Floridas. La Luisiania fué adquirida en 1803, pues Francia, que la había obtenido nuevamente de España por una cesión condicional la vendió a los Estados Unidos. Faltaban las Floridas, y las Floridas entraron en los dominios de la Unión, de 1813 a 1819, parte por invasión, parte por tratado.

Los Estados Unidos intentaron entonces crecer a espensas de Inglaterra, como habían crecido a espensas de Francia y de España, y esta fué la causa real del conflicto de 1812 a 1814; pero la lealtad canadiense y la incapacidad militar de los jefes de la Unión, decidieron la contienda en un sentido desfavorable para los expansionistas. El Canadá ha vivido y se ha desarrollado bajo el poder británico.

El crecimiento territorial se hizo a espensas de Francia y de España, como queda dicho, y después a espensas de Méjico, hacia el sudoeste. En 184[illegible] los Estados Unidos habían alcanzado ya casi todo el ensanche territorial que les ha entregado el dominio del medio geográfico más extenso y admirable por su riqueza que haya formado jamás un sólo territorio continuo.

Todas estas anexiones habían sido relativamente fáciles. La de Tejas fué obra de incorporación de una república nominal fundada por colonos anglo

americanos (1). California y Nuevo Méjico, quedáron incorporados a consecuencia dei Tratado de Guadalupe Hidalgo (2), después de una rápida y sencilla campaña contra la vecina República, profundamente anarquizada.

(1) V. Carlos Pereyra. *Tejas, La Primera Desmembración de Mejico.*

(2) 2 de febrero de 1848.

III

CONTRASTE ENTRE LA COLONIZACIÓN ANGLOSAJONA Y LA DE ESPAÑA

De los hechos referidos se desprende el gran valor de una acción colonizadora circunscrita en una área geográfica relativamente pequeña con territorios contiguos de expansión veinte veces mayores. Cada movimiento de avance significaba, por una parte, la adquisición de nuevas fuentes de riqueza, y por la otra una atracción poderosa de inmigrantes europeos, en cifras cada vez mayores.

Es enorme el contraste entre la humildad de los orígenes y el voluminoso resultado, como es notable el contraste que presentó el soberbio arranque inicial de los colonizadores meridionales con el estancamiento posterior. En un caso, tenemos el mejor ejemplo de la economía del esfuerzo, y en el otro el de una disipación máxima de energía: impulsos generosos, desinterés guerrero, o si se quiere, apetitos también, pero de proporciones colosales, que al satisfacerse agotaban la aptitud misma a que estaba confiada la expansión colonizadora de los pueblos románicos,

Ahora bien, lo que en general podrá decirse de

franceses, portugueses y españoles, era más aplicable a los dos últimos, y sobre todo a España, que secó las fuentes de su energía en el acto mismo que marcó el momento culminante de su esplendor.

Pero antes de hacer el paralelo, que aparece aquí como una anticipación, conviene seguir la línea independiente del desarrollo angloamericano. La formación de las colonias inglesas difiere del caso de las españolas y portuguesas en que fué una convergencia de varios pueblos europeos con total ausencia de elementos indígenas.

Conviene dar algunas cifras. A mediados del siglo XVIII, las colonias inglesas tenían menos de 1.250.000 habitantes. La más populosa de ellas era Virginia; seguía Massachusetts, y Pennsylvania ocupaba el tercer lugar. En realidad, los colonos apenas llegaban al millón, pues había 300.000 negros, originariamente esclavos de Africa. En su mayoría, los habitantes eran ingleses. Entre los blancos de otro origen, había escotoirlandeses, que emigraron en gran parte del norte de Irlanda durante la primera mitad del siglo XVIII. También se refugiaron en América muchas familias de hugonotes franceses, emigradas después de la revocación del edicto de Nantes en 1685. Los escotoirlandeses vivían en las colinas de Pennsylvania y en las Carolinas; los hugonotes en la Carolina del Sur. Pero casi todos los extranjeros, o en otros términos, los no ingleses, residían en las colonias del centro: tales eran los alemanes de Pennsylvania, los suecos y escoceses, los franceses y los holandeses. «Probablemente una cuarta parte de todas las colonias era de nacionalidad inglesa.» (1)

(1) Ashley *op. cit.* Págs. 104 y 105.

Resumiendo estos datos, tenemos:

Ingleses	700.000
Irlandeses del norte, escoceses, alemanes, franceses, suecos y holandeses	250.000
Negros	300.000
Total	1.250.000

Entre 1750 y 1800 hubo poca inmigración europea, y sin embargo la población cuadruplicó, hecho que se debe indudablemente al avance territorial realizado entre 1783 y los últimos años del siglo, y prueba evidentísima de que los promotores de la independencia supieron calcular con gran acierto las ventajas de la expeculación en el territorio transapalachaico que Inglaterra quiso cerrar a los colonos.

La población, que alcanzaba la cifra de 5.500.000 en 1800, siguió aumentando con los nuevos ensanches territoriales y la poderosísima corriente migratoria de Europa. En 1850 llegó a la cifra de 23.000.000, y en 1860 subió a 31.000.000.

Después de la independencia, la inmigración aumentó progresivamente, con los avances territoriales a que se ha hecho referencia. En 1910, los Estados Unidos tenían 92.000.000 habitantes de los cuales eran:

Nacionales	78.500.000	85 °/₀
Extranjeros	13.500.000	14 °/₀

Los extranjeros procedían:

Del Reino Unido	2.500.000
De Alemania	2.500.000
Del Canadá	1.100.000
De Rusia y Finlandia	1.700.000

De Italia........	1.300.000
De Austria..................	1.100.000
De Hungría.................	490.000
De Suecia..................	665.000
De Noruega.	403.000
De Méjico..................	219.000
De otros países......	363.000

Sólo en un año (1913) hubo:

INMIGRACIÓN

De las Islas Británicas..........	88.204
De Alemania............... .	34.329
De Escandinavia	32.267
De Austria-Hungría...........	254.825
De Italia.......................	265.542
De Rusia y Finlandia...........	291.040
Total......	966.207

Durante la primera mitad del siglo XIX, llegaron a los Estados Unidos 2.500.000 inmigrantes europeos, y otros tantos entre 1850 y 1860. «La mayoría de estos eran ingleses o alemanes, gentes de inteligencia excepcional y de energía no menos notable, que se asimilaron a los habitantes del país y abandonaron casi todos sus caracteres sociales anteriores.» (1)

No es posible exagerar el valor de la inmigración para el avance de los Estados Unidos. Un escritor francés, Gonnard, (2) se expresa en estos términos, refiriéndose a la influencia de la sangre y cultura alemana en los Estados Unidos:

«Desde 1820, Alemania ha dado a la República

(1) Ashley *Op. cit.* Pág. 333

(2) Gonnard *La Colonsiation.* Pags. 148 y 149.

Americana de seis a siete millones de sus hijos, o sea cerca de la cuarta parte de los extranjeros de diferentes nacionalidades que los Estados Unidos han recibido en su seno. Así, en el último censo de 1900, se calculaba que eran 7.800.000 los individuos de origen alemán establecidos en la República, ya fueran alemanes por el padre, ya lo fueran por la madre, y que de ese número más de 2.500.000 habían nacido en Alemania. Casi todos estaban naturalizados y muy pocos eran los que conservaban su nacionalidad».

Esto por lo que respecta al número. Por lo que respecta a la influencia, M. Gonnard cita a un compatriota suyo, Mr. Viallatte, quien dice que el elemento alemán «ha sido uno de los mejores entre los que contribuyeron a la formación de los Estados Unidos contemporáneos. Los alemanes han desempeñado un papel importante en la formación de la industria metalúrgica, así como de las industrias mecánicas y químicas. En los estados mayores de estas industrias son frecuentes los nombres de desinencia alemana, y al visitar las fábricas de los Estados de Pennsylvania, Nueva York, Ohio e Illinois, impresiona el número de obreros cuya fisonomía indica un origen alemán. Pero el mayor servicio que el elemento alemán ha prestado a los Estados Unidos, es el de haberle dado la clase de cultivadores que después de los *pionniers* se establecieron en la extensa región situada entre el Ohio, los Grandes Lagos y el Mississippi». (1)

El inmigrante europeo no sólo ha obrado como un factor favorable para el fomento de la actividad, sino como un fundente nacional para destruir ten-

(1) Op. cit.

dencias de localismo que influían en la vida norteamericana. Esto por lo que respecta a los irlandeses y alemanes. El hambre de Irlanda, iniciada en 1845, y el fracaso de la revolución de 1848 en Alemania, significaron para los Estados Unidos una aportación considerable de energía.

Muy diferente es el sentido con que debe interpretarse la corriente migratoria de la Europa meridional y oriental: los italianos, húngaros, judíos y eslavos que en grandes masas han acudido a la República norteamericana durante los últimos años del siglo XIX, llevaron un elemento de retraso, pues esas masas no asimiladas, de lenguas extrañas, de vida inferior y de modestísimas pretensiones en el trabajo, fueron la carne barata y dócil explotada por el capitalismo. Y así, mientras la Europa proletaria se sacudía en el movimiento de la organización sindical, los Estados Unidos hacían propietarios o jornaleros privilegiados a sus mejores obreros, y esclavos sin voz de rebeldía a las masas abyectas importadas como ganado durante más de medio siglo. Pero estas masas ilotizadas contribuyeron con sus músculos a la espléndida civilización material de los norteamericanos.

IV

LA ESCLAVITUD NEGRA Y LA ESCLAVITUD BLANCA EN LAS COLONIAS INGLESAS.

Se ve que el caso de los Estados Unidos es único y que no se podría encontrarle paralelo. Para enterarse de lo que fué propiamente la obra de Inglaterra en América, hay que estudiar lo que hizo hasta el día en que perdió sus colonias.

Debe decirse en primer lugar que no las perdió por la formación de un espíritu de hostilidad contra ella. Las perdió por la formación de intereses inconciliables con su dominación. Durante una gran parte de la guerra de Independencia, predominó el sentimiento de lealtad a la madre patria, y la balanza se inclinó en favor de los rebeldes, o revolucionarios si se quiere, por la ayuda financiera de Holanda, por la intervención militar de Francia y por la acción naval franco-española. Esta última fué la decisiva, acompañada de errores técnicos en que incurrió el almirantazgo inglés (1).

Inglaterra supo colonizar y supo conservar la ad-

(1) El almirante norteamericano Mahan declara que el resultado victorioso de la guerra de Independencia, se debió al poder naval de que disponían los franceses.

hesión de sus hijos ultramarinos; supo defenderlos contra la agresión francesa; pero no supo llevar por el cauce de su sentimiento imperial los intereses nacidos del desenvolvimiento de las colonias. Estas se coligaron con las potencias rivales para destruir el vínculo imperial, y fueron suficientemente hábiles para sacar a la vez grandes ventajas a costa del adversario y de los aliados, llegando a fin de la guerra dispuestas a unirse con el enemigo contra el protector. Lo semejante produce lo semejante, e Inglaterra vió complacida su propia imagen cuando pudo observar que John Adams, Benjamín Franklin y John Jay jugaban con los estadistas de Londres, de París y de Madrid.

Un país que producía negociadores de esa fuerza y negociantes de fuerza igual o mayor, no es la inocente Arcadia democrática que imaginan los glorificadores de la *grandeza americana.*

Hubo una *grandeza americana*, pero debe buscarse en una especialización de aptitudes plutocráticas y señoriles, que no tardaron en ser aptitudes políticas de dominación e imperio.

Dos son las grandes virtudes que se encomian en el pueblo norteamericano: se dice que es laborioso y amante de la libertad.

Por contraste, dos son las maldiciones que esos mismos hombres y sus padres o primos los ingleses, han dirigido contra los españoles: haraganes y amantes de las cadenas para sí o para otros.

Según la historia fantástica, los colonos ingleses de América tenían dos amores y un odio: sus dos amores eran la libertad y el trabajo; su odio, el oro y los otros metales preciosos. El capítulo relativo al oro y metales preciosos vendrá después, al tra

tar del siglo de actividad consagrada por los ingleses a la piratería, antes de que se hicieran colonos, y aun después de serlo. No sólo buscaban el oro, sino que lo buscaban ya acuñado, o por lo menos en barras, y lo tomaban de los galeones de España o de las factorías en América, aun abriendo tumbas para quitárselo a los muertos. Como colonos los ingleses prescindieron del oro sólo porque no lo había; no porque les fuera indiferente. Los cincuenta compañeros de John Smith, según este aventurero, eran gente muy preocupada por una sola idea: «No hablaban sino del oro; no pensaban sino en el oro: no hacían otra cosa que cavar, y lavar y refinar oro.» Aun después de aclarado que el polvo brillante enviado a Inglaterra carecía de valor, y que las supuestas montañas de oro no eran sino rojo barro (*red clay*), aquellos visionarios caballeros no querían emprender trabajo útil alguno (1).

Se dirá que con gentes así no se funda una colonia, y que los colonos han de haber sido muy diversos de los caballeros visionarios de John Smith. Efectivamente.

«En todas las colonias había una distinción muy marcada entre las clases sociales, menos acentuada en Pennsylvania y Nueva Inglaterra, y más notable en la Carolina del Sur. En el Norte, la aristocracia se basaba generalmente en el nacimiento, pero con frecuencia se llegaba a la más alta distinción por un saber excepcional o por el buen éxito en los negocios. En el Sur, el nombre y las posesiones tenían una gran importancia. La clase media de cultivadores independientes o de comerciantes predominaba en la Nueva Inglaterra, pues allí había pocos

(1) Coman. *Industrial History of the United States.* Pág. 39.

dependientes y casi no se conocían los esclavos. En Pennsylvania era también muy numerosa la clase media, aunque había grandes diferencias entre el rico cultivador de los valles del oriente y el rudo e ignorante fronterizo del interior. En casi todas las otras colonias, la clase media era comparativamente poco numerosa.» (1).

¿Y el pueblo? Ya que las clases elevadas eran procedencia de la enérgica *Yeomanry*, columna dorsal de la raza durante algunos siglos, (2) conviene conocer la composición del pueblo trabajador, pues los grandes señores de las Carolinas y los linajudos propietarios y negociantes de la Nueva Inglaterra no pasaban el Océano para trabajar con la azada.

«Los indios eran holgazanes, al menos según la opinión da los blancos, y no tenían aptitudes para el trabajo agrícola. Las tentativas que se hicieron para obligar a ese pueblo no disciplinado a desempeñar labores manuales, no tuvieron buen éxito, pues los nativos se enfermaban y morían». (3).

A falta de indios había que pensar en bestias de trabajo de otra procedencia. El indio fué relegado y exterminado como se extermina una manada de rengíferos (4). El indio tuvo sin embargo sustitutos negros y blancos. Ya vimos que los negros eran 300.000 antes de la independencia política de sus amos. Cuando se abolió la esclavitud en 1863, du-

(1) Ashley. *Op. cit.* Pág. 105)

(2) «A large percentage were of that sturdy yeoman stock which has been the backbone of the English race, for several centuries.» Ashley. *Op. cit.* Pág. 104.

(3) Coman. *Op. cit.* Pág. 41.

(4) Seeley. *The Expansion of England.*

rante la guerra separatista, había 4.000.000 de esclavos da origen africano. Primero se les había empleado para cultivar tabaco en Virginia, y cuando estuvo a punto de abolirse la exclavitud por el agotamiento de las tierras productoras de tabaco, el invento de la máquina despepitadora de algodón, debido a Eli Whitney, abrió anchas perspectivas a la explotación agrícola con trabajo negro. De allí el desarrollo que tomó la *institución peculiar* después de la independencia de los Estados Unidos.

Pero los esclavos negros formaban un caso especial, restringido dentro de cierta zona. Así como se compraba melaza en las Antillas para convertir la melaza en ron, y el ron en negros, que a su vez eran convertidos en tabaco, arroz y algodón, creando el *tráfico triangular* de las Antillas a la Nueva Inglaterra y de la Nueva Inglaterra a las costas africanas, se hacía una importación regular de trabajadores blancos, tan esclavos como los negros, salvo la diferencia de una emancipaeión eventual. «Diez mil trabajadores eran sustraídos anualmente, (*spirited away*) por fuerza o por fraude» (1). Esos individuos, sacados de su tierra por fuerza o por fraude, eran ingleses, escoceses e irlandeses, que como se ve, no atravesaban el Atlántico entonando himnos a la libertad.

«Durante la ocupación de Irlanda por Cromwell, fueron enviados a América muchos cargamentos de irlandeses» (2). Faltaban brazos en América, sobraban descontentos en Irlanda, y el piadoso Cromwell, biblia en mano, restablecía el equilibrio.

«También fueron deportados muchos caballeros

(1) Coman. *Op. cit.* Pág. 43.

(2) Coman. *Op. cit.* Pág. 43.

partidarios de los Estuardos» (1). Estos tampoco iban a trabajar voluntariamente, si bien es verdad que sus ocupaciones eran burocráticas. Pasaron los años, y efectuada la Restauración de Carlos II, los *Roundheads* fueron a su vez secuestrados por tandas, enviados a las colonias, y vendidos en ellas.» (2).

«También fueron deportados los escoceses de la insurrección de 1678, y los labriegos ingleses que se adhirieron a la rebelión de Monmouth. Se les llevaba a las Barbadas o a Jamaica (3) o a cualquier quier puerto en donde hubiera probabilidades de encontrar comprador, pero en su mayoría fueron conducidos a las colonias del Sur, (de los Estados Unidos actuales) por estar allí las grandes posesiones. Las pequeñas granjas de la Nueva Inglaterra hacían una demanda menor de esclavos blancos, (*indentured servants*)».

¿Qué cosa eran en realidad esos *indentured servants?* La cuestión tiene tal importancia, que para evitar malas interpretaciones voy a citar textualmente las palabras de los escritores norteamericanos. «Había en todas las provincias inglesas (de América) una clase de sirvientes blancos comprometidos con sus amos por cierto número de años. Se dividían en dos variedades: una era la de los sentenciados a quienes se enviaba para que extinguieran en América sus condenas, y otra la de los sirvientes contratados (*indented*) (4), que se com-

(1) Coman. *Op. cit.* Pág. 43.

(2) Coman. *Op. cit.* Pág. 53.

(3) Esta isla cayó en poder de los ingleses en 1655 durante la dominación de Cromwell, como luego veremos.

(4) Literalmente, a quienes se les había hincado el diente, o se les cogía entre las ruedas dentadas del hambre.

rometían a servir por un período de cinco años, ompromiso que aceptaban generalmenle en pago e su precio de transporte al Nuevo Mundo. Muios de los individuos de esta segunda categoría ran hombres honrados y aptos para el trabajo, pero pobres, que después de la expiración del término de su contrato, adquirían terrenos de labranza eran ciudadanos útiles. Sin embargo, la mayoria e los sirvientes enganchados (*indented*) eran inolentes y miserables, con lo que se imponía a las olonias un gran número de inútiles, especialmen- desde Nueva York hasta la Carolina del Norte. ayor era la carga que imponían los sentenados cuya vida y tendencias criminales, consuían una amenaza para la paz de las Colonias.

«Durante el tiempo de su contrato, los sirvientes ependían en absoluto de los amos, quienes los ataban a veces con dureza. Las tentativas de evaón eran castigadas severamente, y se aumentaba tiempo de servicio a los capturados. En algunas olonias la segunda tentativa de evasión era castiida con una marca de hierro candente en la mela, y la tercera con la muerte, si así lo solicitaba amo. Frecuentemente la condicion de estos sirentes era mejor de lo que hubiera podido esperse, y se la podía comparar favorablemente con s peones de campo de Inglaterra. En ciertas ocaones, los desterrados por delitos políticos ocupan puestos importantes en las oficinas o en los gocios» (1).

Los esclavos blancos de esta clase eran preferies a los negros, y sólo cuando se vió que el blan- no podía trabajar en climas subtropicales insa.

(1) Ashley. *Op. cit.* Pág. 106.

lubres, la esclavitud negra tomó ensanche. Los ne-gros de Virginia y Maryland eran en general trata-dos menos mal que los del Sur, por su calidad d esclavos nativos y porque en esas colonias se esta-bleció el plantel de ganadería negra para surtir d ébano a las colonias del Sur. En éstas, sin embargo la mayoría de los esclavos eran salvajes llevado directamente de Africa, y tan baratos, «que resul-taba más económico reventarlos en el trabajo qu economizar sus fuerzas. No es de maravillar por l mismo que los negros maltratados odiasen a su dueños y capataces, y fuesen sometidos á una férre disciplina.» (1)

El coste inicial de un negro era superior al d un blanco, sobre todo al de un niño o de un joven pero a causa de la resistencia física del negro, indis-cutiblemente mayor, el africano presentaba la ven-taja de ser más productivo a la larga. El blanco te-nía un precio de 6 a 10 libras esterlinas, (2) y el ne-gro valía de 10 a 50. En el cultivo del tabaco, po ejemplo, la plantación, cuyo terreno era de adqui-sición gratuita, producía de 20.000 a 30.000 libra esterlinas por año. En un principio las cultivaba los blancos «llevados por violencia o fraude», despues los negros. Para que una plantación fuer costeable, no debía tener menos de mil acres. Ca-da esclavo podía cultivar cincuenta acres, y basta-ba un capataz para cincuenta esclavos. Un esclav producía tabaco por valor de 16 libras esterli-nas, y cortaba madera por valor de cuatro libras Quitando 3 libras esterlinas para la manutenció del esclavo y [illegible] libras 10 chelines de intereses po

(1) Ashley. *Op. cit.* Pág. 107.

(2) De 150 a 250 pesetas. Coman *Op. cit.* Págs. 44-45.

el capital empleado en la compra del negro, dejaba éste una utilidad líquida de más de 14 libras anuales. «Cuando a este producto se agregan los beneficios por el aumento natural del precio de los esclavos en el mercado, nos damos cuenta de la importancia que tenían las ventajas inmediatas de la esclavitud.» (1)

(1) Coman. *Op. cit.* Pág. 57 y 58.

V

LAS LIBERTADES POLITICAS

TALES eran las instituciones en que se mecía la cuna de la libertad.

De estas instituciones fundamentales, y de las libertades más modestas de los negros y de los pobres, pasemos a las libertades de lujo: las políticas y culturales.

No hay manual de historia, no hay discurso, brindis u oda en español, desde que hubieron pasado los tiempos del oscurantismo, se entiende, sin elogios vehementes a los puritanos, a los *peregrinos*, al *Mayflower*, fletado con un cargamento enorme de virtudes y libertades.

Pidamos algunos datos a los escritores norteamericanos, y tomemos nota de su respuesta.

La emigración puritana comenzó en 1630 y duró once años. La primera expedición, dirigida por el eminente John Winthrop, era de mil personas. En total, los puritanos que llegaron a la Nueva Inglaterra, fueron veinte mil, hombres, mujeres y niños. (1) «No llegaron en busca de la libertad religiosa, sino con la idea de establecer su iglesia y adorar a Dios en la forma que ellos preferían.» (2)

(1) John Fiske. *New England.* Págs. 101 a 104; 137 a 146.
(2) Ashley. *Op. cit.* Pág. 52.

Una cosa es amar la libertad y otra muy diferente sustraerse a la tiranía: el que ama la libertad la quiere para otros tanto como para sí; el puritano fué por esencia un fanático antiliberal, y lo que perdura de su espiritu es odiosamente opresivo para la humanidad, en la forma del *cant* apoyado por las fuerzas navales y militares anglosajonas de ambos mundos.

«Aunque no conformistas en sus relaciones con la iglesia oficial de Inglaterra, los puritanos emigrantes seguían respecto a los irregulares de su colonia la misma política que Jacobo I observaba respecto a ellos. Así fueron desterrados de la colonia puritana los que insistieron en practicar el culto según los ritos de la iglesia anglicana, o según cualquiera otra forma no puritana.» (1)

Los puritanos se distinguieron como fundadores de libertad, pero no directos sino indirectos, por las rebeliones que provocó su tiranía. Roger Williams, disidente, fué expulsado de Massachusetts por los puritanos, y en vez de continuar su camino hasta Inglaterra, se detuvo en Providence y fundó esta colonia en 1636. Los partidarios de la señora Aune Hutchinson, expulsados también, fundaron en 1687 las colonias de Rhode Island y New Hampshire.

En general, el Norte era puritano y el Sur anglicano; había presbiterianos en la Carolina del Sur, la Virginia occidental y Pennsylvania; en Rhode Island dominaban los bautistas; únicamente en Pennsylvania tenían iglesias los católicos. La regla general era la intolerancia. «Solo en Pennsylvania y

(1) Ashley. *Op. cit.* Pág. 53.

en Rhode Island había algo que pudiera llamarse libertad religiosa». (1)

Pasemos a las libertades políticas.

La gran diferencia entre el sistema inglés y el norteamericano, que sirvió de base al conflicto de 1776 a 1782, era el del principio representativo aplicado a las colonias. De quinientos miembros que componían la Cámara de los Comunes, menos de la quinta parte eran elegidos por los condados, —circunscripciones territoriales,—y los de la gran mayoría lo eran por los burgos, es decir, por localidades que habían llegado a ser en muchos casos aldeas o castillos en ruinas *(rottenboroughs.)* Prácticamente los miembros de la gran mayoría de los comunes eran designados por unos cuantos ricos influyentes, y aun los representantes de los burgos populosos y de las circunscripciones territoriales eran electos por un pequeño número de ciudadanos, por ser la propiedad la base de la ciudadanía. Si los americanos se quejaban de no estar representados en el parlamento, ¿no podían hacer lo mismo ocho de los nueve millones de habitantes de Inglaterra, que carecían de votos? Los americanos estaban virtualmente representados, ya que no de una manera real. Tal era la tesis inglesa.

A este sistema se oponía el americano. Las asambleas de América estaban formadas de representantes de municipios o condados. ¿Pero a qué se reducía el resultado prático? El derecho de sufragio era tan limitado que se excluía al novenia y cinco por ciento de la población, aunque muchos

(1) Ashley. *Op. cit.* Pág. 116.

que no tomaban parte en los asuntos coloniales, lo hacían en el gobierno local. (1)

Un historiador canadiense ha escrito sobre esto consideraciones muy persuativas, apoyadas en citas de la mayor elocuencia. «Diez años antes de que se reuniese la Convención Constitucional, cuando los oligarcas de la Desunión dominaban por completo en el gobierno de las Provincias, o Estados, y las masas populares carecían de poder o influencia, los jefes separatistas, ocupados en dirigir la guerra contra el gobierno de la Metrópoli, asumieron ostensiblemente el papel de libertadores del pueblo de las colonias, para impedir que éste fuera gobernado sin su consentimiento, pero a la vez se empeñaban en alejarlo cuanto podían de toda participación en los nuevos gobiernos que iban fundando. Así John Adams que había definido la palabra *libre* como «hombre no sometido a otra ley que la consentida por él», se unió a sus colegas para *esclavizar* a un gran número de habitantes de su propia provincia, excluyendo del privilegio del sufragio a los que no reuniesen los requisitos de un título de plena propiedad sobre un inmueble, u otras condiciones semejantes.» (2)

Según Adams, pocos de los hombres que carecen de bienes tienen juicio bastante; en teoría, la única base moral del gobierno es el consentimiento del pueblo, pero ante la sabiduría política, se excluye al pobre, como se excluye a la mujer y al niño. El voto del que nada posee es un elemento de corrupción en manos del que posee.

---

(1) Ashley. *Op. cit.* Pág. 123.

(2) Arthur Johnston.—*Myths and Facts of the American Revolution.*—Toronto. 1910. Págs. 163 y siguientes.

En suma: los directores de las colonias, que parecían hombres de un candor sublime, tenían una sabiduría polítíca infalible para ejercer su imperio y mantener su influencia.

El poder económico precede al poder político, y éste no es sino una derivación de la fuerza vinculada en las fuentes de la riqueza. Tales eran los dogmas de Washington, Franklin, Adams y todos los defensores de la libertad humana en la nación modelo. (1)

(1) V. Carlos Pereyra.—*La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*—Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales. Madrid.

VI

EXPLORACIONES MARÍTIMAS

DE COLÓN A MAGALLANES

YA se ha visto la gran diferencia que hay entre la obra de los ingleses y la de los franceses como exploradores. La diferencia entre la obra de los franceses y la de los españoles tiene proporciones más grandes aún.

América no fué descubierta en un día, ni lo fué por un solo hombre. Fué descubierta en dos siglos, por muchos hombres y por varias naciones.

Pero casi todos esos hombres eran españoles, y a España corresponde el esfuerzo máximo en el descubrimiento.

Se ha divinizado a Colón, y se ha envuelto su proeza en las nieblas de la falacia que pretende explicar el movimiento social por la acción singular de ciertos grandes hombres, figuras solitarias sin antecedentes, sin auxiliares, sin posteridad. Se ha querido hacer de Colón un mártir, un adivino, un héroe; un santo entre malvados; un vidente rodeado de ciegos; un audaz en peligro de ser arrojado al mar por la confabulación de los cobardes. Todo esto es invención romántica,—falsedad seudopoéti-

ca,—y en sus nueve décimas partes, propagand
antiespañola.

El estudio crítico del descubrimiento de Améric
ha bajado de las nubes de la leyenda, y la clarida
analítica permite apreciar el valor proporcional d
los factores del acontecimiento. Si el impulso hu
biera sido una obra individual, el papel de Españ
habría comenzado y acabado con Cristóbal Colón
Pero aun cuando es verdad que Colón represent
un movimiento personal poderoso,—no de idea
pues la idea era social y difusa, ni de arranque ge
neroso, pues todos sus móviles eran interesados,—
sino de voluntad apasionada, de arrebato místico
de amor a la naturaleza; si fué magnánima la acció
de la corte de los Reyes Católicos, de muchos in
dividuos de la grandeza y de los servidores del Es
tado, lo más admirable en la empresa de Colón fu
la intervención del elemento popular. (1)

Colón hizo cuatro viajes. En el primero descu
brió las Lucayas y dos Grandes Antillas,—Cuba
Haiti;—en el segundo algunas de las Pequeñas An
tillas y Jamaica; en el tercero, la boca del Orinoc
y una pequeña parte de la costa septentrional de
continente sudamericano, hasta Cubagua, y en e
cuarto la cintura ístmica desde el golfo de Hondu
ras hasta el golfo del Darién (2). Para el descubri

(1) El autor desarrolla ampliamente esta afirmación en su
libro *Descubrimiento y Exploración del Nuevo Mundo*. Madrid. Ca
lleja, 1920. V. especialmente *La Quimera Geográfica de Cristóba
Colón*.

(2) Primer viaje de Colón: del 3 de agosto de 1492 al 15 de
marzo de 1493; segundo viaje: del 25 de septiembre de 1493 a
11 de junio de 1496; tercer viaje: del 30 de marzo de 1498 al 25
de noviembre de 1500; cuarto viaje: del 11 de mayo de 1502 al
7 de noviembre de 1504.

dor, Cuba era tierra firme asiática, el continente sudamericano un continente desconocido de los antiguos, y la zona centroamericana, objeto de su cuarto viaje, un paraje en que podía encontrarse el Estrecho de Catigara. Colón murió, pues, fascinado por los espejismos de un ensueño asiático.

El viaje de Vasco de Gama (1), sugirió a Colón la idea de buscar en la corriente del mar Caribe el paso hacia la entrada de las tierras índicas que los portugueses acababan de visitar.

La actividad geográfica de Colón se extendió en el tiempo desde el 3 de agosto de 1492 hasta el 7 de noviembre de 1504. Pero entre esos once años, Vicente Yañez Pinzón, Juan Díaz de Solis y otros marinos españoles, en expediciones de las que no queda memoria exacta, descubrieron desde la costa septentrional de Honduras las del Golfo de Méjico, Florida, las Carolinas, Virginia y acaso las Bermudas. A falta de datos narrativos nos queda sobre la actividad exploradora de los españoles durante aquellos años, el célebre mapa dibujado en Portugal para Alberto Cantino, agente del duque de Ferrara. En ese mapa llevado por Cantino a Italia en 1502, figuran entre otros estos nombres geográficos sobre la costa de la Florida: *Río de las Palmas, Río de los Lagartos, Río de D. Diego, Río de las Almadias, Cabo del Gato, Cabo Santo.* (2)

Dice Fiske que según se ha escrito generalmente la historia de América, el primer visitante de la Florida fué Ponce de León en el domingo de Pascua de Pentecostés de 1512; pero en vista de los

(1) Efectuado entre el 8 de julio de 1497 y el 10 de julio de 1499.

(2) John Fiske.—*The Discovery of America.*—Tomo II. Páginas 20-21; 77-78.

datos cartográficos a que el autor se refiere, queda para él fuera de duda la exploración de la Florida antes de 1502, y que en esa época ya se conocía por los marinos españoles la insularidad de Cuba (1), cuya parte meridional había visitado Colón en su segundo viaje, pretendiendo establecer bajo juramento y penas corporales, que era tierra firme. Probablemente nada contribuyó tanto a que Colón quedara desautorizado, como ese acto de mala fe, de abuso de fuerza y de charlatanería científica.

La actividad exploradora de los españoles tomó un gran impulso desde 1597, año que podría llamarse de las expediciones anónimas, con las que se liga íntimamente el nombre de Américo Vespucio (2). Ya hemos visto que esas expediciones, cuyos resultados quedaron patentes en la carta geográfica de Cantino, y en otra de Juan de la Cosa, a que luego se hará referencia, marcan el primer impulso de los españoles hacia el golfo de Méjico y las costas del Atlántico septentrional. Pero la gran corriente de la actividad geográfica española se dirigió hacia el Mar Caribe y el sur del Océano Atlántico. El piloto y cartógrafo Juan de la Cosa, hizo un viaje con Alonso de Ojeda, en el que atravesó el Atlántico y llegó al norte del Brasil actual. De allí se dirigió a Paria y Maracaibo, hasta el cabo de la Vela (3). Vicente Yáñez Pinzón, llegó hasta los 8° de latitud meridional en la costa del Brasil, y de allí

(1) Fiske. *Op. cit.* Tomo II. Pág. 79.

(2) En la segunda parte mi libro citado arriba, parte que titulo *El Enigma de Américo Vespucio*, se discute ampliamente esta materia, complicada por una supuesta hostilidad entre el explorador genovés y el florentino.

(3) Este viaje se efectuó del 16 de mayo de 1499 a junio de 1500.

tomó hacia el norte. Este viaje de Pinzón se hizo entre diciembre de 1499 y septiembre de 1500. Diego de Lepe avanzó más hacia el sur, pues tocó los 10° de latitud, y realizó un viaje rapidísimo, entre enero y junio de 1500.

Este año fué notable por la expedición del portugués Alvares Cabral, quien obedeciendo las instrucciones náuticas que prescribían apartarse de las calmas de Guinea en la vía del cabo de Buena Esperanza para las Indias, arribó casualmente a las costas del Brasil entre los 12° y los 16° 30.

El mismo Juan de la Cosa, ya mencionado, descubrió con Rodrigo de Bastidas, notario de Triana, desde la costa de las Perlas hasta Portobelo en el Darién. Este viaje duró de octubre de 1500 a septiembre de 1502.

Simultáneamente se efectuaba una de las expediciones más memorables: la expedición portuguesa de Vespucio, comenzada el 14 de mayo de 1501 y terminada el 7 de septiembre de 1502. En este viaje fué explorada la costa sudamericana desde los 5° hasta los 34°, y después de avanzar en mar libre hacia el sudeste, alcanzando los 54°, la expedición volvió a Lisboa. La relación de Vespucio comunicó extraordinaria vibración a las ideas geográficas.

Christovâo Jaques a su vez visitaba las costas brasileñas y patagónicas, llegando hasta los 52°, en 1503.

Emulando con este impulso de los portugueses y llevando a Juan de la Cosa y a Vespucio como directores, los españoles buscaban el paso del estrecho en el Darién, y encontraban los placeres auríferos del río Atrato, en la expedición que se hizo de mayo a diciembre de 1505. Dos años después

la Cosa y Vespucio volvían al Darién para renovar sus exploraciones y proseguirlas, lo que se efectuó entre marzo y noviembre de 1505.

Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, otra vez unidos, visitaban las costas del Brasil hasta los 40°. Su viaje comenzó el 29 de junio de 1508, y acabó en octubre de 1509.

En 1512, Juan Ponce de León emprendía el primer viaje histórico a la Florida, cinco años después de que Sebastián de Ocampo, partiendo de Haití, hiciese la primera circunnavegación conocida de Cuba. En 1516, Solís llegaba al Río de la Plata, y moría en sus márgenes a manos de los indígenas. En 1517, Francisco Hernández de Córdoba, hacía la circunnavegación minuciosa de Yucatán, con resultados desconocidos hasta entonces, y llevando como piloto al reputado Antón de Alaminos. En 1518, Juan de Grijalba realizaba una explotación del golfo de Méjico, y abría el camino de la conquista iniciada por Cortés en 1519. También Juan de Grijalba fué acompañado por Antón de Alaminos.

Vemos, pues, cuál ha sido la obra de los españoles en una gran extensión de las costas americanas del Océano Atlántico. Sus exploraciones pueden dividirse en dos partes: las que tenían por objeto fines directos de colonización, y que eran una expansión de los focos primitivos formados en las grandes Antillas, y las que tenían por objeto llegar a las regiones índicas de los aromas, del marfil y de las sedas.

Un aventurero indigente que se sobrepuso a los colonizadores del Darién y de Veragua,—hombre genial que comprendió el valor inmenso de las tie-

as americanas,—atravesó el istmo, y encontró en
513 el Océano Pacífico, o mar del Sur como se le
mó entonces. Ese hombre, Vasco Núñez de Bal-
a, empezó a preparar con método y energía la
ploración de las costas sudamericanas del Pacífi-
, cuando fué detenido en su empresa por la auto-
lad envidiosa y malévola del gobernador Pedra-
s Dávila.

En tanto que el descubrimiento de la mar del
ır en el istmo, invitaba para una expedición hacia
sur, tomando como punto de partida la isla de
Perlas, y como fin un fabuloso Birú, de que ha-
ban los indios, el avance de los portugueses en
tierras de la Especería precipitó uno de los
ontecimientos críticos en el proceso de las ex-
raciones. Antes de que inspiraran interés absor-
nte las costas meridionales de la Tierra Firme, y
prolongación occidental, era necesario fijar la
dadera situación de esa Tierra Firme respecto de
Molucas, para reivindicarlas contra Portugal, y
ablecer la ruta mercantil que las ligase con los
ertos españoles.

Después de la expedición de Vasco de Gama a
ndia, Almeyda llegaba a Ceilán en 1506, Se-
ira a Malaca en 1509, Abreu y Serrano a las
lucas—las verdaderas islas de los países aromá-
s—en 1512.

ernando de Magallanes, uno de los hombres do-
os de aptitudes más sobresalientes, llevó a Es-
a el proyecto de buscar paso para las Molucas,
oniendo la existencia de un estrecho entre la
ra de Solís y Vespucio, y un Continente Austral
a existencia formaba parte de las nociones geo-
icas corrientes. España disputaría a Portugal el

comercio de las Molucas, y monopolizaría el c
China, a cuyas costas había llegado el portugu
Andrade en 1517.

Aceptado en España el proyecto de Magallan
se hizo éste a la vela el 20 de septiembre de 151
y muerto trágicamente el jefe de la expedición
una de las islas Filipinas, después de la trave
más portentosa hecha hasta entonces, Sebasti
Elcano volvió a España en la *Victoria*, por el ca
de Buena Esperanza. El 8 de septiembre de 15
una carabela española había completado el prin
viaje de circunnavegación de la tierra.

VI

DEL ESTRECHO DE MAGALLANES A LA TIERRA DE ESTEBAN GÓMEZ

El globo terráqueo había sido dividido en dos hemisferios que por bula pontífica de Alejandro VI se asignaban respectivamente como zonas de influencia a las dos grandes naciones marítimas, España y Portugal. Esa línea cortaba el actual Brasil, y en las islas de la Especería creaba una zona de contención entre las dos coronas. Para zanjar amistosamente la diferencia, se reunió en Badajoz una junta asesorada por los cosmógrafos más ilustres. «Estuvieron, dice Gómara, muchos días mirando globos, cartas y relaciones, y alegando cada cual de su derecho, y porfiando terribilísimamente.» (1). La junta de pilotos y cosmógrafos nada decidió, y en 1529 la diplomacia, o sean los intereses dinásticos, asignó transaccional y temporalmente las Molucas a Portugal, por 350.000 ducados de oro, con un título de dudosa especificación, y dejó las islas llamadas después Filipinas en poder de España.

Los portugueses quedaron libres para explotar mercantilmente su ruta por el oriente, y entretanto

(1) Historia general de las Indias.

los españoles dejaron en explicable abandono el estrecho de Magallanes.

Siguió buscándose el paso para una ruta directa. Algunas de esas tentativas se hicieron al norte del Río de San Juan en la Florida, ya que entre este punto y el estrecho de Magallanes, el continente formaba una línea de costa no interrumpida, salvo algún paraje misterioso que no se hubiera visto.

Las exploraciones hechas con este fin se dirigían cada vez más al norte, y duraron 300 años muy corridos, hasta que en 1854 se encontró el paso, aunque no aprovechable para el comercio, que se llama del noroeste.

El primero de los exploradores que hizo tentativas en este sentido, fué el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, quien exploró en la desembocadura del río James y en la bahía de Chesapeake, la tierra llamada entonces de *Chicora* y de *Gualdape*.

Debe recordarse que las costas norteamericanas habían sido ya descubiertas, y aun debe decirse que el primer explorador europeo de la época que vió el continente americano fué Juan Caboto, genovés, naturalizado en Venecia, quien después de haberse establecido en Bristol, salió de este puerto, centro de las pesquerías islandesas, en busca de islas imaginarias—el Brasil y Antilla—, cuya existencia se suponía al oeste de Irlanda. El viaje de Caboto tuvo tal vez antecedentes desde 1480, pero el hecho averiguado es que el marino italiano salió de Bristol en mayo de 1497, y que después de haber estado en «el territorio del Gran Khan», o sea en la costa china, a donde los expedicionarios creían haber llegado, en agosto efectuaron su regreso a Bristol. Según las noticias publicadas en

Inglaterra, Caboto había descubierto las islas del *Brasil* y de las *Siete Ciudades*, y el *Territorio del Gran Khan*. El público llamaba a Caboto *Gran Almirante*, y los ingleses se volvían locos por su *Gran Almirante*, vestido de seda. En abril de 1498 salió una nueva expedición, que debía recorrer la costa hacia el sur, en busca de Cipango. Uno de los cinco o seis navíos expedicionarios volvió a Irlanda; de los otros nada sabemos, y se ignora también la suerte de Juan Caboto, quien probablemente murió en el viaje. El hijo de Caboto, Sebastián, hizo tal vez una tercera expedición inglesa entre 1501 y 1503, sobre la que existen datos muy dudosos.

A las expediciones inglesas de los Cabotos sucedieron otras de los portugueses, pues examinando lo descubierto por aquéllos en Cabo Bretón, aparecían territorios próximos al meridiano de división trazado por el Pontífice, si no es que situados al oriente, es decir en la zona asignada a Portugal. Dos hombres de alta cuna, los hermanos Gaspar y Miguel Corterreal, emprendieron varios viajes, a partir de 1500. Gaspar hizo dos en 1500 y 1501, y el jefe de la expedición se perdió con una de sus embarcaciones. Miguel salió en busca de su hermano en el mismo año de la pérdida de éste, y se repitió exactamente lo mismo, pues volvieron dos de las carabelas, menos la de Corterreal. Créese que la zona de exploración de estos viajeros fué la misma que la de los Cabotos, es decir, la costa situada entre el Labrador y la bahía de Fundy. Aquellos mares excitan la codicia de todos los navegantes, y aunque las costas se llamaban *Terra del Re de Portogallo* en el mapa de Canti-

no, los bretones, los normandos, acaso los vascos y después los ingleses acudieron a la pesca del bacalao.

Tales eran los antecedentes de la exploración a las costas norteamericanas, que como hemos visto se reanudaban en 1524 con la expedición dirigida por Lucas Vázquez de Ayllón al río James y a la bahia de Chesapeake. No encontrando el paso del noroeste, Vázquez de Ayllón obtuvo permiso para fundar una colonia, y trazó en 1526 una ciudad llamada San Miguel, en el sitio de la Jamestown actual de Virginia. Vázquez de Ayllón llevaba cerca de seiscientos colonos españoles, y un buen número de esclavos negros. Muerto de fiebre el jefe de la colonia, ésta fracasó.

En 1525 un marino portugués llamado Esteban Gómez, compañero de Magallanes, y desertor de la expedición que éste mandaba, fué autorizado por la corona de España para buscar el paso del noroeste. No lo encontró, pero sin encontrarlo, hizo una de las exploraciones más notables y completas de la costa norteamericana, pues la recorrió desde el Labrador hasta la Florida. Estuvo en la desembocadura de los ríos Connecticut, Hudson y Delaware. Pedro Mártir dice de este viaje (1) refiriéndose despectivamente a Esteban Gómez que sin haber podido descubrir, como lo prometió, ni el estrecho ni Catay, volvió a los diez meses de su partida. «Siempre pensé, agrega Pedro Mártir, que eran

(1) V. Pedro Mártir de Anglería. *De Orbe Novo.—Dec.* ... *Cap. X.*—Antonio de Herrera. *Décadas o Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar* ... *no.—Dec. III. Lib. VIII. Cap. VIII.*—Gonzalo Fernández ... Oviedo. *Historia General y Natural de las Indias.—Cap.* ... Winsor. *Op. cit.* IV-I-30.

nos los pensamientos de este hombre». Los franceses no hablaban con el mismo desprecio de su explorador, el florentino Giovanni Verrazzano, que estuvo en el río Hudson, y que como corsario al servicio del gobierno de Francisco I, capturó presentes enviados por Cortés al rey Carlos.

Prosiguiendo sus comentarios acerca del viaje de Esteban Gómez, dice Pedro Mártir: «Encontró sin embargo, tierras útiles, conformes con nuestros paralelos y grados polares». El historiador habla de los productos de esas tierras, y se pregunta «qué necesidad tenían los españoles de cosas vulgares entre los europeos». El quería que los exploradores caminasen hacia el sur «si buscaban las riquezas que guardaba el equinoccio, y no hacia el frío del norte».

Fernández de Oviedo, comentando el fracaso de Vázquez de Ayllón, lo atribuye a la falta de aptitudes militares de éste, que era buen juez pero mal capitán. «El que ha de mandar soldados, soldado debe ser primero». Pero su juicio acerca de las tierras del norte, que considera útiles, como Pedro Mártir, envuelve un deseo de que entren bajo el dominio de la corona, pues no siente la misma fascinación de las riquezas equinocciales.

Todas esas tierras eran llanas y había en ellas «pinos e muchos robles de los que dan agallas, encinas de bellotas, parras de uvas montesinas, castaños, de fruta pequeña, mimbres, cañas de las de España huecas, nogales, zarzamoras, morales, e zervos e laureles, mucho zumaque e buenos palmitos de los de España e muy buenos». Entre las hierbas «había acederas e cerrajas». Pero lo que ponderaban los españoles, coincidiendo en esto

con los ingleses, y sobre todo con el capitán Smith que decía: «La pesca es el oro de estos países» fueron las riquezas del mar. «En los pescados hay mucho que decir, continúa Oviedo, la pesquería del río Gualdape es cosa mucho de maravillar por su grande abundancia de pescados y muy buenos...»

Pero el frío mató a los exploradores. El frío y el hambre, porque «en aquellas partes septentrionales, donde la gente es más feroz e la tierra muy fría, serían menester otros aparejos e concierto quel ques apropósito destrotas partes australes». (1)

Con todo, la mitad, la cuarta parte acaso del esfuerzo impendido en las tierras del sur, habría bastado para la ocupación del territorio en que un siglo después comenzaban a constituirse las colonias inglesas, A elección de los españoles quedaba lo que quisieran poblar; pero ya el impulso estaba dado, y acaso hubiera sido imposible variarlo. Sus exploraciones septentrionales eran como los últimos rizos de un oleaje levantado por la corriente que los llevaba hacia el sur.

Sin embargo, los historiadores registraban orgullosamente la satisfacción de haber descubierto un Mundo Nuevo, no en el sentido literario de Colón, o en el bíblico de paraiso terrenal que éste le atribuía, ni refiriéndose a un continente antártico, desconocido de los antiguos, como en la concepción vespuciana, sino a una línea continua de cos-

---

(1) *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer cronista del Nuevo Mundo. Lib. XXXVII. Cap. III.

tas, tendida desde el extremo norte hasta el extremo sur. Los españoles habían recorrido todo lo que se conocía de tierra continuada, «desde el estrecho que descubrió el capitán Fernando de Magallanes, que está a la otra parte de la línea equinoccial, a la banda del polo antártico, hasta el fin de la tierra que se sabe, la cual llaman del Labrador, que está a la parte del polo ártico o septentrión, y andando lo que es dicho costa a costa, son más de cinco mil leguas de tierra continuada; lo qual paresceria al lector cosa imposible, aviendo respecto a lo que boja o tiene de circunferencia todo el orbe». (1).

(1) Oviedo. *Op. cit.* Lib. II Cap. I.

VIII

LA PENETRACION CONTINENTAL

COMO consecuencia de las exploraciones hechas en la Tierra Firme, de 1505 a 1507, por Juan de la Cosa y Américo Vespucio, quienes buscando un paso para las Molucas en el río Atrato, encontraron el oro de esa región, se formaron dos colonias, una entre el golfo de Urabá y Maracaibo, y la otra en la costa de Veragua. Fracasaron las dos colonias, puestas respectivamente bajo el mando de Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa; pero entre los colonos apareció, ya lo hemos visto, la figura extraordinaria de un joven sin antecedentes ni recursos que con la fuerza de su talento y de su energía, se sobropuso a los demás y asumió el mando.

El 25 de septiembre de 1513, desde las alturas de la sierra que divide las dos vertientes del istmo, Balboa vió a sus pies el Océano Pacífico, simple Mar del Sur para él, y el día de San Miguel los españoles llegaban por primera vez a las orillas de aquel mar.

Un cortesano, Pedrarías Dávila, fué enviado como gobernador al istmo, y llevó consigo 1.200 a 1.500 hombres. Con esta gente la colonia tomó importancia; pero la incapacidad flagrante del gobernador

tenía que esterilizar todo esfuerzo. Lo más lamentable de la presencia de Pedrarías Dávila en la nueva colonia, era que significaba la inutilización de Balboa. El obispo Juan de Quevedo logró sin embargo que se diese empleo a la genial iniciativa del joven conquistador, y en efecto fué comisionado para que descubriese aquel reino fabuloso, notable por sus riquezas auríferas, que se ha mencionado: el Birú.

La expedición, que debía componerse de 2 0 hombres en seis navíos, fué organizada por Balboa. Era la primera exploración marítima del Pacífico. Como no había naves en ese océano, fué preciso desarmar las que estaban en el puerto de Acla, y pasarlas, pieza a pieza por el istmo. Una intriga detuvo a Balboa casi en el momento de partir, y aprehendido por orden del gobernador Pedrarías Dávila, quiso la ironía del azar que el ejecutor de esta orden fuera Francisco Pizarro, futuro conquistador del Perú.

Pizarro había explorado el golfo de San Miguel y fué de los que primero llevaron la noticia del opulento *Birú*. Pero durante el largo período de la gobernación de Pedrarías, no se hizo una tentativa seria de exploración, como la que había emprendido Balboa. Antes del viaje de Magallanes, Pedrarías Dávila autorizó una expedición hacia el oeste, buscando tal vez las islas de la Especería, pues no era posible saber entonces la enorme distancia que las separa de las costas de Panamá, y el explorador Espinosa llegó hasta el cabo Blanco en Costa Rica.

Un nuevo explorador, Gil González Dávila, luchando contra Pedrarías, y sobreponiéndose a sus maquinaciones, imitó los esfuerzos hercúleos de Balboa, y emprendió su viaje de descubrimiento en

1522. Estuvo ausente año y medio, y volvió a Panamá con un gran cargamento de oro, después de haber llegado hasta la bahía de Fonseca.

Nicaragua y Honduras fueron en aquellos días un territorio de disputa entre los conquistadores. Lo codiciaban Pedrerías Dávila, alegando los descubrimientos de Espinosa, Gil González Dávila por su reciente expedición, y Hernán Cortés que comenzada la conquista de Méjico, había mandado a Cristóbal de Olid para que tomase posesión de la zona hondureña. A su vez, Cristóbal de Olid se sublevó contra Cortés, y éste emprendió una de las más audaces travesías de los conquistadores, desde la capital de Méjico hasta el golfo de Honduras.

Cerrado el camino del oeste por Cortés, y después por Alvarado que se estableció en Guatemala, los hombres del istmo renovaron sus expediciones hacia el sur. En 1522 Pascual de Andagoya cruzó el golfo de San Miguel, y proyectó el viaje de descubrimiento que un ataque reumático le impidió realizar. Entonces fué cuando los dos célebres conquistadores, Francisco Pizarro y Diego de Almagro se asociaron a Gonzalo de Luque para el descubrimiento y conquista del Perú.

En la primera tentativa de 1524, los expedicionarios llegaron hasta la boca del río de San Juan; en la segunda, de 1526, el piloto Bartolomé Ruiz vió la cima nevada del Chimborazo; en la tercera, el mismo piloto dirigió una pequeña expedición que desembarcó en Túmbez y siguió por la costa hasta llegar a Trujillo.

Llevando consigo muestras de la civilización y riqueza del Perú, Pizarro fué a España para nego-

ciar las capitulaciones de la conquista, y de vuelta en Panamá, emprendió la expedición final que dió como resultado la sumisión del inmenso territorio incásico.

Uno de los episodios más interesantes de la desunión entre los conquistadores del Perú, fué la expedición de Almagro a Chile en 1535. Después de la decapitación de ese conquistador en 1538, Pedro de Valdivia se dirigió a Chile en 1540, y empezó la conquista del país. Esta fué la empresa más dificil entre todas las que iniciaron los españoles, pues muerto Valdivia a manos del enemigo en 1554, la guerra continuaba todavía a fines del siglo XVI, y el núcleo indígena se mantuvo indomable frente al grupo conquistador que sólo sentó el pie con firmeza cuando se apoyó en la fuerza del mestizaje, base y orgullo de la nacionalidad chilena.

En 1539, Francisco Pizarro envió a su hermano Gonzalo para que se encargase de la provincia de Quito, que había sido conquistada por Sebastián de Belalcázar.

Gonzalo Pizarro oyó hablar del país de la canela y emprendió la marcha a través de los Andes. Estimulado por nuevas ilusiones de oro y especiería, bajó hasta el río Napo, y al saber que el país maravilloso estaba en la confluencia de otro gran río, el jefe de la espedición que la había emprendido con 350 españoles y 4.000 indios, envió a Francisco de Orellano para que bajase la corriente del Napo con 50 hombres a bordo de un bergantín. Orellana no pudo volver y prefirió seguir adelante, realizando la asombrosa proeza de navegar los cuatro mil kilómetros que lo separaban de la des-

embocadura. Luchó contra los peligros del hambre, de la fiebre, de los indígenas, de las cascadas y de las corrientes, y llegó a la costa. Siguiendo por ella, cruzó frente a las bocas del Orinoco, de donde se dirigió a Cubagua. Fué a España y organizó una expedición para volver al Amazonas. El gobierno portugués puso obstáculos, y aunque fueron dominados éstos, los planes de Orellana se frustraron, pues su expedición, que comenzó bajo malos auspicios, acabó trágicamente y con ella la vida del infortunado explorador.

Gonzalo Pizarro volvió a Quito en junio de 1542, después de haber perdido las dos tercias partes de sus compañeros en las fatigas de una travesía indescriptiblemente penosa por las espesuras de la selva tropical.

Entre la Costa de las Perlas y la del Oro, entre el río Apure, el Magdalena y el Meta, se escondía un país de quimera, al que se dirigieron numerosas expediciones. Ese país no sólo se escondía, sino que se desalojaba, huyendo como ficción del deseo. Una de las expediciones que se internaron audazmente, y la que tuvo más fortuna, fué la del licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá y de Tunja.

En el río de la Plata no se renovaron las exploraciones inmediatamente después de la que fué interrumpida por el fin trágico de Juan Díaz de Solís. Este había penetrado en el *Mar Dulce.* Fondeó en la isla de San Gabriel y siguió con la más pequeña de sus carabelas hasta la isla donde fué enterrado su despensero, Martín García, de quien toma nombre la isla. Siguió hasta la de Solís, frente a la boca del Paraná-Guazú, y atacado por los indios, murió

en la margen del Uruguay con ocho hombres que lo acompañaban. En su exploración, Magallanes penetró también por el Mar Dulce, pero no adelantó más de lo reconocido por Díaz de Solís. Algunos náufragos de la expedición de éste se internaron en el continente, conocieron las riquezas argentíferas del Perú, y por las muestras que enviaron empezó a ser conocido el Mar Dulce con el nombre de Río de la Plata. Sebastián Caboto, hijo del veneciano que había descubierto las costas boreales de América, recibió como García de Loaysa, de quien luego se hablará, el encargo del *viaje al Maluco*, pero ya en el Mar Dulce quiso ante todo visitar el interior, olvidando el paso para la Especería, por los encantos del *Cerro de la Plata.*

Caboto fondeó en la isla de San Gabriel, y dispuso una expedición por el Uruguay, que llegó hasta cerca del río Negro. El, personalmente, subió por el Paraná, y fundó en la desembocadura del Carcarañá el fuerte del Espíritu Santo. Siguió remontando hasta el Apipé, y por el Paraguay llegó hasta muy cerca del Pilcomayo, en donde los indios se le opusieron con tenacidad. El fuerte del Espíritu Santo había sido atacado y demolido, y Caboto desesperó de fundar una colonia. Sin ir a las Molucas, y abandonando la empresa de fundación que creía factible, volvió a España cuatro años después de su partida. Otra expedición mandada por Simón de Alcazaba, para reconocer y ocupar el mediodía del continente, desembarcó a principios de 1835, se internó por el país y fracasó. Los pocos hombres que pudieron salvarse de los doscientos cincuenta que habían salido de España, llegaron a Santo Domingo en el otoño del mismo año. Justa-

nente en esos días se embarcaba Pedro de Mendoza para las costas del Mar Dulce, al frente de dos mil hombres.

Estos fueron los que primero designaron el sitio de Buenos Aires, por Nuestra Señora del Buen Aire, la patrona de los navegantes, cuyo templo se levanta en el barrio de Triana, a la orilla del Guadalquivir. La nueva fundación fué un fracaso. La hostilidad invencible de los indios, el hambre y las enfermedades acabaron con ella en breve tiempo. Mendoza quiso establecerse en las inmediaciones del lugar donde Caboto había tenido su fuerte, y llamó al suyo Corpus Christi. Desalentado del éxito de su empresa, se embarcó para España, y murió durante la travesía.

Mendoza era un incompetente, pero antes de partir hizo algo que compensa su falta de dotes, como fué nombrar a Juan de Ayolas para que emprendiese una expedición hacia el interior. El nuevo capitán remontó el Paraná y el Paraguay, cruzó el trópico de Capricornio, llegó hasta la altura de los 21°, y dejando parte de sus fuerzas bajo el mando de Domingo Martínez de Irala, se dirigió hacia la altiplanicie de la Plata, con 120 hombres. Llegó en efecto al Perú, y de regreso, fué atacado y muerto con todos los suyos. Domingo Martínez de Irala estableció definitivamente el centro de la colonia en la Asunción del Paraguay, bajó para efectuar la desocupación de Buenos Aires, y trabajó empeñosamente hasta que tuvo bien organizada la fundación y pacificados los indios.

Veamos cómo pasaban aquellos hombres del trópico de Cáncer al de Capricornio, y qué movilidad tan ágil mostraba su naturaleza. Las bocas del

río Mississippi en el golfo de Méjico habían sid descubiertas por Alvarez de Pineda en 1519, est es, el mismo año del arribo de Cortés a Ulú En 1529, Pánfilo de Narváez llegaba a la Bahí Apalache, y después de una excursión por el inte rior, volvió a la costa en donde encontró que su cuatro naves habían desaparecido.

Los expedicionarios anduvieron a pie durante u mes por lo menos, y construyeron cinco barcas pa ra seguir por la costa. En esta expedición desesp rada, encontraron la corriente del Mississippi qu se precipitaba en el mar, sin mezclar sus aguas co éste. Dos de las barcas se perdieron y Narváez co ellas. Las otras llegaron a tierra, en donde los qu no perecieron a manos de los indios, murieron c hambre y fatiga.

Sólo cuatro escaparon: el tesorero de la exp dición, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés D rantes, Alonso del Castillo Maldonado y un neg llamado Estebanico de Azamor. Fueron esclav comerciaron, se hicieron brujos, fascinaron a l indios, y en una serie de aventuras novelescas, r corrieron cerca de 2.500 kilómetros entre trib bravas.

Llegaron a Culiacán en el golfo de Califo nia por el mes de mayo de 1536, siete añ después de su desastre en el golfo de Méjico.

El de California había sido descubierto por Co tés, quien tomó gran empeño en las expedicion marítimas hacia el noroeste, después de la conqu ta de Méjico y de extender sus exploraciones p mar y por tierra hacia Guatemala y Honduras.

La travesía de Cabeza de Vaca despertó inter por las regiones del noroeste, y uno de los que

contribuyeron a aumentar ese interés fué el célebre franciscano Fray Marcos de Niza, hombre tan extraordinario como Cabeza de Vaca. Había estado en el Perú, con Pizarro, y en Guatemala con Alvarado. Fray Marcos se dirigió hacia el noroeste de Méjico, guiado por Estebanico, para buscar las *Siete Ciudades* de la leyenda europea, que se habían confundido en la imaginación de los conquistadores con las *Siete Cuevas del Chicomoztoc* azteca. Después de cinco meses de vagar entre las tribus de Cíbola, Fray Marcos volvió a Culiacán en 1534. Seis años después, en 1540, Francisco de Coronado salía con la famosa expedición organizada por el virrey don Antonio de Mendoza. Este explorador descubrió el Gran cañón del Colorado, y llegó hasta cerca de los límites de los Estados actuales de Kansas y Nebraska.

Hernando de Soto, compañero de Pedrarías, expedicionario en Costa Rica, conquistador del Perú, hombre de grandísima capacidad y arrojo, salió de la Habana durante la primavera de 1529. Llevaba nueve navíos, con 620 hombres y 223 caballos. Desembarcó al oeste de la bahía de Juan Ponce y avanzó hasta el río Savannah. Los expedicionarios tuvieron sangrientos combates con los indios, y en uno de ellos perdieron 170 hombres. Esto pasó en Mobila, a fines de 1541. En la primavera de 1542 cruzaron el Mississippi, y ascendieron por la margen occidental hasta nueva Madrid. Torcieron hacia el sur, y el 21 de mayo, Soto murió de fiebre. Los compañeros del célebre capitán se desanimaron, construyeron lanchas, bajaron en ellas por el río, y siguiendo la costa llegaron a Tampico en número de 311, al mando de Luis de Moscoso.

Cuando llegó de Méjico, Alvar Núñez Cabeza de Vaca solicitó en España la gobernación del Paraguay. ¿Qué menos podía pedir quièn había atravesado un continente? Salió de Sanlúcar de Barrameda el 2 de noviembre de 1540, con cinco navíos, y 700 hombres, aparte de los de mar. Llegó al puerto de Santa Catalina, el 29 de marzo de 1541, y mandando los navíos, con excepción de dos hasta el río de la Plata para que llevasen a las mujeres, emprendió una de las travesías más famosas de la historia geográfica, pues anduvo cuatrocientas leguas en setenta jornadas, y entró en la Asunción el 11 de marzo de 1542, sin haber perdido un solo hombre.

Los colonos de la Asunción recibieron mal a Cabeza de Vaca, lo depusieron, lo aprehendieron, le confiscaron sus bienes y lo enviaron a España. Martinez do Irala fué el centro de la conjura, y el que se aprovechó de ella. Debe decirse que compensó sus manejos desleales desplegando una actividad prodigiosa. Subió hasta Chuquisaca, y envió a uno de los suyos para que se avistase con el licenciado Lagasca en Lima.

En un lapso breve pero fecundo, los españoles habían dejado huellas a lo largo de toda la cordillera americana, desde Nebraska, en los Estados Unidos actuales, hasta la parte meridional de Chile; desde los 40° de latitud boreal hasta los 40° de latitud austral. Habían penetrado en las cuatro grandes cuencas fluviales de América: la del Mississippi, la del Orinoco, la del Amazonas y la del Plata. Se habían instalado, por último, y tomaban asiento en las altiplanicies, centro de su futura actividad colonial: la de Nueva España, la de Nueva Granada, la del Perú y la de los valles chilenos.

IX

LA VUELTA DEL OESTE

FR. García Jofre de Loaysa, comendador de la orden de San Juan, había salido de la Coruña el 24 de julio de 1525, con destino a las Molucas, tomando la ruta del estrecho de Magallanes, y llevando de piloto mayor y guía a Juan Sebastián de Elcano. Como se ignorase en España el paradero de Loaysa, y por las dificultades que la política internacional oponía a que saliesen expediciones directas a las Molucas, pues había sobre ello convenios prohibitivos con el rey de Portugal, se consultaba al Emperador el envío de carabelas de Colima o de la provincia de Guatemala (1), para que cruzando el Océano Pacífico estableciesen comunicación con las islas Molucas.

Cortés había formado una base naval para las exploraciones de las costas y descubrimiento de islas. Sus marinos y él en persona expedicionaron en diversos rumbos. Se descubrió el mar de Cortés o golfo de California, y se envió una expedición de auxilio al Perú mandada por Hernando de Grijalba,

(1) Legajo 1.° de Consultas de 1519 a 1552 en el Archivo de Indias. V. Martín Fernández de Navarrete: Viajes. Tomo v. págs. 330 a 334.

después de haber aparejado tres carabelas y dos bergantines en el otro mar para explorar desde la Florida hasta Terranova, y otra de cinco navíos y un bergantín, bajo el mando de Diego Hurtado de Mendoza, para que reconociese desde Honduras hasta el Darién. El esfuerzo en la mar del Sur había sido mayor por haberse destruído en un incendio la primera flota que tenía Cortés ya casi completamente aparejada. (1)

El conquistador de Mejías acató inmediatamente las órdenes que le dió el Emperador para que inquiriese la suerte que hubiese corrido Loaysa, y el paradero de la nave *Trinidad*, perteneciente a la expedición de Magallanes, así como para que se pusiese en contacto con Sebastián Caboto, enviado también a una expedición índica, como hemos visto. En cumplimiento de las órdenes de Carlos V Cortés dispuso la célebre expedición de Alonso de Saavedra, quien salió de Cihuatlán en Zacatula, el 31 de octubre de 1527, con dos navíos y un bergantín. Saavedra llegó a su destino. Aparejado para la vuelta con setenta quintales de clavo, en Junio de 1528, los vientos contraríos le impidieron la travesía. Después de llegar hasta las islas de los Ladrones, a una distancia de 380 leguas, corrió a Mindanao, y volvió a Tidore en noviembre. Salió nuevamente para las costas de Méjico en mayo de 1529, y navegó hasta los 26° en dirección E. N. E. Allí murió Saavedra; «pero antes de su fallecimiento llamó a la gente, y a todos rogó que navegasen hasta 30°, y que no hallando tiempos para ir a Nueva España, se volviesen a Tidore, y diesen el navío

(1) Manuel Orozco y Berra. *Historia de la Geografía en Méjico*. Pág. 8 y siguientes.

y cuanto iba en él al capitán Hernando de la Torre, para que hiciese lo que fuese de su voluntad en servicio del rey». (1)

Continuaron hasta el 31°, a 1.200 leguas de las Molucas y 1.000 de la Nueva España, pero tuvieron que dar vuelta y fondearon en Zamafo de la isla Gilolo, el 8 de diciembre de 1529.

Quedaba, pues, sin resolver el problema de «la vuelta del poniente», y no se le halló la resolución sino muchos años más tarde. El 22 de abril de 1529, España pactó con Portugal desinteresándose de las Molucas, que con gran constancia, lealtad y bravura habían sostenido los españoles, y este arreglo parecía suspender la actividad marítima.

En 1542, Ruy López de Villalobos salió de la Nueva España, y descubrió las islas de Revillagigedo. Después de pasar la expedición por las Carolinas y el Archipiélago de Palaos, llegó al que tocó Magallanes, y en donde había sido muerto este navegante. Entonces fué cuando se le dió el nombre de islas *Filipinas*, en honor del heredero de la Corona. Intentado el regreso, los expedicionarios sólo llegaron a Bonín, y otros a la Nueva Guinea. Era posible ir a los archipiélagos, pero no volver de ellos.

En 1564, se emprendió una expedición famosa por haber sido el principio de la colonización de las Filipinas, y por ir en ella el navegante insigne que encontró la *ruta del poniente*. Este hombre era Fray Andrés de Urdaneta, religioso del convento de San Agustín de Méjico. Urdaneta, guipuzcoano

(1) Acaecimientos en Molucas de los castellanos de la nao *Victoria*, de la expedición de Loaysa, y de la nao *Florida*, del mando de Alvaro de Saavedra.— En Navarrete. *Op. cit.* T. V.

natural de Villafranca, había sido soldado en las guerras de Italia, marino de la expedición de Loaysa, y once años combatiente en las Molucas. Quiso ir a la Nueva España con Saavedra, y después de aquel fracaso, se repatrió en 1536, por la vía del Cabo. Pasó a las Indias con Alvarado, desempeñó algunos cargos, y no aceptó el mando de la armada que por su negativa a dirigirla, se confió a López de Villalobos en 1542. Urdaneta tomó el hábito en 1552, y estaba retirado del mundo cuando en 1559 el rey le escribía pidiéndole su parecer sobre el viaje a las islas del poniente e instándole para que tomase parte en la expedición. El virrey le ofreció el mando, y declinado éste por Fray Andrés, se nombró a Miguel López de Legazpi, pero Urdaneta tomó parte en la expedición. Los fundadores de las Filipinas salieron de Acapulco el 21 de noviembre de 1564.

Legazpi dispuso que el P. Urdaneta buscase la vuelta. La expedición destinada a este fin salió del Archipiélago, el 1.° de junio de 1565, y subió directamente hasta los 36° de latitud. «La navegación fué próspera y acertada, aunque de muy gran trabajo, por ser tan larga e ir la nao tan pobre de gente y de regalo. El P. Urdaneta tomó a su cargo el gobernarla, así por ser tan necesaria su inteligencia, como porque el piloto y maestre murieron a la salida del puerto. Luego murieron otras catorce personas de las pocas que venían, y las que quedaron estaban tan enfermas, que cuando llegaron a Acapulco no había un hombre que pudiese echar las anclas. Porque con el trabajo de las islas, el poco regalo de la nao y la inclemencia del norte, todos se rindieron, de que quedó todo el gobierno y

las faenas sobre los hombros de aquel famoso argonauta y de su compañero. El buque entró en Acapulco el 3 de octubre de 1565; estaba encontrada la *vuelta del Poniente*, y formada la ruta para el comercio de Filipinas, que por tanto tiempo, por medio del galeón, fué exclusivo de la Nueva España.» (1)

---

(1) Manuel Orozco y Berra. *Op. cit.* Pág. 20.

X

LAS COSTAS AMERICANAS DEL OCÉANO PACÍFICO

ENCONTRADA la ruta comercial del Oriente, y colonizadas las Filipinas con elementos de la Nueva España, las expediciones costeras hacia el Pacífico del norte fueron perdiendo interés, aunque no por eso las abandonó del todo el virreinato. Sin embargo, no tuvieron el empuje ni la espontaneidad que es el carácter significativo de las otras.

Juan Rodríguez Cabrillo llegó hasta los 38° y 41', y murió en la isla de la Posesión, el 3 de enero de 1543. Bartolomé Ferrelo tomó el mando de la expedición, y llegó hasta los 43°.

Desde entonces, la costa norteamericana del Pacífico fué entrando en una especie de niebla geográfica, y era tal el desconocimiento de aquellas tierras, que hasta muy avanzado el siglo XVIII, la Baja California figuraba como isla.

Dos acontecimientos dieron importancia a las costas norteamericanas del Océano Pacífico: uno era la exploración del Atlántico boreal por los ingleses para buscar el paso del noroeste, y otro la presencia de piratas de la misma nación en el mar del

Sur. Efectivamente, en 1576, 1577 y 1578, Martí
Frobisher encontró el estrecho de su nombre y des
pertó gran interés en Inglaterra por haber llevad
una piedra que parecía contener mucho oro. A
Frobisher siguieron Arthur Pet, Charles Jackman
John Davis; nada hicieron los dos primeros, pero e
tercero realizó notables descubrimientos entre 158
y 1587. No era el célebre estrecho,—no era la *Met
Incógnita*,—pero los españoles creyeron que lo
ingleses la habían encontrado. ¿Cómo explicar l
presencia de los piratas en el Océano Pacífico
«Por el estrecho de Magallanes», decía la razón
pero la credulidad objetaba: «Por el estrecho bo
real». El notable Francis Drake, que después de se
pirata fué almirante, y que de almirante retrocedi
a pirata, salía de Plymouth a principios de noviem
bre de 1577; en septiembre de 1578 atravesaba e
estrecho de Magallanes, e inmediatamente despué
comenzó a aterrorizar las costas y aguas americana
del Pacífico. Permaneció hasta 1579 en la Califor-
nia, volvió a Europa por el cabo de Buena Espe-
ranza, y entró en Plymouth el 26 de septiembre de
1580. Thomas Cavendish siguió el ejemplo de
Drake, pues pasó el estrecho de Magallanes a princi-
pios de 1587, y emprendió una correría de saqueos
e incendios por las costas de Chile, el Perú y la
Nueva España.

Las imaginaciones sobreexcitadas aceptaron sin
reparo la existencia del viaje de un Francisco Ferrer
Maldonado, de quien se dijo que había hallado en
las costas del Labrador un estrecho por el que pa-
só a las aguas del Pacífico. Igualmente se creó
también la expedición imaginaria de Juan de Fuca,
quien se atribuía una exploración dispuesta por

el virrey de Méjico, para buscar un estrecho que encontró entre los 47° y 48° de latitud. (1)

En vano se había hecho la gallarda navegación de Francisco Gali, cuyos resultados demostraban la falsedad de las expediciones atribuidas a Ferrer Maldonado y a Juan de Fuca. En efecto, Gali salió de Acapulco, se dirigió a las islas Filipinas, de las Filipinas a Macao, y de Macao a California, cuya costa exploró desde los 57° 30° hasta el cabo de San Lucas. ¿No era bastante para negar la existencia del imaginario estrecho? Y sin embargo, años después se impuso la persistente leyenda.

En 1596, el conde de Monterrey enviaba la desgraciada expedición de Sebastián Vizcaino que no fué sino un débil intento de colonización. La leyenda del estrecho siguió prosperando y aferrándose en una literatura de narraciones apócrifas que desacreditaron más tarde los jesuítas, y con la que acabó finalmente la acción del *despotismo ilustrado*, cuando el Virreinato de Méjico en sus últimos años envió expediciones decisivas a regiones que eran ya rusas e inglesas, pero que España sin embargo visitó con sus marinos. Entre estos se destaca don Juan de la Bodega y Cuadra, quien llegó a Nutka en mayo de 1789.

El Pacífico del Sur fué recorrido en sus agua americanas por el galeón *Santiago* que separado de la expedición Loaysa, después de pasar el estrecho de Magallanes, se dirigió a la Nueva España, y llegó en efecto hasta ponerse bajo el amparo de Cortés. Pero establecidos los gobiernos del Perú y Chile, no se trataba ya sólo de expedicionar para

(1) Juan de Fuca, como Maldonado, era un aventurero.

descubrir, sino de la determinación de rutas mercantiles, ya entre unos y otros países sudamericanos, ya entre éstos y las islas de la Especiería. No sólo hicieron esto los españoles, sino que realizaron importantes descubrimientos geográficos en la Oceanía.

El primero de los marinos españoles de la América del Sur que realizó grandes hechos, fué Juan Fernández. Su nombre está vinculado a dos islas desiertas *Más a tierra* y *Más a fuera*, y a una obra literaria inmortal, el *Robinson Crusoe*. Pero Juan Fernández hizo algo de mayor importancia que descubrir islas desiertas. Teniendo a su cargo el servicio marítimo entre el Perú y Chile, que era directo, pero largo y penoso, Fernández se alejó de tierra a los 26°, favorecido por los vientos alisios, y tomó después hacia el sudeste. Con esto redujo un mes el viaje que por lo menos requería tres meses. Hay la creencia tradicional, ciertamente infundada, que el navegante fué acusado de hechicería y pacto con el diablo, a causa de su habilidad náutica. También se le señala como descubridor de una extraña isla poblada por gente blanca, muy culta y civil. Acaso Juan Fernández llegó por azar a la misteriosa isla polinésica de Pascua, perteneciente hoy a Chile, habitada entonces por una tribu pacífica, en la que hay ídolos enormes, resto de una civilización desconocida. (1)

No debe olvidarse al descubridor de las islas Galápagos. Fray Tomás de Berlanga, obispo de Castilla del Oro, encargado por el emperador de informar sobre la conducta de Pizarro y de hacer una

(1) Benjamín Vicuña Mackena.—*Juan Fernández: historia verdadera de la isla de Robinson Crusoe.*

descripción del Perú, navegando para su destino, llevado de corrientes contrarias por tiempo de calmas, se engolfó, y el 11 de marzo de 1535 descubrió una de las islas Galápagos, y días después las otras dos. Tomó la altura, pues era cosmógrafo, y encontró que estaba cerca de la ecuatorial. (1)

Otro de los navegantes qne tuvieron como teatro el Océano Pacífico del Sur, fué Pedro Sarmiento de Gamboa, sabio y escritor ilustre además de marino. Navegó bajo las órdenes de Alvaro Mendaña, pero hay razones para creer que Sarmiento de Gamboa, hombre superior a Mendaña, fué el verdadero director de la empresa marítima en que los dos concurrieron o sea el descubrimiento de las islas Salomón en 1567. A la vuelta de su viaje, encontró el archipiélago de Marshall. Sarmiento de Gamboa tuvo otros méritos: inventó instrumentos náuticos, fué cartógrafo y dictó luminosos informes.

Mendaña por su parte descubrió las islas Marquesas durante una expedición en la que pereció, y en la que muerto él, delegó el mando en su esposa, Isabel Barreto, mujer de sorprendente energía y buen juicio. La viuda de Mendaña tuvo la cooperación técnica de un marino portugués que se ilustró también por sus viajes y sus infortunios, Pedro Fernández de Quirós. (2)

Fernández de Quirós encontró Tahití y las Nuevas Hébridas. Separado por un temporal, su Maestre de Campo, Luis Váez de Torres, pasó por la Nue-

(1) Carta de Fray Tomás de Berlanga al Emperador, en Puerto Viejo, fecha el 26 de abril de 1535.—Marcos Jiménez de la Espada. *Las Islas de los Galápagos y otras más a Poniente.*—Madrid, 1892.

(2) Fué padre de Lucas Quirós, cosmógrafo de Lima.

va Guínea, que fué el segundo en reconocer, y descubrió el continente de Australia. Desde entonces, se llama *Paso de Torres* el estrecho que separa la nueva Guinea de la Australia. (1)

(1) A Váez de Torres se debe el conocimiento del *sagú* de los papúas. El descubridor de la Nueva Guinea fué Íñigo Ortiz de Retes, salido de la Nueva España con Ruy López de Villalobos.

XI

LUCTANTES VENTOS...

OS tres descienden por el declive de la colina, y llegan al pie de la Rábida, junto a la ría del into. Dos son vecinos del puerto de Palos; el ro, es forastero.

—Ese ginovés,—dice el forastero—hame solicido para que vaya con él al descubrir de las islas la Especería, que están hacia la parte de occiente, e yo lo resisto por ser el viaje peligroso.

— Podeis ir, hermano,—dice uno de los vecinos Palos—porque yendo con el Martín Alonso, mo se publica, y yendo los hermanos de Martín, negocio es tan seguro como navegar a las islas la costa de Africa.

—¿Pues cómo es tan seguro?

—Lo es porque el Martín Alonso viene agora e Roma, y ha estado en la librería del Papa Inoncio, e vido una escritura que da por ciertas las oticias de una tierra fértil y abundosa.

—¿Pero cómo no encontraba el Almirante homre ninguno que osase ir en su compañía?

—No lo encontraba,—dice el otro vecino de Pas, llamado García Hernández, físico—porque toos decían que nunca fallarán tierra. Pero visto no

tener medio de navíos ni gente, metióse a rogar a Martín Alonso, y éste puso sus navíos, e con su parientes e amigos, en un mes lleva casi concluíd el armada.

—Sí; el Martín Alonso es tenido en mucho e las cosas de la mar. Es hombre de gran corazón para mucho.

—Es hombre,—añadió García Hernández—mu sabido e diestro en las cosas de la mar, e tien gran industria, e le quieren mucho los marinero que con él tractan.

—Pues si este hombre busca la gente e navío y él avia al Almirante, vayamos en el armada, Dios nos dé fortuna que descubramos la tierra d oro. (1)

*

Colón ha hecho su cuarto viaje de exploració y ha recorrido lo que hoy se llama la América Cen tral, desde el golfo de Honduras hasta el Darién Ha perdido ya dos embarcaciones, y llega a Jamai ca con las otras dos, hechos arneros, taladrada por la broma. En realidad las dos naves no son sin dos pontones, donde el almirante, abandonado doliente, tiene pocas esperanzas de sobrevivir sus fatigas, Hay hambre en los navíos; hay peligr de morir a manos de los indios. Y para mayo desdicha, hay sediciones, como las hay siempr cuando manda Colón.

(1) Véase sobre esto la obra breve y luminosa de D. Manu Sales Ferré.—*El descubrimiento de América según las últimas i vestigaciones*. Sevilla 1893.—Passim. El libro de Ferré es ta apreciado en el extranjero como desestimado en España.

Los dos navíos, que no lo eran ya, habían sido zabordados en tierra, y convertidos en casas pajizas. Por más que se velase, fácil era que los indígenas pusiesen fuego a esas habitaciones.

Se había repartido la última ración de bizcocho y vino. Un hombre, Diego de Méndez, armado de espada y acompañado de otros tres, salió para buscar mantenimientos. Los indios eran mansos y socorrieron a los cuatro españoles. El jefe del grupo concertó que se llevase a las naos pan cazabe, caza y pesca, por cuentas azules, peines, cuchillos, cascabeles y anzuelos. Y así fué Diego Méndez, de pueblo en pueblo, hasta el cabo de la isla.

Méndez había comprado una canoa muy buena a cierto cacique llamado Ameyro, dándole por ella una bacineta de latón, un sayo y una camisa.

—El concierto que vos habéis hecho con los indios de traer los matenimientos, —dijo Colón a Diego Méndez—, mañana se les antojará otra cosa, y no traerán nada, y nosotros no somos parte para tomárselo por la fuerza. Yo he pensado un remedio, y es que en esta canoa que comprastes se aventurase alguno a pasar a la isla Española a comprar una nao.

Diego Méndez respondió:

—Señor, el peligro en que estamos bien lo veo, que es muy mayor de lo que se puede pensar. El pasar desta isla a la Española en tan poca vasija como la canoa, no solamente le tengo por dificultoso, sino por imposible; porque haber de atravesar un golfo de cuarenta leguas de mar y entre islas en donde es más impetuosa y de menos reposo, no sé quién se ose a aventurar a peligro tan notorio.

Colón juntó a la gente y propuso el negocio. Todos enmudecieron. Algunos dijeron al cabo que era imposible pasar en una canoa aquel golfo en que se habían perdido muy recias naves andando a descubrir, sin poder romper el ímpetu de las corrientes.

Diego Méndez se levantó y dijo:

—Señor, una vida tengo no más. Yo la quiero aventurar por servicio de Vuestra Señoría y por el bien de todos los que aquí están. Tengo esperanza en Dios nuestro Señor que vista la intención con que yo lo hago, me librará, como otras veces lo ha hecho.

Encomendándose a Dios y a Nuestra Señora de la Antigua, Diego Méndez, acompañado de algunos indios, navegó cinco días y cuatro noches, y desembarcó en el cabo de San Miguel, o del Tiburón, después de haber descansado en la isleta Navaza. Méndez resolvió dejar sus indios en la hermosa ribera a donde había llegado, y tomando seis de aquel lugar, navegó por la costa ochenta leguas de ciento treinta que distaba la ciudad de Santo Domingo, pues antes de llegar a ésta supo que el gobernador estaba en Jaragua, a donde se dirigió por tierra andando a pie cincuenta leguas. A los siete meses de estar en Jaragua, caminó también a pie hasta Santo Domingo, que eran setenta leguas, y habiendo llegado entre tanto tres naos, Méndez hizo agencias para que fuese una con pan, vino, carne, puercos, carneros y frutas, a donde estaba el Almirante, y Méndez con las otras dos naos pasó a España.

¿Qué pensiones, qué rentas, qué cargos, qué honores se le dispensaron a Diego Méndez?

Una de las cláusulas de su testamento decía:

«Item. Mando que mis albaceas compren una piedra, la mejor que hallaren, y se ponga sobre mi sepultura, y se escriba en derredor della estas letras: *Aquí llace el honrado caballero Diego Méndez que sirvió mucho a la Corona Real de España en el descubrimiento y conquista de las Indias con el Almirante D. Cristóbal Colón, de gloriosa memoria, que las descubrió, y después por sí con naos suyas a su costa: fallecido, etc. Pido de limosna un PATER NOSTER y una AVE MARIA.*»

Los albaceas no buscaron la piedra, o no la encontraron, o no tuvieron con qué comprarla.

Dad la limosna del *Pater Noster* y del *Ave María* al olvidado Diego Méndez.

*

Una piragua para cruzar el estrecho que hay entre Jamaica y la Española, es acaso menos adecuada al objeto de la navegación que una carabela de cuarenta toneladas para hacer la travesía del Océano Atlántico, ¿pero no se requiere en todo caso mucha habilidad y un valor temerario para ir desde la Española hasta Galicia o Lisboa en dos navichuelos como la *Pinta* y la *Niña*?

Es verdad que no todo lo hace el volumen. La *Santa María* era de 120 toneladas, y la *Santa María* tal vez no habría dominado las tempestades furiosas del regreso, que vencieron la *Pinta* y la *Niña*.

Hay épocas en que los hombres son superiores a los medios con que cuentan. Las exploraciones

del siglo XV y del siguiente, se hicieron con elementos en que proponderaba la temeridad. Esta no era atributo de un pueblo: ingleses, franceses y holandeses la demostraron en igual grado que los portugueses y españoles.

Hanfredo Gilbert se ahogó en una *fragata* de diez toneladas (1). Los hermanos Corterreal se perdieron como Juan Caboto por un exceso de confianza en sus endebles naves. El *Half-Moon* de Hudson parecería hoy un juguete aun para el lago de Ginebra.

Cuando la *San Gabriel*, de la expedición de Loaysa a las Molucas, quedó separada del resto de la expedición, después de haber surgido en la bahía de los Patos, a los 27.°, 30', recibió carta de unos cristianos perdidos en aquel país remoto. El contador de la nao se internó para enterarse de lo acontecido a aquellos hombres, y tres días después

(1) Gilbert, autor de la primera tentativa de colonización inglesa en América, salió de Plymouth el 11 de junio de 1583 con cinco embarcaciones. La primera, construída y mandada por su medio primo hermano, el célebre Gualterio Raleigh, desertó el 13 de julio. Después de echar los cimientos de su fundación en Terranova, Gilbert se dirigió hacia el sur. El 29 de agosto perdió la mayor de las tres embarcaciones que llevaba entonces, a la altura del Cabo Bretón, y dos días después, el 31 de agosto, hizo rumbo a Inglaterra, con la *Golden Hind* y la *Squirrel;* la primera de cuarenta toneladas, y la segunda de diez. No quiso dejar su fragata y pasar a su *nave mayor,* a pesar de las instancias que se le hicieron, pues no lo consideraba justo ni decoroso para un jefe. El 9 de septiembre, durante una tempestad el capitán de la *Golden Hind* vió por última vez a Gilbert en la *Squirrel,* con un libro en la mano, y le oyó decir: «Está uno tan cerca del cielo en el mar como en la tierra». Esa misma noche, a las 12, desapareció la luz de la *fragata* y la *Squirrel* fué devorada por las olas.

volvió diciendo que diez cristianos de uno de los galeones de Juan de Solís se habían perdido, y que cuatro de ellos estaban en un puerto cercano, y ofrecían bastimentos y rescates de plata. Don Rodrigo de Acuña, capitán de la nao, fué con ellos al puerto; el contador y el tesorero rescataron con los indios, y el clérigo bautizó a los hijos de los cristianos.

Cuando el batel volvía a la nao con el rescate, se anegó y murieron ahogadas quince personas, entre las que estaban el contador y el tesorero que conducían dos arrobas de metal y dos marcos de plata. Llevado el batel a bordo, después de la separación, que tardó cuatro días, los calafates y carpinteros informaron que el contramaestre Sebastián de Villarreal quería quedarse en tierra y pedía que se le echase su ropa.

Días antes habían hecho lo mismo nueve hombres, «unos con licencia y otros sin ella». Se disponía el envío de la ropa del contramaestre, cuando llegaron uno a uno todos los tripulantes pidiendo su licencia absoluta. El capitán tuvo trabajo para detenerlos, pero muchos hombres se le fueron a tierra, y seis de ellos se quedaron haciendo vida salvaje. Pasados algunos días, dos pajes tomaron el esquife, se fueron a la costa, y después de haberse deshecho el esquife contra las rocas, los pajes se internaron en el país.

En vez de seguir hacia las Molucas, el capitán resolvió cargar brasil en Todos Santos, para volver a España. Los indios le mataron siete marineros y dos grumetes, durante aquella operación.

Salió de la bahía, y halló en la boca de ella un

cristiano que tenía quince años de vivir entre indios, por habérsele perdido su nao.

En los últimos días de octubre, llegó la *San Gabriel* a la desembocadura del río de San Francisco. Iba en un estado deplorable.

Allí encontró tres galeones franceses. El capitán de éstos habló en su idioma con D. Rodrigo, y éste pidió el auxilio de calafates y carpinteros para reparar la nao. Antes de que estuviera terminada la obra y hallándose enfermo D. Rodrigo, el capitán de los galeones franceses le dijo:

—Nuestro rey tiene guerra con vuestro emperador. Rendíos, pues si no lo hacéis os mataremos y cortaremos las cabezas.

Don Rodrigo se fué en un batel a los navíos franceses llevando el dinero y chifle de plata.

Cuando el capitán español estuvo en poder de los franceses, atacaron éstos a la nao española, aprovechándose de que la veían empachada y tumbada para la reparación. Pero el piloto, Juan de Pílola, hizo resistencia. Acuña quería que la nao se entregase, pero Pílola cortó los cables, y se echó mar afuera.

Ocho días después, dos de los galeones daban sobre la nao en el cabo de San Agustín, pero viendola muy apercibida, huyeron. La *San Gabriel* encontró después al otro galeón, aunque fué imposible atacarlo por el agua que hacía la nao.

Buscó ésta nuevamente reparo en la bahía de Todos Santos, tuvo refriega con una de las naos francesas, y se dirigió al cabo Iris en donde empleó dos meses para tapar las vías de agua. Pero todo el casco estaba comido de broma, y el único remedio fué adquirir 22 indios en el río del Extremo

dando por ellos 44 hachas, para que trabajasen en la bomba.

De allí se encaminó la nao directamente a España, y de sus tripulantes desembarcaron en Bayona de Galicia 27 castellanos acompañados de los 22 indios, con bizcocho para cinco días y tres botas de vino.

Don Rodrigo había logrado convencer a los franceses de que lo dejaran libre bajo la condición de que diese una bota de vino y un barril de aceite para cada francés. Se había hecho ya juramento solemne sobre esto, cuando vieron que la *San Gabriel* mareaba. Los franceses, más interesados en el vino y aceite que en conservar a D. Rodrigo, pusieron a éste con sus acompañantes y dos franceses, en un batel de remo y vela, para que se acercase a la nao española. Siguió en pos de ella el b[illegible] día con su noche, y el medio día siguiente. Muertos de hambre, de sed y de fatiga, los del batel volvieron a la costa, y se encaminaron por tierra a donde estaba uno de los galeones franceses. Terminada al mes siguiente la carga de brasil de los franceses, D. Rodrigo quedó abandonado con un batel sin vela ni mantenimientos.

La costa sólo daba frutas silvestres y marisco. Don Rodrigo y su gente llegaron por acaso a una isleta llamada S. Alejo, donde hallaron una pipa de pan mojado, harina, anzuelos y un horno. De allí pasaron a Pernambuco, en donde los portugueses trataron bien a los castellanos, pero les negaron la vuelta a España hasta que se recibieran órdenes directas del rey de Portugal.

*

Otro barco perdido de los de la flota de Loaysa, el galeón *Santiago*, después de haber entrado en el mar del Sur con la capitana, *Santa María de la Victoria*, la *Parral* y *San Lesmes*, fué separado de éstos por una tormenta que los dispersó el 1.° de junio de 1525 a los 46° 38' de latitud y a 157 leguas del cabo Deseado. Cuando abonanzó, los 50 tripulantes del galeón quedaron muy afligidos, pues todos sus mantenimientos iban en la capitana y contaban con ocho quintales de bizcocho y ocho pipas de agua. Era imposible pensar en ir hasta las islas de los Ladrones, que consideraban a 2.000 leguas o más. En vista de ésto, determinaron encaminarse hacia la tierra que estaba a la espalda de la Nueva España, recién conquistada por Hernán Cortés, y distante mil leguas.

Así lo hicieron en efecto, y el 10 de julio se hallaban a [illegible] norte; el 11 encontraron una isla, y el 12 vieron humaredas y gente en la costa. Siguieron adelante, buscando puerto, por carecer de batel para salir del galeón, y el 25 se detuvieron cerca de un gran cabo, en 15 brazas.

El clérigo, Juan de Azeiraga, primo de Santiago de Guevara, capitán del galeón, se ofreció para pasar a tierra en una caja. Metióse en ellas con calzas, jubón, espada, y baratijas para rescate. La caja se volcó, y el clérigo tuvo que echarse a nadar para llegar a la orilla, pero pronto le faltaron las fuerzas, y hubiera muerto a no ser por cinco indios nadadores que salieron de la costa y lograron ponerlo en salvo a pesar de la fuerte marejada.

Quedó el clérigo tendido en la playa, sin sentido y los indios se alejaron. Cuando Azeiraga volvió en sí, vió que los naturales se echaban al suelo y

abrazaban la tierra, lo que él entendió como indicación de paz. El clérigo hizo señas para que sacasen del agua la caja y un capacho que contenía los rescates. Se accedió a lo que pedía, pero los indios no quisieron aceptar ningúa regalo. Hacíanle señas para que los siguiera, y ciñéndose su espada el clérigo fué a donde estaba el cacique. Abría la marcha un indio llevando cuidadosamente en la cabeza las cosas de rescate.

Cuando el clérigo perdió de vista el galeón, traspuesto un cerro, se descubrió un gran pueblo entre bosques. Salían de él muchos indios armados y otros en gran número limpiaban el camino por donde avanzaba el español.

Llegó por fin el clérigo a la presencia del cacique, quien mostrándole una altísima cruz de madera, dijo en español estas dos palabras:

—Santa María.

Al clérigo se le saltaron las lágrimas de los ojos, cayó de rodillas, e hizo oración.

La cruz había sido plantada allí por los soldados de Cortés.

El clérigo comió carnes guisadas, bebió vino de la tierra, y ofreció los rescates, que fueron aceptados por el cacique.

Se llamó a los españoles del galeón y se les aposentó y regaló durante cinco días.

Entretanto, el cacique daba aviso al gobernador cristiano de Tehuantepec, y éste se presentó en el pueblo. No pudiendo ir a Méjico el capitán Guevara, fué el clérigo Areizaga y habló con Hernán Cortés, quien le mostró los despachos del Emperador para que buscase a la nao *Trinidad*, de la ar-

mada de Magallanes, y auxiliase a la de Loaysa y a la de Caboto.

*

Transcurridos casi dos siglos y medio, en 1772 Domingo de Boenechea salía del Callao con la fragata *Magdalena* hacia el archipiélago polinesio descubierto por Pedro Fernández de Quirós en 1606 Este no había alcanzado a ver la isla de Tepujoe en el grupo Tahitiano. El capitán Cook la descubrió en 1769, y la vió de nuevo en 1773, pero no saltó a tierra.

Domingo de Boenechea descendió a esa isla, y encontró en ella una cruz que parecía muy antigua

¿Quién la había puesto allí? Se cree que al ser dispersadas las embarcaciones de Loaysa por la tormenta del ... de junio de 1526, la nao *San Lesmes*, mandada por Francisco de Haces, quedaría perdida cerca de Tepujoe, y que sus náufragos levantarían aquella cruz.

El galeón *Santiago* había visto por última vez a *San Lesmes* después de la tormenta, pero a po co desapareció.

*

Cuando la *Santa María de la Victoria*, perdido ya sus compañeros, y muertos Loaysa y Juan Sebastián de Elcano, vió tierra en la parte sur de las islas de los Ladrones, se le acercó una canoa con hombres de la costa. Era el 5 de septiembre de 1526. La *Victoria* bolineaba sin poder tomar la costa. Uno de los hombres que iban en la canoa

saludó a la manera de España. Los tripulantes se maravillaban de encontrar aquello en un archipiélago indiano. Llamaron al hombre, pero éste se resistió, hasta tener seguro real, que le dió el capitán de la *Victoria*, Toribio Alonso de Salazar.

El hombre que había saludado a los españoles era gallego, Gonzalo de Vigo, perteneciente a la nao *Trinidad*, del mando de Gonzalo Gómez de Espinosa, detenida en las Molucas cuando volvió a España su compañera la *Victoria*, de la expedición de Magallanes.

Gonzalo de Vigo refirió cómo la *Victoria* tuvo vientos contrarios y perdió mucha gente y cómo él y dos portugueses desertaron en una isla vecina. Los dos portugueses fueron muertos por los indios, en castigo de sus sinrazones, y él vivía con los naturales cuya lengua hablaba.

El gallego se quedó voluntariamente en la nao, sirvió como faraute y su nombre pasa a menudo por las páginas en que se habla de las Molucas.

*

La llegada de Alonso de Saavedra a Tidore fué recibida con admiración y regocijo por los expedicionarios de la *Victoria*.

La *Florida* era la capitana de las dos naos y el bergantín con que partió Saavedra de la Nueva España. Había hecho la travesía del Pacífico en dos meses justos, desde las costas de Nueva España hasta las islas de los Ladrones. Días antes de llegar, se le separaron las otras dos carabelas, y después se le murió el piloto, sin que hubiese un solo hombre a bordo capaz de tomar la altura. Saa-

vedra tuvo sin embargo la fortuna de encontrar en Bizaya y en las islas contiguas tres hombres de la *Santa María del Parral*, y éstos lo guiaron hasta llegar a Tidore.

Saavedra entregó al capitán de la *Victoria*, dos cartas, una de ellas escrita por el Emperador a García de Loaysa. Los castellanos de Tidore estaban muy necesitados de municiones, y sobre todo de plomo y balas. Saavedra les dió además, ballestas, escopetas, coseletes, lanzas, dos piezas de artillería de bronce, arcabuces de hierro y una botica.

De los europeos que encontró Saavedra en su ruta, dos habían sido rescatados por ochenta ducados y una barra de hierro, que dió a los indios como precio de los cristianos. Eran éstos gallegos, y el tercero portugués; sus nombres Sánchez, Romay y Sebastián de Porto.

Dispuso el capitán de la *Victoria* que los tres fuesen con unos paraos en busca de la *Santa María del Parral* perteneciente a la flota de la *Santiago* y *Sancti Spiritus* de la de Saavedra. Sánchez y Romay pretendieron huir, pero fueron detenidos por los indígenas. Después confesó Romay que él y Sánchez en compañía de otros cuatro o cinco, de los que no formaba parte el portugués, ahogaron al capitán, a un hermano suyo y a otro de los que mandaban la *Santa María del Parral*, y que habían dado el través con la nao.

Romay fué arrastrado y hecho cuartos, en castigo de su crimen.

Así, náufragos, desertores o criminales, los españoles se habían internado en todas las tierras a donde alcanzaban las naves de su patria. Se les en-

contraba perdidos entre salvajes de la Luisiana o de la Patagonia, entre semibárbaros de Yucatán y entre las tribus del Meta. Levantaban cruces en las islas polinésicas. Navegaban de sur a norte por el Océano Pacífico, y se entregaban a las corrientes que los llevaban desde el cabo Deseado hasta Tehuantepec. Antes de que se levantase alguna de las ciudades que fundaron Cortés, Pizarro, Alvarado, Ayolas, Valdivia, Legazpi y Garay, la huella de los españoles había quedado grabada en veinte países tan distantes unos de otros como Francia de Rusia.

¿Tendencia dispersiva? Sí; actividad que aprovecharon todos los pueblos menos el que agotaba sus fuerzas en aquel desgaste semisecular.

XII

LOS COSMOGRAFOS

LAS exploraciones no eran sólo instinto y movimiento; no eran sólo médula; eran cerebro.

El centro coordinador no estaba en la corte; nunca lo estuvo—después de los Reyes Católicos—, y a veremos que el gobierno fué permanentemente obstáculo, raras veces auxiliar, y nunca iniciador. Un cronista oficial de Carlos V, decía con sonrisa maliciosa: «El papel y las palabras buenas de Sus Magestades».

Eso daban los reyes: papel y palabras buenas. El pueblo ponía lo que era necesario: genio y valor.

Entre las instituciones medioevales de España, figuraba el *Colegio de Cómitres de Sevilla*, y al lado de ese colegio existía en Cádiz el de *Pilotos de Vizcaya*, corporación tan antigua y «de tanto tiempo acá que memoria de hombres non es en contrario». Los pilotos vizcainos conducían al norte de Europa las carracas y galeras que hacían escala en Cádiz al llegar de Levante. (1)

(1) Martín Fernández de Navarrete.—*Disertación para la historia de la Náutica.*—Pag. 357.—Clarence Henry Haring.—*Trade and Navigation between Spain and the Indies in the Time of the Hapsburgs.*—Horvurd University Press.—1918. Pág. 319.

Cuando la actividad marítima tomó mayor i portancia, se creó a mediados del siglo XIV *Universidad de los Mareantes de Sevilla,* establ cida en Triana, frente a la Torre del Oro y l muelles de la *Casa de Contratación.* Tenía un ho pital y una capilla y se había puesto bajo el patr cinio de Nuestra Señora del Buen Aire.

Los pilotos vizcaínos estuvieron gloriosamen representados en las exploraciones americanas p Juan de la Cosa, primer cartógrafo del Nuevo Mu do. Véase como tipo la vida de este marino q tomó parte en siete expediciones históricas:

1.ª Con Cristóbal Colón, del 3 de agosto 1492 al 15 de noviembre de 1493.

2.ª Con Cristóbal Colón, del 25 de septiemb de 1493 al 11 de junio de 1496.

3.ª Con Alonso de Ojeda y Américo Vesp cio, del 16 de mayo de 1499 al mes de septiemb del mismo año, que dió remate a la expec ción en la isla Española.

4.ª Con Rodrigo de Bastidas, del mes de oct bre de 1500 al mes de septiembre de 1502.

5.ª Efectuado entre 1504 y 1506.

6.ª Con Martín de los Reyes y Juan Correa, e tre junio de 1507 y una fecha indeterminada 1509.

7.ª Con Alonso de Ojeda. Comenzó el 10 noviembre de 1509. La Cosa murió durante es viaje, el 28 de febrero de 1510, en Turbaco.

La célebre carta marítima de Juan de la Cosa resultado de sus tres primeros viajes, y de dat que le comunicaron otros exploradores. Todos l mareantes consideraban a Juan de la Cosa, el *Vi caíno,* como la primera autoridad cartográfica.

Juan de la Cosa formó parte de la célebre Junta de Burgos, convocada por Fernando el Católico a su regreso de Italia, después de la muerte de Felipe I, para discutir el giro que deberían tomar las exploraciones. Además de Juan de la Cosa, asistieron a esa Junta Vicente Yáñez Pinzón, Juan Díaz de Solís y Américo Vespucio.

Este era el *Piloto Mayor* de España, con sueldo de 50.000 maravedises y 25.000 para ayuda de costa.

El Piloto Mayor era el examinador de los pilotos, y consultor supremo para las cuestiones de Ultramar, directamente relacionadas con la navegación y comercio con las colonias.

Muerto Américo Vespucio, Juan Díaz de Solís fué nombrado Piloto Mayor en 1512, y muerto a su vez Díaz de Solís en el Río de la Plata, le sucedió Sebastián Caboto, quien ocupó el puesto treinta años, con el intervalo de su viaje al Rio de la Plata y de su confinamiento en el presidio de Orán.

Después de la traición de Caboto en 1548, fué nombrado Alonso de Chaves, uno de los hombres más ilustres de aquel tiempo, y Chaves sirvió el empleo hasta su muerte ocurrida en 1586, a la edad de noventa y cuatro años.

En torno del *Piloto Mayor* había un grupo de *Pilotos Reales*, que se constituía con los navegantes y cosmógrafos más reputados, y que formaba una especie de Consejo marítimo. Los *Pilotos Reales* suplían al *Piloto Mayor* en sus ausencias. Además de Juan de la Cosa y Vicente Yáñez Pinzón, figuraban entre ellos, Andrés de San Martín, Juan Vespucio, Juan Serrano, Andrés García Niño,

Francisco Cotta, Francisco de Torres y Vasco Gallego.

Había peritos con otras denominaciones. Así Nuño García Torreño, recibió en 1519 el título de *maestro de hacer cartas*, que había tenido La Cosa en el segundo viaje de Colón; Diego Ribeiro, célebre portugués, era *cosmógrafo* y *maestro de hacer cartas*. A otros se les adscribía en la Casa de Contratación bajo el nombre de *capitanes de mar*. Tal fué el caso de Caboto antes de ser *Piloto Mayor*, el de Magallanes y el de Francisco Faleiro hermano del socio de Magallanes, Ruy Faleiro.

Todas las celebridades náuticas, tanto de España como del extranjero, y en especial de Portugal e Italia, países notablemente adelantados en la navegación, recibían acogida y estímulo en la Casa de Contratación de Sevilla.

«Durante largo tiempo la escuela náutica de Sevilla fué objeto de admiración por parte de los visitantes que llegaban del norte de Europa. Cuando estuvo en Sevilla el célebre navegante inglés Esteban Borough, en 1558, los españoles, como dijo después a Hakluyt, lo llevaron a la Casa de Contratación en donde son recibidos los maestros y pilotos, le tributaron grandes honores y lo obsequiaron con un par de guantes perfumados que valdrían cinco o seis ducados.» (1).

Borough hizo gestiones para que se creara en Inglaterra la plaza de *Piloto Mayor*, «estimada en España, Portugal y otros lugares donde florece la navegación.» El resultado fué que se le nombrase

---

(1) Haring. Op. cit. Pág. 39: *Dictionary of National Biagraphy* Art. Stephen Borough.

Piloto Mayor y uno de los *Cuatro Maestros de la Marina de Su Majestad la Reina.*

La Casa de Contratación de Sevilla, identificada después con una obra de ruína para la Monarquía española, lo estuvo entonces con una obra de prosperidad y cultura. Sevilla era un centro de producción intelectual relacionado con los descubrimientos geográficos. El sevillano Martín Fernández de Enciso, abogado en la Isla Española, socio de Alonso de Ojeda, y uno de los fundadores de la Antigua en el Darién, arrojado de la Tierra Firme por Vasco Núñez de Balboa, y restituído a ella durante la expedición de Pedrarías Dávila, publicó en Sevilla una *Suma Geográfica* que apareció en 1519 y fué reimpresa en 1536. La obra de Enciso era una guía para los exploradores de las Indias, y contenía indicaciones muy curiosas, de grande utilidad. El portugués Francisco Faleiro, que perteneció tantos años al personal de la Casa de Contratación, publicó en Sevilla, en 1535, su *Tratado de la Esfera y del Arte de Marear, con el Regimiento de las Alturas.* Pedro de Medina, examinador de la Casa, daba a la prensa en 1545, en Valladolid, su *Arte de Navegar*, aprobado por el Piloto Mayor y los cosmógrafos de la misma Casa. Esta obra fué traducida al italiano, al francés, al flamenco y al inglés, tuvo numerosas ediciones en todos los países marítimos, y sirvió de libro de texto en Francia durante cien años. El mismo autor publicó en Sevilla, en 1552, un compendio para uno de los pilotos, que se titula *Regimiento de Navegación.* Escribió también una *Suma de Cosmografía* que no salió a luz (1).

(1) Fernández Nevarrete. *Disertación.* Pág. 156 y siguientes.

En 1551 se imprimió en Sevilla el *Breve Compendio de la Esfera y del Arte de Navegar*, por Martín Cortés. El marino inglés Borough, admirador de la Casa de Contratación, instó a Richard Eden para que tradujera la obra de Martín Cortés, y ésta se publicó en 1561 a expensas de la *Compañía de Aventureros* que hacía el comercio con Rusia. Los ingleses consideraban superior la obra de Cortés a la de Medina, no sólo por la claridad y precisión con que exponía las materias, sino por la profundidad con que estudiaba los fenómenos de la naturaleza. Martín Cortés abrió la ruta a los investigadores de las leyes de la variación magnética. (1)

Alonso de Santa Cruz, *Cosmógrafo* de la Casa de Contratación en 1536, y *Cosmógrafo Mayor del Rey* en 1563, se dedicó a hacer investigaciones personales en España y en Portugal, tanto sobre el estudio de las variaciones magnéticas como sobre los procedimientos para encontrar la longitud. Fué un gran precursor en el orden científico, y una autoridad europea en materias cartográficas.

El *Itinerario de Navegación*, obra de Juan Escalante de Mendoza, escrito en forma dialogada, expone las teorías y prácticas del arte, con aplicación especial a las rutas de la América Española. Explica la construcción, manejo y aprovisionamiento de las naves, las corrientes marítimas, los vientos, las tempestades y todos los fenómenos que debe conocer un marino, y no le son extrañas las reglas para la lucha armada contra un adversario. Tan buena, tan exacta y completa se consideró la obra, que fué prohibida su impresión para que no la aprove-

(1) Haring. Op. cit. Pág. 311.

chasen los pueblos en hostilidad abierta con España durante el último cuarto del siglo XVI. Escalante de Mendoza fué además de autor notable, hombre de vida extraordinaria, y su obra refleja una actividad y un carácter. Sobrino de un capitán de Sevilla, Escalante de Mendoza olió brea y ozono desde la niñez. A los diez y ocho años era patrono y capitán de un barco que hacía el tráfico entre España y Honduras, y fué de los más diestros y valientes en lances de guerra con los piratas del Caribe. Escalante de Mendoza murió en 1596 siendo capitán general de flota en Tierra Firme. Su obra había circulado profusamente en mil variantes apócrifos y fraudulentas, y más de veinte años después de muerto el autor se permitió la impresión del libro. (1)

En 1581 aparecía el *Compendio del Arte de Navegar*, escrito por Rodrigo Zamorano, que fué nombrado *Piloto Mayor* años después, y *Cosmógrafo* de la Casa de Contratación en aquel tiempo. Esta obra sirvió de texto en las escuelas.

Andrés García de Céspedes, *Cosmógrafo mayor del Rey*, escribió un *Regimiento de Navegación y de la Hidrografía*. En esta obra, publicada a principios del siglo XVII, se registraban los avances hechos por la ciencia desde los tiempos de Medina. Contenía importantes resultados que había obtenido el autor en sus trabajos para la fabricación de instrumentos náuticos, para la arquitectura naval y para la artillería. (2)

(1) Lo ha publicado el eminente marino y académico, don Cesáreo Fernández Duro, en el tomo V de sus *Disquisiciones Náuticas*.—Fernández de Navarrete.—*Disertación*. Pág. 240.

(2) Fernández de Navarrete.—*Disertación*.—Pág. 278 y siguientes. Haring. Op. cit. Pág. 213.

XIII

LA BASE ECONÓMICA DE LAS CONQUISTAS

No debe olvidarse que el primer establecimiento de los españoles en las islas, se fundó sobre tres nociones quiméricas. En efecto, Colón había llegado a las *Indias*, a las únicas Indias, a las Orientales, y encontrada la nueva ruta se iba a abrir una era de campañas militares contra príncipes gentiles, se iba a establecer una cadena de factorías para el tráfico de los aromas, la seda y el marfil, y se iba a sacar en toneles la riqueza aurífera de los ríos que habían remontado las carabelas del Almirante. El hecho es literalmente exacto. He aquí un pasaje del Diario de Colón, que corresponde al 8 de enero de 1483: «Y porque la mar era llena, y entraba el agua salada con la dulce, mandó subir con la barca el río arriba un tiro de piedra: hincheron los barriles desde la barca, y volviéndose a la carabela, hallaron metidos por los aros de los barriles pedacitos de oro, y lo mismo en los aros de las pipas». De allí la presencia de tantos mozalbetes nobles, aprendices de paladín, en la desdichada expedición del segundo viaje colombiano.

Pero no había Indias, ni factorías, y si hubo oro fué más tarde, siempre en pequeña cantidad. Lo que no escaseaba eran la fiebre y el hambre. El paraíso tropical tragaba vidas incesantemente; la tierra no daba mantenimientos. Pasaron muchos años antes de que los establecimientos españoles tuvieran vida propia, y ésta no se basó en el oro. Es, pues, un error—y el más dañoso de los errores, el que contiene un elemento de verdad—ver en los colonos antillanos un campo de mineros. Las minas, o más exactamente los placeres auríferos, eran una lotería y una locura desquiciadora, eran en cierto modo un recurso, pero no el centro vital económico de las colonias antillanas. Todo lo contrario: el espejismo del oro las despoblaba de españoles, que iban a buscarlo en otras partes, como el laboreo las despoblaba de indios.

Y más aún: el conquistador clásico, el tipo casi fabuloso de conquistador, no existió en las islas. Salió de ellas, como salió del istmo, pero en las islas y en el istmo fué bien poco guerrero. Cultivador y ganadero, se enriqueció en la granjería del hato y la cabaña, explotó el cañaveral y el trapiche, y lavó oro en los ríos. Cuando tenía un buen pasar o una gran fortuna—en su mayor parte debida a la actividad agrícola y pecuaria—, salía de la Española, o de Cuba, o de Jamaica, o de Puerto Rico, o del istmo, para conquistar imperios continentales o para fracasar trágicamente en costas desiertas y en selvas pantanosas.

Se dice que uno de los principales factores de la conquista de América fueron los caballos. Es verdad: el caballo, el acero y la pólvora establecieron la dominación sobre millones de indígenas

americanos. No olvidemos al perro, fiera paralizante; temible caballería ligera del conquistador. Pero si el caballo significó mucho en la conquista, el cerdo fué de mayor importancia, y contribuyó en un grado del que no podrá hacerse una ponderación excesiva. La conquista de Méjico, la del Perú, la de la Nueva Granada fueron obra de los estancieros antillanos que proveían a los empresarios de las expediciones. ¿Por qué fracasó la primera fundación de Buenos Aires sino por falta de una base agrícola y pecuaria?

«En esta isla Española ni en parte alguna destas partes,—dice Oviedo—, no avia caballos, e de España se truxeron los primeros, e primeras yeguas, e hay tantos que ninguna necesidad hay de los busçar ni traer de otra parte: antes en esta isla se han fecho e hay tantos hatos de yeguas, e se han multiplicado en tanta manera, que desde aquesta isla los han llevado a las otras islas que están pobladas de chrisptianos, donde los hay asimesmo en mucho número e abundancia; e a la Tierra Firme, e a la Nueva España, e a la Nueva Castilla, se han llevado desde aquesta isla, e de la casta de los de aquí se han fecho en todas las otras partes de las Indias donde los hay. E ha llegado a valer un potro o yegua domada en esta isla tres, o quatro o cinco castellanos, o pesos de oro, e menos.» Este dato tiene mayor importancia que la descripción de todas las batallas libradas en las campañas de América.

«De las vacas digo lo mismo, en quanto a ser ya inmemorables, pues que es notorio que en esta isla hay muy grandes hatos e vacadas, e vale una res un peso de oro, e muchos las han muerto e alan-

ceado, perdiendo la carne de muchas dellas, par vender los cueros y enviarlos a España, e cada añ van muchas naos cargadas destas corambres. E ha hombres en esta ciudad y en la isla de a dos, e tres, e quatro, e cinco, e seys, e siete, e ocho, e nueve e diez mil cabeças deste ganado e mucha más en cantidad... Ovejas se truxeron e carneros de que se ha fecho e hay ganado deste género.

«De los puercos ha avido grandes hatos en esta isla, e después que se dieron los pobladores a la granjería de los açúcares, por ser dañosos los puercos para las haciendas del campo, muchos se dexaron de tales ganados; pero todavía hay muchos, e los campos están llenos de salvajina, assí de vacas e perros monteses, como de muchos perros salvajes que se han ydo al monte e son peores que lobos e más daño hacen... Hay assimismo muchos asnos en esta isla, de la casta de los que se truxeron de España, e mulas e machos que se han criado e se hacen muy bien acá... de la mixtión de los asnos e yeguas.

«Y como en otra parte de la historia dixe, torno a decir o acordar al letor que vale el arrelde de la vaca en esta ciudad a dos maravedis: la qual arrelde es de peso sesanta e cuatro onzas... Cabras se han traydo de España e de las islas de Canaria, y de las de Cabo Verde, e algunos hatos hay deste ganado, e las que mejor acá prueban son las pequeñas de Guinea e de Cabo Verde e aquellas islas; pero deste ganado no hay mucho en estas islas». (1)

(1) *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano,* por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer Cronista del Nuevo Mundo.—Impr. de la Real Academia de la Historia.—Libro XII. Cap. IX.

«Hanse traydo a esta isla e a las otras comarcanas e a la Nueva España e a la Tierra-Firme, muchas gallinas e gallos de los nuestros de España, e hanse hecho muy bien y en grande abundancia, e hay muchos e muy hermosos capones y en gran cantidad en todas estas partes e Indias. Hanse traydo muchas palomas duendas, e crianse bien, e hay muchas dellas en esta ciudad, en muchas casas y en los heredamientos... Hanse traydo algunos pavos de los de Castilla; pero no se hacen ni multiplican bien como en España. Y lo mismo digo de las ánades de Castilla, porque las que acá vienen no se multiplican ni se dan tan bien como allá, aunque hay algunas ánades de las caseras de Castilla, que se han traydo assimismo, e hanse hecho muy bien, e hay muchas de ellas, puesto que destas hay acá naturales infinitas, pero más chiquitas. (1)

Sin los ganados de las islas, y sobre todo, sin los caballos, cerdos, cabras, ovejas y gallinas, no se hubiera dado un solo paso en el continente. Hablando de los conquistadores de la Nueva España, dice Bernal Díaz del Castillo:

«Y estos vezinos que e nombrado, tenian sus estancias de pan caçabi y manadas de puercos, cerca de aquella villa, y cada uno procuró de poner el más bastimiento que pudo: Pues estando que estavamos desta manera, recogiendo soldados y conprando caballos, que en aquella sazón pocos auia y muy caros, y como aquel cavallero por mi nombrado que se dezia Alonso Hernando Puerto Carrero, no tenia caballo ni de qué compralio, Hernando Cortés le conpró vna yegua rusia, y dió

(1) Oviedo. *Op cit.* Lib. xiv. Cap. II.

por ella vnas lazadas de oro que traya en la ropa de terciopelo, la qual mandó hazer en Santiago de Cuba como dicho tengo. Y en aquel istante uino vn navio de la Hauana, aquel puerto que traya vn Joan Cedeño uezino de la misma Hauana, cargado de pan caçabi, y tocinos, que yua a vender a vnas minas de oro que estauan cerca de Santiago de Cuba. Y como saltó en tierra el Joan Cedeño, fué hacer acato a Cortés: y después de muchas pláticas que tubieron, le compró el navio y tocinas y caçabe fiado, y se fué con nosotros. Ya teníamos onze navios y todo se nos hazia prósperamente»... (1)

Pero los caballos y cerdos de nada habrían servido sin el repuesto del ganado vacuno, que enriquecía a los colonos con el comercio de exportación, y sobre todo, sin la agricultura que les permitía la dispendiosa organización de sus armadas. Una pudieron haber hecho: no tantas como se sucedieron en el curso de medio siglo. Las conquistas no fueron obra de la miseria desesperada de aventureros famélicos que buscaban enganche en las gradas de Sevilla; detrás de éstos se hallaban las riquezas de hidalgos y caballeros, señores de la caña de azúcar, antepasados de don Francisco Aguilera, de don Máximo Gómez y de don Mario Menoral, es decir de los caudillos y presidentes de las modernas repúblicas insulares.

Desde los tiempos de Ovando la isla de Haiti estaba tranquila, y había en ella «de diez a doce mil españoles, muchos de ellos hidalgos y caballe-

---

(1) Bernal Díaz.—*Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*—Ed. Mexico. 1904. G. García. Págs. 58-60 Caps. XX (XXI).

ros» (1). No todos estos fueron conquistadores en en el continente, es verdad, y lo que es también que las conquistas no se hicieron literalmente con el producto de sus granjerías, pero sin éstas hubiera sido imposible sostener la serie continua de las armadas que se organizaron posteriormente.

El artículo principal de la agricultura antillana era la caña, planta aclimatada bien pronto, y bien pronto explotada industrialmente. «Pues aquesto del azúcar es una de las más ricas granjerías que en alguna provincia o reyno del mundo puede aver y en aquesta isla hay tanta e tan buena y de tan poco tiempo acá assi exercitada»... (2) Desde el principio se ensayó la plantación, y los colonos sacaban mieles de las cañas; pero el bachiller Gonzalo de Velosa, «a su propia costa de grandes y excesivos gastos, segund lo que él tenía, e con mucho trabajo de su persona, truxo los maestros de azúcar a esta ista, e hizo un trapiche de caballos, e fué el primero que hizo hacer en esta isla açúcar; e a él solo se deben las gracias como a principal inventor de aquesta rica granjería» (3). A Velosa se le disputaba la primacía, pues decían algunos que Pedro de Atienza, vecino de la Concepción de la Vega, había plantado las primeras cañas, y que el alcaide Miguel Ballester, natural de Cataluña, las había beneficiado sacando azúcar; pero el fundador de los trapiches fué Velosa. Asociado Velosa a Cristóbal de Tapia, veedor, y al hermano de éste llamado Francisco de Tapia, alcaide de Santo Do-

(1) Ricardo Cappa.—*Colón y los Españoles.*—Pág. 269. Cappa cita al P. Las Casas.

(2) Oviedo. *Op. cit.* Libro IV. Cp. VIII.

(3) Oviedo.— Loc. cit.

mingo, establecieron los tres un trapiche que a la larga fué propiedad exclusiva de Francisco de Tapia, lo que no era poco, pues «el señor de un ingenio libre e bien aviado está muy bien e ricamente heredado».

«Porque no se repita muchas veces lo que agora diré, ha de notar el letor en este ingenio para todos los otros por este aviso, que cada ingenio de los poderosos e bien aviados, demás e allende de la mucha costa e valor del edificio e fábrica de la casa, en que se hace el açúcar, e de otra grande casa en que se purga e se guarda, hay algunos que pasan de diez e doce mil ducados de oro e más hasta lo tener moliente e corriente. Y aunque se diga quince mill ducados no me alargo, porque es menester tener a lo menos continuamente ochenta o cient negros, e aun ciento e veinte e algunos más para que mejor anden aviados; e allí cerca un buen hato o dos, de vacas de mill, o dos mill o tres mill dellas que coma el ingenio; allende de la mucha costa de los edificios e maestros que hacen el açúcar, y de carretas para acarrear la caña al molino e para traer leña, e gente continua que labre el pan e cure e riegue las cañas, e otras cosas necessarias y de continuos gastos.» (1)

Un buen ingenio, como el del licenciado Suazo, oidor de Santo Domingo que pasó a Cuba y fué visitador en Méjico, valía sobre cincuenta mil ducados de oro, y rentaba mucho más de seis mil. En la isla contaba Oviedo en sus días, «veinte ingenios poderosos molientes e corrientes, e cuatro trapiches de caballos». El azúcar era un artículo de exportación, como las pieles. «E continuamente las

(1) *Loc cit.*

nos que vienen de España, vuelven a ella cargadas e azúcares muy buenos, (1) e las espumas e mieles que en esta isla se pierden y se dan de gracia, harían rica otra gran provincia. Y lo que es más de maravillar destas gruesas haciendas, es que en tiempo de muchos de los que vivimos en estas partes, y de los que a ellas pasaron desde treynta e ocho años a esta parte, ningún ingenio destos hallamos en estas Indias, y que por nuestras manos e industria se han fecho en tan breve tiempo» (2).

Esto quiere decir que del año 1508 al de 1546 en que Oviedo terminó su libro cuarto, se había establecido la industria de la caña de azúcar no sólo en la isla Española, sino en San Juan de Puerto Rico y en Jamaica. Era el tiempo de las grandes conquistas y así el estanciero conquistador antillano lo primero que llevó al continente fué el histórico trapiche de Hernán Cortés, cuyos restos existen aún en Cuernavaca, centro de la rica zona azucarera mejicana.

(1) La arroba se vendía a peso y medio de oro.
(2) *Loc cit.*

XIV

AURI RABIDA SITIS

El oro de Haiti y del Darién tuvo entre los colonos muchos censores que maldecían su extracción, y que en la violencia de sus ataques superaron cuanto han dicho los detractores de la obra americana de España. «Labrad la tierra y criad ganados» era su incesante recomendación. «No desamparéis vuestras tierras para buscar oro». Y avanzando más, Las Casas pronunciaba una sentencia definida, no ya contra el oro superficial de las islas, sino contra la minería industrial del continente; contra «el infierno del Perú que he empobrecido a España». (1) Pedro Mártir escribía su conocida frase: «Auri rabida sitis a cultura Hispanos divertit.»

Oviedo dice que «el deseo del oro es gran atrevimiento, que ha costado muy caro a muchos», y juzga «muy errado el juicio e entendimiento, con que se determina tanta gente a procurar una ganancia tan dubdosa para su remedio y tan cierta para su peligro, así del ánima como del cuerpo.» (2)

(1) Las Casas.—*Historia de las Indias;* en la *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España.*—Tomo 65; página 317.

(2) *Oviedo.—Op. cit.* Lib. XXV. Cap. XVI.

Mientras Colón reconocía el sur de Cuba, en su segundo viaje, los españoles morían de hambre en Haiti, no obstante la prisa que se habían dado para empezar la aclimatación de las plantas y animales de Europa. Esas primeras colonias habían llevado «las ocho puercas», que según Las Casas, eran origen «de todos los puercos que hasta hoy ha habido y hay en todas estas Indias». (1)

Los colonos se establecieron en la parte norte de la Española, si bien avanzaban hacia el interior para buscar terrenos auríferos. Un mozo aragonés, Miguel Díaz, temeroso de ser castigado por haber herido en riña a otro español, huyó hacia el sur de la isla. Allí conoció a una cacica de la que después tuvo dos hijos, y ésta le mostró los placeres auríferos de Santo Domingo, causa de que se cambiase a ese sitio el centro de la colonia. (2)

«Y avéis de entender que este oro virgen se halla en los ríos del agua y en las costas dellos, y en monte, y en las quebradas, y en savanas, como agora lo iré particularicando e distinguiendo cada cosa destas por su parte. Y tenga el que lee memoria que se halla el oro en una destas tres maneras: en savana, en arcabuco, o dentro del río o agua. Ya podría ser que el río o quebrada o arroyo, estén secos o hayan mudado su curso, o por cualquier causa que sea les falte agua; pero no por eso dexará de aver oro, si por allí lo ovo en el curso que tuvieron las aguas. Llaman savana los indios, como en otro lugar lo tengo dicho, las vegas o cerros o costas de riberas, si no tienen árboles, e a todo te-

(1) Las Casas. *Historia de las Indias*. Lib. II. Cap. III.

(2) Oviedo. *Op. cit.* Lib. II. Cap. XIII.

rreno que está sin ellos, con yerva o sin ella. El arcabudo es boscaje de árboles en monte alto o en llano: en fin, todo lo que está arbolado es arcabuco.» (1)

Escogido el terreno, y limpio de hierba o árboles o piedras, se hacía un hoyo extenso y se iba lavando la tierra en algún arroyo vecino. Si el oro se buscaba en una corriente, comenzaba el buscador por desviarla para examinar entre las piedras y oquedades y resquicios de las peñas. «Y a las veces, cuando una madre de estas acierta a ser buena, hallábase mucha cantidad de oro en ella; porque acierta algunas veces a lo echar la corriente en hoyos, donde no lo pudo llevar el agua adelante».

Sacada la tierra, pues lo regular es que el oro no esté a la vista, «de la tierra cavada hinchen bateas de tierra, e otros indios toman aquellas bateas con la tierra, e llévanlas al agua, en la qual están assentados las indias e indios lavadores; e vacían aquellas bateas que truxeron en otras mayores que tienen los que lavan en las minas, e los acarreadores vuelven por más tierra, en tanto que los primeros lavan aquella que primero se les truxo.» (2)

El trabajo de lavar era muy delicado y paciente, y regularmente se empleaba en él a indias o negras. Por cada dos personas que lavaban, había dos acarreadores de tierra y dos cavadores. «Estos indios están en la ocupación del oro, sin los otros indios e gentes que ordinariamente atienden a las heredades y estancia, donde los indios se recogen a dormir y cenar, y tienen su habitación e domicilio: los

(1) Oviedo. *Op. cit.* Lib. IV. Cap. VIII.
(2) Oviedo. *Loc. cit.*

quales andan en el campo, labrando el pan y lo otros mantenimientos, con que los unos y los otro se sustentan y mantienen. Y en aquellas tales es tancias e moradas, hay mujeres continuamente qu les guisan de comer y hacen el pan, y el vino (don de lo hacen de mahiz o del caçabi), y otras qu llevan la comida a los que andan en la labor d campo o de la mina. De manera que quando se pre gunta a uno que quántas bateas tiene de lavar en l mina, y responde que son diez, avéis de entende ordinariamente que el que tal alcança tiene cin quenta personas de trabajo por batea de lavar, no obstante que con menos cantidad de gente alguno las traen...» (1).

¿Se comprende ahora la aversión del colono pu diente a esta granjería del oro? Para el hombre d arraigo, los buscadores de oro eran aventureros qu nada tenían y nada exponían. Y más se irritaba estanciero rico al ver que los mayordomos de c balleros y privados de la corte explotaban las m nas de sus amos. Unos y otros llevaban muy de pr sa la despoblación, matando de fatigas y de hambr a los indios, ahuyentándolos y obligándolos al su cidio. Más aún: cuando faltaban indios para las m nas dadas a los caballeros de la corte, se quitaba a los encomenderos asentados. ¿Por qué no hemo de creer a Oviedo cuando dice que los encomen deros «casados e avecindados tenían e trataban los indios como a hijos»? Hijos o ganado, su inte rés exigía la conservación de los indios, que se aca baban a toda prisa, y con ellos la colonia. Les con venía, pues, tratarlos bien, y que los otros hiciera lo mismo. Pero sucedía lo contrario con los busca

(1) Oviedo. *Loc. cit.*

dores aventureros, y con los caballeros y prelados de España, «porque como los indios eran tratados por criados e mayordomos de los tales caballeros, y por ellos deseado el oro que se cogía con las vidas destos indios e gente miserable, escrebían a las personas principales de acá e a sus mayordomos que les enviasen oro; y como todos los principales oficiales de acá eran favorecidos de aquellos señores, el fin de todos ellos era adquirir, y enviar e rescebir oro, por lo qual se daba excessivo trabajo e mal tractamiento, a esta causa, a los indios; e morían todos o tantos dellos, que de los repartimientos, que cada qual tenía en número de doscientos e trescientos indios, brevemente este número era consumido y acabado, e tornado a rehacer de los otros indios que estaban encomendados a los casados e vecinos destas partes. En manera que los repartimientos de los pobladores se iban disminuyendo, e los de los caballeros acrescentando; y de los unos y de los otros, todos morían con el mal tractamiento: que fué potissima causa para grand parte de su total destrución e acabamiento». (1)

Los indios lucayos no eran esclavos gratuitos, pues había que fletar navíos para llevarlos, y el que iba al salteamiento no lo hacía sin lucro. El precio legal era de cuatro pesos por cabeza; pero como se les emplease en el buceo de perlas de Cubagua, que proporcionaba grandes beneficios, y como a la vez disminuyese rápidamente el número da aquellos indígenas, el precio subió a 100 y 150 pesos de oro cada uno. (2)

Con esto y con la consiguiente introducción de

(1) Oviedo. *Op. cit.* Lib. IV. Cap. III.

(2) Las Casas. *Historia de las Indias.* Lib. II. Cap. XLV.

esclavos negros, la extracción del oro dejó de se una aventura loca de los desesperados, y su explotación se vinculó en los vecinos de saneada riqueza

La sed de oro buscaba otras tierras, con indio que lo tributasen o que lo sacasen; tierras de misterio, de infinitos tesoros: *Birú, Culúa, Meta, El dorado.*

XV

POBREZA, CODICIA, LOCURA

Quien leyera sólo las encantadoras *Décadas* de Pedro Mártir, podría tal vez engañarse por sus relaciones, serie de cuadros de un color local formado con artificiosa pericia. Es la primera embriaguez literaria del tropicalismo. Pedro Mártir quiere recibir y comunicar noticias de lo exótico, de lo raro, de novedades que transciendan a sugestión legendaria de la antigüedad clásica. «El invictísimo Rey Fernando —nos dice Pedro Mártir—, ha comido otra fruta que traen de aquellas tierras. Esa fruta tiene muchas escamas, y en la vista, forma y color, se asemeja a las piñas de los pinos; pero en lo blanda al melón, y en el sabor aventaja a toda fruta de huerto, pues no es árbol, sino hierba muy parecida al cardo o al acanto. El mismo Rey le concede la primacía». (1)

«Los sembrados y todas las hortalezas crecen admirablemente...» (2) Sí; todo crece admirablemente, y las frutas indígenas «son de rara sabor y saludables para el hombre». Pero no hay trigo; no

---

(1) Déc. II. Lib. IX.
(2) L. c. cit

hay pan porque a pesar de toda su solicitud, ve el colono que la espiga jamás grana.

—¿No hay trigo?—preguntará Las Casas, indignado, oyendo esto de boca del Obispo Quevedo—¿No hay trigo en las islas? Si no hay trigo, ¿qué son estos granos recogidos en el convento de los Religiosos de Santo Domingo en la Española?

Había trigo como curiosidad, pero no como producto. Los españoles hubieron de hacer uso amplio del maiz y de la yuca mientras no subieron a las mesetas continentales. Las expediciones no habrían dado un solo paso sin los mantenimientos que les proporcionaban los productos indígenas: sin el maiz y el pan cazabe. Un conquistador jamás olvidaba esto, base de alimentación, junto con el tocino. Y si podía llevaba cerdos en pie. Hablando de la Nueva Granada, dicen los comisionados Joan de San Martín y Antonio de Lebrija en su informe al Rey: «Es bien bastecido de carne de venados, que se matan en cantidad, y de otra como conejos, que llaman coris, se mata sin número; demás de la mucha carne de puercos que de aquí adelante habrá, que los traían la gente que vino del Perú, que dexaron en este nuevo reyno más de trescientas cabeças, todas hembras y preñadas». (1)

¿Imagináis aquella expedición mandada por Sebastián de Belalcázar, con una manada de cerdos desde Quito hasta Cundinamarca? No es así como se nos pinta al conquistador clásico.

Una de las ventajas del pan cazabe era su duración. «Sostiénese el pan de caçabi un año e más, e llévase por la mar por todas estas islas e costas de la Tierra Firme, e aun hasta España lo he yo lleva-

(1) Oviedo. *Op. cit.* Lib. XXIV. Cap. XI.

», e otros muchos; y en estas mares e tierras de á es muy buen pan, porque se tiene mucho sin corromper o dañar; excepto si no se moja» (1).

Parece bien llano salir a una jornada de conquis. Si el conquistador es pobre, pero atrevido y de estigio—Alonso de Ojeda, por ejemplo—, le uda otro – Juan de La Cosa, digamos—, con su nero, y el de sus amigos, y fleta una nave y uno dos bergantines, en los que lleva los bastimentos doscientos hombres. Quiere aumentar su armaa, y encuentra dinero que le proporciona el bariller Enciso. Ojeda lo premia haciéndolo Alcal-e Mayor de su Nueva Andalucía, y el bachiller da ara un navío y para cargarlo de bastimentos (2).

Pero los hombres se enferman, algunos mueren manos del enemigo, que emplea flechas envene-adas, los bastimentos se acaban, y el desastre es l ordinario desenlace de las expediciones. Ojeda, quel brillante cortesano que hacía piruetas gailar-as sobre una viga saliente en la meseta de la Gi-alda, para divertir a la Reina Católica, muere en l abandono humillante de una sórdida miseria; Ni-uesa, su émulo, desaparece en el mar; La Cosa ierde la vida en las espesuras de Turbaco; Enciso o recupera un sólo céntimo del capital que aven-uró en la empresa. Sin embargo, el conquistador ue ha fracasado en dos ocasiones, no desmaya si e queda salud, y va por la tercera en busca de la oñada Culúa, de Meta, o de Cíbola.

Bernal Díaz pregunta, comentando a Gómara cuando éste asegura que Cortés no se atrevía a publicar en Cempoala que iba a la gran Tenochti-

(1) Oviedo. *Op. cit.* Lib. VII. Cap. II.
(2) Las Casas. *Op. cit.* Lib. II. Cap. LII.

tán, para prender al Motecuhzoma, por miedo d
que se desmoralizasen los soldados: »¿Pues de qu
condición somos los españoles para no ir adelant
y estarnos en partes que no tengamos provecho
guerras? (1).

No concluyamos diciendo que el conquistad
es un héroe, o que es de una loca obstinación. S
tipo es complejo, como su suerte es varia. Tod
ellos tienen un rasgo común: «los ánimos de los e
pañoles e sus ingenios son inquietos, y deseos
de cosas nuevas, segund Tito Livio» (2).

Son muchos los que buscan la conquista de Me
ta: cinco jefes de la Tierra Firme, tres de ellos e
pañoles y dos alemanes, estos últimos al servicio d
la casa Welser, favorecida con una concesión oto
gada por el Emperador. Esos capitanes son: Dieg
de Ordaz, Hierónimo Dortal, Antonio Sedeño, Am
brosio Alfinger y Jorge de Espira. A la vez, avan
za hacia Meta uno de los tenientes de Pizarro
«Meta es la demanda en que anduvieron... e au
tras ella se perdieron... ¿Qué cosa es esta Meta d
que tanta fama ha andado en estas partes e tanta
vanidades algunos han escripto a España, y que ta
caro ha costado?» Llega un grupo de hombres; v
la serranía: ahí está *Meta*. Todos los soldados re
quieren a uno de ellos, el más hábil, para que lo
guíe. Si el misterio no es descubierto por Esteba
Martín, el valiente farante, nadie lo descubrirá
Avanza Esteban Martín con cincuenta hombres,
lo rechazan los indios; vuelve herido, y muere a
cabo de veinte días. Todos están tristes y desan
mados, «porque aquel era, un hombre muy valero

(1) Bernal Díaz del Castillo—*Op. cit.* Cap. LVII.
(2) Oviedo. *Op. cit.* Lib. XXVI. Cap. I.

so por su lança, y grande adalid y de mucho tiento, y de los que se hallan pocos o raros en la guerra». El gobernador les dice:—¿Vale un solo hombre tanto que valga por todos? —No, contestan con ánimo; vayamos por donde fué Esteban Martín. Pero después de pelear valientemente en la guazábara, nada pudo lograrse a pesar de la victoria: «los españoles cada día se enfermaban; entre los chogues sólo había maiz; se hizo una junta y quedó resuelta la retirada detrás del río Papomene. Todos decían a voces. «No queremos oro... Sacadnos de tan mala tierra... Como estamos, ni queremos oro ni otra cosa, sino la vida, y no perderla a sabiendas, peleando con el cielo y porfiando lo que no se puede hacer. Llevadnos a Coro, e rehacernos hemos de salud y de vestuario y herraje» (1).

Esto es una retirada; no un desastre. Desastre el de Hortal, frente a esa misma Meta «que tan burlados los traía por su cobdicia». Encontraban yuca y maiz en los pueblos indígenas. Nadie les resistía. Pero he aquí que de pronto los caballos son atacados de rabia, y empiezan a roer las sillas. Un soldado se enfurece, saca la espada y corta la lengua de su caballo. Otros hombres quedan a pie porque las bestias mueren. Los hombres también se ven atacados de una fiebre que los adormece. Los enfermos quedan abandonados en el desierto por sus compañeros. Los expedicionarios encuentran un río. Hay en sus arenas puntas de oro. ¿Pero cómo van a hacer catas cuando les falta la salud? No hay para ellos, dicen, «oro sino lloro».

Ya sólo quedan dos caballos de los que llevó aquella banda. Uno de ellos era del soldado Villa-

(1) Oviedo. *Op. cit.* Lib. XXV. Cap. XII.

rreal. Este le da muerte de una cuchillada, y después arroja la espada al río; desea que lo maten los indios. Otro soldado roba el último caballo que les queda, y se aparta del real para comérselo. Un tercer soldado, Salamanca, se va a vivir con los indios.

Pero estos hombres no han pisado el último peldaño de la miseria moral. Entre los que siguen a Felipe Gutiérrez en las campañas de Veragua, está Diego López Dávalos, «y en el camino, enojado de un indio suyo, echó mano a su espada, e matóle porque le costó poco criarlo... E fecho este cruel desatino, siguió adelante tras el gobernador. De los chriptianos que llegaban atrás, llegaron dos adonde el indio muerto estaba, y eran un Diego Gómez y un Johán de Ampudia, natural de Ajofrín; e pareciéndoles que se les aparejaba buena cena, acordaron de pasar allí aquella noche e celebrar las obsequias de aquel indio, y sepultarle en sus mesmas vientres» (1).

«Otro dia siguiente, estos dos hombres e otros que yban menos flacos e hambrientos, llegaron con los postreros a otros bohios, donde ninguna cosa avía que comer, y perescían de hambre: e aquellos dos que ya se avían cenado el indio, mataron un chrisptiano que se decia Hernando Dianes, natural de Sevilla, que en su compañía yba doliente, e comieron dél estos malos hombres, ayudáronles a ello un gentil hombre catalán, llamado Johán Maymón, e otro que se decía Johán de Guzman, natural de Toledo, e Johán de Becerra, e otros hasta en número de diez, e juraron todos de no lo descubrir. Después que uvieron comido aquel pe-

(2) Oviedo. *Op. cit.* Lib. XXVIII. Cap. XI.

cador, durmieron allí aquella noche. El día siguiente se partieron, e caminando fueron a tener la noche a otros dos bohios que estaban ya a legua e media o dos leguas del real e pueblo de la Concepción, donde el gobernador estaba; y essa noche los mesmos dos hombres Johán de Ampudia e Diego Gómez, que eran caudillos en este manjar de carne humana, e otro tal como ellos, mataron otro español que estaba doliente e se decía Alonso Gonçález, y ellos e los siete se lo comieron assimismo: e aquellos matadores ovieron malas palabras sobre qual dellos avvia de comer los sesos, y venció el Johán de Ampudia, que era el peor e más crudo de todos, e aquel los comió, e aun el mismo debate tuvieron del hígado» (1). Este acto de canibalismo era delito, por ser españoles las víctimas. Uno de los culpables, Guzmán, temeroso del castigo, hizo delación del hecho, previo afianzamiento del perdón. Ampudia y Gómez fueron quemados, por sentencia del alcalde mayor, y los otros fueron herrados con una C de fuego en la cara, como esclavos del rey Carlos, pena a que se les condenó. Guzmán quedó suelto en premio de su delación.

Pero los casos de antropofagia en cuerpo vil de indio, eran simplemente pecado, no delito. Y en realidad, sólo delataban la degradación moral, compañera del hambre. Así cuando el capitán Juan de la Cosa perdió sus navíos en el golfo de Urabá, se le murió más de la mitad de su gente y casi toda se le enfermó en el pueblo del mismo nombre. Los náufragos pasaron por una larga serie de martirios. Habían perecido ya más de cien hombres; queda-

(1) Oviedo. *Op. cit.* Lib. XVII. Cap VI.

ban otros tantos, flacos y enfermos todos ellos. Después de diez y ocho meses, resolvieron salir de aquel pueblo, embarcándose en el batel y en los bergantines. Llegaron a Zamba, y hallando poco que comer y «viéndose en extraña hambre, algunos de estos chrisptianos, mataron un indio que tomaron, e asaron el asadura e la comieron e pusieron a cocer una parte del indio en una grande olla para llevar que comer en el batel donde yban los que esto hicieron. Y como Johán de la Cosa lo supo, derramóles la olla que estaba en el fuego, a cocer aquella carne humana, e riñó con los que entendían en este guisado afeándoselo» (1).

El caso más desesperado de antropofagia fué sin duda aquel en que perdida la gente del capitán Pánfilo de Narvaez, se quedaron algunos en un islote, y pasaron tanta hambre que se comieron cinco españoles. (2) «Partidos estos cuatro chrisptianos, dice Alvar Núñez Cabeza de Vaca, dende a pocos días sucedió tal tiempo de frios y tempestades, que los indios no podían arrancar las raíces, y de los cañales en que pescaban ya no había provecho ninguno, y como las casas eran tan desabrigadas, comenzóse a morir la gente, y cinco chrisptianos que estaban en rancho en la costa, llegaron a tal extremo, que se comieron los unos a los otros hasta que se quedó uno sólo que por ser solo no hubo quien lo comiese (3).

«Y porque sepáis, letor, escribe Oviedo hablando de los rigores que sufrió la gente de Hernando

(1) Oviedo. *Op. ci.* Lib. XXVII. Cap. II.
(2) Oviedo. *Op. cit.* Lib. XXXV Cap. II.
(3) Alvar Núñez Cabeza de Vaca. *Naufragios y Relación de Florida.* Cap. XIV.

Soto en el Mississippi, y porque sepáis qué vi- traían aquellos españoles, dice Rodrigo Rangel, si como testigo de vista que entre otras muchas cesidades de hambres que se pasaron en esta npresa, vido en ella a un caballero, llamado don ntonio Ossorio, hermano del señor Marqués de storga, con una ropilla de mantas de aquella tie- a, rota por los costados, las carnes de fuera, sin nete, la calva de fuera, descalço, sin calças ni patos, una rodela sin vayna, los yelos y fríos muy andes; y ser él tal y de tan ilustre genealogía, le cía comportar su trabajo y no llorar, como otros uchos, puesto que no avia quien le pudiese soco- er, siendo quien era y aviendo tenido en España os mill ducados de renta por la Iglesia; y que aquel a que este hidalgo assí lo vido, creía que no avía mido bocado, e avíalo de buscar con sus uñas ra cenar» (1).

Cuando en Veragua todos padecían miseria, y uchos se morían, y el hedor de los muertos inse- ilios que se quedaban en los bohios o en el cam- o, fomentaba la peste, «un hombre de bien que se amaba Diego de Campo, natural de la ciudad de oledo, viéndose muy malo e conosciendo que no odia escapar, e aviendo lástima de otros que vía uertos y llenos de gusanos, tenía pena en pensar ue assi le avía de intervenir a él, e no desseaba ya ayor socorro que ser sepultado en la iglesia. E quexado ya de la muerte, salióse del buhio, donde taba, porque supo que estaba hecha en el cimen- rio de la iglesia una sepoltura para otro, y en- elto en su capa, como tenía la casa cerca, aunque n mucho trabaxo, fuesse a la sepoltura, y echóse

(1) Oviedo. *Op. cit.* Lib. XVII. Cap. XXVII.

en ella encomendándose a Dios. Y dixéronle por qué hacía aquello; que bien podía vivir. Y respondió que más quería morir allí que no en buhío, porque no le faltasse sepoltura. E desde poco expiró, e dió el ánima a Dios, e truxeron otro para quien la sepoltura se hizo, e ambos fue allí sepoltados. Dios haya piedad dellos e de demás.» (1)

(1) Oviedo. *Op. cit.* Lib. XXVIII. Cap. VII.

XVI

LA BASE GEOGRÁFICA DE LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA EN EL NUEVO MUNDO.

El medio geográfico en que operó la colonización española, impuso una forma dispersiva, contraria al aprovechamiento acumulado de los esfuerzos que en ella se impendieron.

Los españoles no ocuparon sólo un país, sino países numerosos, constitutivos de unidades geográficas muy diversas. Además todos esos países forman medios no sólo aislados, sino aislantes. Las cuatro grandes Antillas se articulan, es verdad, y trazan con las pequeñas Antillas una línea en flexión regular. Esta curva semeja un tallo con dos ramas terminales, prolongación de las dos penínsulas occidentales de Haiti: una de esas ramas es Cuba y la otra Jamáica. La costa de Venezuela y la de Nueva Granada, la de la Florida y la de Méjico, constituían en conjunto una espléndida base por lo que respecta a posiciones navales, pues comprendían la dominación completa de las dos cuencas de un mar Mediterráneo que después de ser la puerta del comercio con las Indias de la Especiería, fuera ulteriormente el medio de acceso a países de un alto valor, colonizados por España. Pero estas con-

cepciones de aprovechamiento geográfico no podían presentarse sino un siglo después del descubrimiento, para dar a la obra del azar la perfección del cálculo, y entretanto el mismo azar había alterado las dos aplicaciones del mar Mediterráneo antillano, puesto que en lugar de poder utilizarse preferentemente como escala del comercio entre Europa y Asia, quedó exclusivamente destinado a ser una base de colonización.

Por Cuba estaban indicadas las expediciones hacia el golfo de Méjico, y por Jamaica hacia Honduras. En Santo Domingo parecía señalarse una actividad que irradiara hacia la costa de las Perlas y Maracaibo. La ocupación del Darién y el establecimiento de una colonia en Panamá, señalaron desde luego una ruta de expediciones y una cadena de fundaciones desde Costa Rica hasta Champerico. Entretanto, cada día era más poderosa la fascinación peruana. El istmo no figuraría, pues, como escala en la ruta de los países asiáticos, sino como centro de colonización de los países continentales situados en el mar del Sur. Méjico, fuera de la acción de Panamá, y en la línea de prolongación de Cuba, tenía asimismo su frente principal hacia el Océano Pacífico.

En suma, los dos mares mediterráneos de las Antillas quedaron al servicio de una obra de colonización, no de un imperio mercantil semejante al portugués, y al servicio de una colonización con vista hacia el poniente, de espaldas a Europa.

Estos hechos fueron transcendentales para la historia de la acción de España.

*

La empresa de Cortés en Méjico figura como la más importante de las grandes conquistas, pero el fracaso de las que se dirigieron a la Florida y al Mississippi, complementarias de la de Cortés, debía constituir a la larga una causa de imperfección, debilidad y peligro para el hispanismo mejicano. El azar histórico dirigió la corriente en otro sentido.

Después de la experiencia de los españoles en las Antillas, el Anáhuac produjo la emoción de un encanto que tres siglos después interpreta y traduce la ciencia de los geógrafos. Ellos nos hablan de un país templado, suspendido sobre la zona tropical; nos dicen que el calor medio es el de Niza y Perpiñan en el sur de Francia, y muy inferior al de los países africanos situados en la misma latitud. La altura media, agregan, es de 1.100 metros, y la temperatura media de 15° (1). Hay valles en que el termómetro no baja de 14° ni sube más de 18°. Era la primera de las nuevas tierras en donde podía prosperar el trigo, cuya introducción se atribuye a un negro de Cortés hecho que en su versión foclórica recuerda Bernal Diaz del Castillo, quien por su parte echó a la tierra siete semillas de naranja, y vió los árboles nacidos de ellas.

Méjico presentaba inmensas ventajas. Tenía la de su rica flora indígena: su cacao, su cacahuate, su aguacate. Ofrecía un variadísimo campo de aclimatación en las tres zonas superpuestas de su parte central, a los 19° de latitud. Allí podía encontrarse la selva en que florecieran árboles antillanos del suelo tropical; allí prosperaban bien pronto el café,

(1) Eliseo Reclus.—*Nouvelle Géographie Universelle.*—Tomo XVII. Pág. 72.

el naranjo y el banano; allí se extendían llanuras ilimitadas donde se iniciaron grandes cultivos de trigo. Y en toda esa extensión de climas superpuestos no desaparecen las *milpas*, productoras del flexible cereal indígena, ni las verdes vainas del frijol, la leguminosa más rica en elementos nutritivos.

Pero el triángulo de la alta planicie mejicana prolonga dos líneas, una hacia el nordeste y otra hacia el noroeste, es decir, hacia las mesetas californianas y hacia la red fluvial de Tejas. Esas dos ramas que encierran un declive de ensanche continuo, reclamaban dos esfuerzos gigantescos de posesión, para no desamparar las costas subtropicales del golfo de Méjico y para ocupar la Sierra Madre Occidental, eje de una colosal explotación minera. La colonización divergente se mostró más solícita de la línea californiana, que marca el centro del medio geográfico, y que siguió forzosamente. Santa Fe, unida a la ciudad de Méjico por un camino carretero de 2200 kilómetros, indica que la Nueva España veía hacia el Océano Pacífico. Por sus bosques, por sus bahías, por su fundación en las islas Filipinas y por su ruta marítima con el Archipiélago, la Nueva España buscaba una integración de su razón histórica en tres sentidos, sin cuya armonía quedaba incompleta: el de base de actividad naval en el Pacífico, el de encauzamiento de una colonización hacia las costas boreales del golfo de Méjico, desde el río Palma hasta la Florida, y el de una organización que intensificara la minería, como base de potencia industrial.

Para todo esto se necesitaba la acción comprensiva de un hombre de genio. El hombre de genio

estaba allí: era Hernán Cortés. Se necesitaba además el concurso de una minoría selecta, pues no hay acción social posible del genio sin la cooperación del ambiente moral, y esa minoría selecta que tendió a formarse donde estaba Cortés, había llegado casi a la par; la integraba un grupo de civilizadores en el que alentaba todo el espíritu creador del Cardenal Cisneros. Se necesitaba por último una corriente general, la obra mecánica de la masa, y la masa social también se ponía en movimiento donde estaba Cortés. Habíase instalado el rodaje de la maquinaria para hacer de la Nueva España un país de navieros y comerciantes, centro de una poderosa minería, de una agricultura prodigiosa y de un comercio de factoría índica, cuando cayó sobre el grande hombre una mano que le notificaba la desconfianza oficial. La obra iniciada prosiguió, pero era menos coherente, y estaba más regida por instintos que la de Cortés. Finalmente se estancó por no haber seguido las derivaciones lógicas del movimiento mercantil que ligaba al nuevo país con las viejas civilizaciones del mundo asiático.

El azar del oro de Veragua y del Darién, determinó el contrasentido fatal de situar en el istmo el centro de la expansión colonizadora. Este hecho significaba el confinamiento de la Nueva España en el fondo de su golfo desierto y profundo, al mismo tiempo que una mutilación por quedar baldía el área geográfica del nordeste.

La Nueva España fué condenada a no integrarse y a no comunicarse; a vivir de sí misma; a la esterilización de sus riquezas bajo el cielo de su eterna primavera. Por otra parte, Méjico era demasiado en el incipiente sistema colonial para que no

sustrajera grandes elementos a la corriente migratoria que se había formado en la ruta del mar Caribe, ruta más natural y fácil, aunque a la larga menos provechosa que la del Mississippí, intentada por Soto, y la de la bahía de Chesapeake, anhelo de Vázquez de Ayllón.

Además de la sustracción de capacidades y esfuerzos que implicaría el prestigio de la Nueva España, los planes de colonización meridional iban a sufrir una desviación determinada por barreras geográficas.

El continente sudamericano no presenta una masa susceptible de penetración frontal como el norteamericano. Este es atacable para la colonización por el lado del apéndice mejicano, por la red fluvial de Tejas, por la del Mississippí, y por los ríos que desembocan en el Atlántico. ¿Pero por dónde es atacable Sudamérica, teniendo en su seno los 7.000.000 de kilómetros cuadrados que forman la selva pantanosa del sistema fluvial amazónico? Sólo por el Atlántico y el sur de São Paulo, es decir, en su triángulo terminal.

La costa de Venezuela, tan perfectamente articulada, no tiene fondo de penetración, en el sentido continental, y su Oricono gigantesco no es río de *hinterland*, sino lateral, que desemboca en un costado del territorio, y que remontado, lleva al muro de clausura de la sierra de Mérida. Hacia la derecha de su corriente está el infinito e inabordable mundo amazónico; hacia la izquierda están la cadena andina y el mar.

La Nueva Granada, rival de la Nueva España como tierra de altiplanicias templadas, levanta sus climas deliciosos, que ocupan una extensión de

325.000 kilómetros cuadrados, sobre la base miasmática de 750.000 kilómetros cuadrados de tierras ardientes. La parte de los altos valles, más estrechamente ligados que los del Anáhuac y de suavidad más continua, se abre como un abanico que tuviese su clavillo en Pasto y sus dos varillas exteriores en Antioquia y en Bucaramanga. El país más habitable corre, pues, de norte a sur, y por lo mismo en el costado del continente. Se entra en Colombia por un corredor fluvial, el Magdalena, que es la cuarta de las grandes arterias sudamericanas, y se sale hacia el Perú por la escalinata que dejan las dos cadenas volcánicas de los Andes ecuatorianos. Este país intermedio es una superposición de climas, desde la costa asfixiante de Guayaquil, hasta los ventisqueros que destacan su masa resplandeciente sobre un cielo de azul profundo y luminoso.

El Perú ocupa una extensión lineal de 15° grados, desde el 3° hasta el 18° de latitud meridional. A diferencia de los otros países americanos que por su elevación tienen el clima de la Liguria o del Rosellón, su costa no presenta los rigores de la de Colombia o de la de Méjico. La corriente oceánica *Humboldt*, que arrastra una masa considerablemente profunda de agua de los mares antárticos, abate la temperatura. En Lima la media anual es de 19° mientras la de Bahía, ciudad brasileña situada casi en la misma latitud, es de 25°. Las nieblas estacionarias también contribuyen a abatir la temperatura del litoral peruano. En cambio, la sierra es menos fría que en otros países de situación análoga. Esta zona, de clima dulcísimo, es montañosa y costera, pues se prolonga en el sentido de los An-

des, aunque ya inclinada hacia el sudeste para li-garse con las mesetas Alto Peruanas.

Estas, cuyo conjunto forma una parte de la República de Bolivia, son un país que señala el primer asiento de penetración, aunque diagonal, pues el territosio Alto Peruano se articula con Salta y Jujuy, provincias internas de la actual República Argentina, y por el Paraguay establece un contacto con el Brasil.

Los españoles entraron, pues, en el continente sudamericano por una ruta de retroversión, única que encontraron abierta, después de haber comenzado sus exploraciones por la desembocadura del Orinoco, y de continuarlas por las costas venezolanas y por el istmo. La Nueva Granada había quedado en su incógnito aislamiento, y al ser descubierta lo fué como si los caudillos de las exploraciones se lanzasen al ataque de una fortaleza, el u... por el río Magdalena, el otro por Quito y el te... ro salvando el muro andino desde Coro.

A la vez que los pobladores buscaban la... lti- planicies de la actual Bolivia, una de las co... tes migratorias ocupaba la zona, estrechísima y p... on- gada, que entre la alta cadena andina y una ...or, próxima a la costa, forma el país chileno, s... de valles deliciosos y fértiles, de temperatura ...pla- da favorable a los cultivos de los cereales ...cles de Europa, y que en su parte meridional ...e uno de los climas húmedos que más se asem... a los de las penínsulas europeas occidentales...

La desviación de la línea de los dos ...es pe- ruanos a causa de la interposición del ...erto de Atacama, dejaba a Chile en un aislam... que era total por lo que respecta a los otros ...s del Pa-

cífico, y que por lo que se refiere al fondo de las Provincias del Plata, sólo se vencía salvando la cadena montañosa, inaccesible durante una parte del año.

Buenos Aires, cuyo estuario llamaba la atención desde antes de que se supiese la existencia de México, y de que se sospechase la del Perú, fué teatro de tentativas infructuosas, como la Florida y la Luisiana. A semejanza de las bocas del Apalache, del Mississippí y del Sabina, la del Plata era de difícil aproximación para los colonos, entre otras causas por la pugnacidad extraordinaria que manifestaban los aborígenes. Cuando en 1580 se fundó Buenos Aires, ya estaba formado el diseño de la rápida ocupación efectuada por los españoles, y ya tenía ésta todos sus caracteres propios de países colocados de espalda unos respecto de los otros, y lleno cada uno de ventajas y atractivos que cerraban el espíritu de los colonos al sentido de la unidad. El movimiento colonizador, tan intenso, tan fecundo en iniciativas geniales, perdió los frutos de ellas, porque no fueron afluentes reunidos en un solo cauce, sino como el Rhin, un magnífico cauce perdido en ignotas ramificaciones.

XVII

EL SURCO DE TRIPTOLEMO

CORTÉS ocupó definitivamente la arrasada Tenochtitlán el 13 de agosto de 1521. En 1522, l conquistador pidió a España cañas de azúcar, ioreras para seda, sarmientos y otras muchas plan-as (1). En carta del 15 de octubre de 1524, supli-a «que cada navío traiga cantidad de plantas, y ue no se pueda salir sin ellas, porque será mucha ausa para la población y perpetuación del país.» n un memorial presentado por el mismo Cortés en 542, decía que «pobló las tierras nuevas de gana-os de todas maneras... y asimismo de muchas plan-as... en especial de plantas de morales y llevar si-ientes de seda, y sostenerla diez años hasta que ubo muchos que se aplicaron a ella, viendo el in-erese» (2). Andrés de Tapia confirma las palabras e Cortés en su *Relación de la Conquista:*

Hizo el Marqués llevar todo género de ganados

---

(1) Antonio de Herrera. *Déc.* I. Lib. V. Cap. XX..—Joaquín arcía Icazbañceta.—*La Industria de la seda en Méjico.*—En *bras.— Opúsculos varios.* T. I. Segunda edición. Méjico. Victo-iano Agüeros. 1905.

(2) *Col. de Doc. Inéditos para la Historia de España.* T. IV. ág. 223.

que en España se usan para granjería, y bestias, simiente de seda, y a ella ha ayudado mucho el vi-rrey D. Antonio (1), y así hay mucha» (2).

Contemplando su obra de conquistador, pasa revista Bernal Díaz del Castillo «los bienes y pr-vechos» alcanzados con «las ilustres hazañas y co-quistas». Habla de oro, plata y piedras precios- pero inmediatamente después menciona «las gran e lanas, y hasta zarzaparrilla y cueros de vac que habían ido e iban cada año de la Nueva Esp-ña a Castilla.» El conquistador pondera los tesor metálicos de su Nueva España, pero pondera sob todo «el número de ciudades, villas y lugares pobl-dos de españoles; los diez obispados, sin el arz-bispado de la muy insigne ciudad de Méjico; la santas iglesias catedrales; los monasterios de dom-nicos, franciscanos y mercenarios; los hospitales los grandes perdones que tienen; y el colegio un-versal donde estudian y deprenden la gramátic teología, retórica, lógica y filosofía, y otras artes estudios, donde se gradúan de licenciados, y doc-tores; los moldes y maestros de imprimir libros a en latín como en romance». (3)

El barón de Humboldt hace esta síntesis destruc-tora de un prejuicio general: «Cuando estudiamo la historia de la conquista, admiramos la activida extraordinaria con que los españoles del siglo XV extendieron el cultivo de los vegetales europeos e

(1) Don Antonio de Mendoza, primer virrey de Nueva España, muerto en Lima con el cargo de virrey del Perú.

(2) *Colección de documentos inéditos para la Historia de Méjico* Tomo II. Pág. 593.

(3) Bernal Díaz del Castillo. *Op. cit.* Cap. ccx. (En la Biblioteca de Autores españoles.)

s planicies de las cordilleras, desde un extremo al ro del continente. Los eclesiásticos, y sobre todo frailes misioneros, contribuyeron a esos progre- s rápidos de la industria. Las huertas de los con- ntos y de los curatos eran almácigas de donde lían los vegetales útiles recientemente aclimata- s. Los mismos conquistadores, a quienes no de- mos considerar en masa como guerreros bárba- , se dedicaban en su vejez a la vida de los cam- s. Aquellos hombres sencillos, rodeados de sus dios, cuya lengua ignoraban, cultivaban de prefe- ncia las plantas que les recordaban el suelo de tremadura y de las dos Castillas, como para con- larse de su soledad. No es posible leer sin el ma- r interés lo que refiere el inca Garcilano acerca la vida de aquellos primitivos colonos. Cuenta n un candor que conmueve, cómo su padre, el iente Andrés de la Vega, reunió a sus viejos mpañeros de armas, para compartir con ellos los s primeros espárragos que se dieron en el llano Cuzco.» (1)

as tierras conquistadas, o pacificadas como de- n, eran campos de experimentación. Ciertos cul- os prosperaban; otros no eran apropiados a las ndiciones de suelo y clima. Había casos de acli- tación aparente seguida de rápida decadencia; unos cultivos que parecían dar muchas prome-

) Humboldt.—*Essai politique sur la Nouvelle Espagne.* T. II. 479.—Agustín de Zárate, en su *Historia del Perú,* (Libro IV. . IX), dice refiriéndose a Pizarro: «También fué el marqués aficionado de acrescentar aquella tierra, labrándola y cul- ndola. Hizo unas muy buenas casas en la ciudad de los Re- y en el río della dejó das paradas de molinos, en cuyo edi- empleaba todos los ratos que tenía desocupados, dando in- tria a los maestros que los hacían.»

sas, no las cumplían, por no encontrar mercado por concurrencia ruinosa de artículos similares. D jando para su sitio las cuestiones relativas al tráfi aquí sólo hablaré del ensayo experimental hec por el agricultor y el ganadero.

En Panamá se repitió lo que en las islas. Ha hortalizas, huertas y ganados, pero no trigo ni bada. Pedro Cieza de León habla de las estancia granjerías, «donde han plantado muchas cosas España, como son naranjas, cidras, higueras. S esto hay otras frutas de la tierra, que son piñas o rosas y plátanos, muchas y buenas guayabas, cai tos, aguacates y otras... En el término desta ciud no se da trigo ni cebada. Los señores de las est cias cogen mucho maíz, y del Perú y de Espa traen siempre harina.» (1)

El trigo llegó al Perú en forma novelesca, co a la Nueva España. Cuéntase que Inés Muñoz, posa de Francisco Martín Alcántara, hermano Pizarro, fué la primera española que entró en Perú. A ella se debió que se llevaran de Es ña casi todos los árboles y plantas que había en huertas y jardines de Lima. Un día en que Inés li piaba arroz que acababa de llegar en un barril España, para hacer un potaje y obsequiar a Piza con un plato muy raro entonces, como viese en el arroz algunos granos de trigo, «los fué apartan con intento de sembrarlos y probar ventura a ver acaso se daría trigo en esta tierra. Sembrólos una maceta con el cuidado y curiosidad que plantara una mata de clavellinas o de albahaca con el beneficio y regalo que fué haciendo a e su corta sementera, regándola a sus tiempos, nac

(1) Pedro Cieza de León.--*Crónica del Perú.*--Cap. II.

y creció con notable lozanía, y dió muchas y grandes espigas.» La operación se repitió muchas veces y la cosecha fué multiplicándose de modo que a la vuelta de tres o cuatro años, se molía trigo y se hacía pan, probablemente no sin que hubiese mediado alguna buena remesa de semilla pedida a la Vieja o a la Nueva España. Lo importante es que el pan valía a medio real la libra en 1539, y que en 1543 con un real se compraban tres libras y media. En ninguna parte era tan barato como en Quito, donde ordinariamente daban ocho panes de a libra por un real, «que corresponde en España a maravedí la libra.» (1).

El negro de Cortés encuentra granos de trigo entre el arroz. Inés Muñoz encuentra granos de trigo entre el arroz. ¿No es la traslación de la misma leyenda con que se explicó un hecho que a todos interesa? Garcilaso de la Vega dice en sus *Comentarios Reales:* «María de Escobar, digna de un gran estado, llevó el trigo al Perú. Por otro tanto adoraron los gentiles a Ceres por diosa, y de esta matrona no hicieron cuenta los de mi tierra». Lo probable es que al ver climas templados se pidiera algún trigo paro sembrar, sin aguardar el milagro del arroz y de los tiestos. Pero en todas partes se honraba al supuesto o real introductor de los cereales. «En Quito el primer trigo de Europa fué sembrado cerca del convento de San Francisco por el P. José Rixi, natural de Gante, en Flandes. Los

---

(1) *Historia del Nuevo Mundo,* por el P. Bernabé Cobo, de la Compañía de Jesús. Con notas de D. Marcos Jiménez de la Espada. Sociedad de Bibliófilos Andaluces. Sevilla, 1901. Tomo II págs. 411-417.

frailes muestran todavía con interés el tiest
en que llegó el primer trigo de Europa, tiesto qu
consideran como una reliquia preciosa. ¡Cómo n
se ha conservado en todo el Universo el nombi
de los que en vez de asolar la tierra, han sido lo
primeros en llevar la riqueza de las plantas útile
al hombre!». 1802 (1)

La vid, el olivo, los árboles frutales y las legumbre
de Europa habían preocupado desde el primer mo
mento de la colonización antillana, y el mismo emp
ño se tuvo para ciertas plantas africanas. Fray Tom
de Berlanga, obispo de Panamá, piloto y descubr
dor de las islas Galápagos, había llevado el plát
no de las Canarias a la Española en 1516 (2). Otı
prelado ilustre D. Sebastián Ramírez de Fuenle

(1) 1802. Humboldt.—*Op. Cit.* T. II. Pág. 421. *Tableaux de Nature.* T. II. Pág. 166.

(2) Cobo.—*Op. cit.* T. II. Pág. 444. El hecho de que Fr Tomás de Berlanga llevara el plátano a la isla Española es h tórico y descansa en pruebas evidentes. ¿Pero no había pláta en el continente? Esta cuestión se ha discutido con mucho e peño. Humboldt la trató con su sorprendente claridad y su va simo saber. Las conclusiones a que llega son éstas: 1.ª En la la Española no había plátanos en 1516, año de su aclimac por Fray Tomás de Berlanga.—2.ª Fray Tomás de Berlanga pudo haber llevado sino la especie *Camburi (Caule nigresce strato, fructu minore ovato elongato).* Este es el *plátano de Gui* único que se produce en los climas templados, como las is Canarias, Túnez, Argel y costa de Málaga.—3.ª El *plátano ar* y el *dominico* existían en América antes de la llegada de los pañoles, y el *artón* se identifica con el *zapalote* de los antig aztecas.—4.ª De la Oceanía se llevó el llamado *plátano de Tah* el *Meuja* de la Mar del Sur, cuyos primeros pies fueron tra portados a bordo de la fragata Aguila. V. *Nouvelle Espag* T. II. Págs. 382-387.

De Candolle tiene otra opinión. «En resumen, dice, he aqu que me parece más probable: una introducción efectuada de

y D. Vasco de Quiroga, uno de los civilizadores más excelsos de América, lo llevaron a Méjico en 1531.

¿Pero cómo llevar los vástagos que debían trasplantarse de Europa, y hacer prácticamente lo que solicitaba Hernán Cortés en 1524?

El gran Obispo Zumárraga, de quien luego hablaré, proponía este medio: «Que los oficiales de la Contratación de Sevilla, envíen en los navíos toda planta de todo género de árboles y viñedos, según fuere el navío, y que se lo haga traer hasta la Veracruz proveído de agua, de manera que no se les pierda ni seque por la mar, y dándoselo gracioso, pudiesen los maestros venderlo aquí a quien se lo comprase».

Una de las primeras plantas que introdujeron los españoles fué la vid. Naturalmente no prosperó en las islas, y en la Nueva España tuvo que pasar el trópico para encontrar clima adecuado en alguna de las Provincias Internas de Oriente y en las Misiones de las Californias. Pero no fué muy impor-

---

los primeros tiempos en Santo Domingo y en el Brasil, por los españoles y portugueses... Si las investigaciones ulteriores demostrasen que el banano existía en algunos países de América antes del descubrimiento hecho por los españoles, creería en una introducción fortuita, no muy antigua, por efecto de comunicación desconocida con las islas del Pacífico o con las costas de Guinea, más bien que en la existencia primitiva y simultánea del banano en los dos mundos. Y para terminar lo que tengo que decir del banano, observaré que la distribución de las variedades es muy favorable a la opinión de la especie única... En particular las dos más generalizadas difieren sensiblemente una de otra y se confunden con variedades asiáticas o se aproximan mucho a ellas. (De Candolle. *Origine des plantes cultivées*. Pág. 248).

tante este cultivo, por razones de índole mercanti
¿Cómo llegaron al Perú las primeras vides? ¿Pc Panamá o por la Nueva España? En Panamá habí un oidor, el Dr. Robles, tan apegado a la tierr que pedía no ser trasladado al Perú: «Tengo m estancia o cortijo, mi hatillo de vacas, y he traíd cabras de afuera. De España traje muchas planta y semillas, y algunas prevalecen, especialmente la viñas» (1). Ilusión. Pero donde sí prevalecieron fu en el Perú. Allí vendimió en 1551 Hernando d Montenegro, y le pagaron las uvas a medio pes de oro la libra, según precio que fijó el licenciad Rodrigo Niño, fiel ejecutor. Montenegro consider muy bajo el precio, y apeló ante la Audiencia, pue consideró un agravio que se le demeritase «un fruta que era tan nueva y regalada». En efecto, «es timaban tanto las primeras parras, que era necesa rio guardallas con gente armada para que no la hurtasen o cortasen sus sarmientos. De la primer parra que se llevó al reino de Chile, me contó u religioso, que siendo soldado en aquella ocasió se halló presente a la venta, que se vendió en tre mil pesos, y que los primeros sarmientos della s vendieron a cien pesos cada uno. Y no hay qu maravillar porque quien considerase los precios que se vendían en aquellos primeros años todas la cosas traídas de España, no se le hará difícil cree esto. Ha cundido ya esta planta por todas las In dias, y principalmente por este reino, de maner que en muchas partes hay grandes pagos de viñas y algunas tan cuantiosas que dan de quince a vein te mil arrobas de mosto; y de sólo el vino que se

(1) Memorial del 20 de septiembre de 1539, en *Industri Agrícola-Pecuaria llevada a América por los Españoles*, por Ricar do Cappa, de la Compañía de Jesús. T. I. Pág. 35.

coge en el corregimiento de Ica, que es de la diócesis desta ciudad de Lima, salen cada año cargados dello más de cien navíos para otras provincias, así deste reino como de fuera dél. Cogióse el primer vino en este valle de Lima; mas como se halló después que los valles de Ica, Nasca y Pisco eran muy aparejados para viñas, no quisieron los vecinos de Lima ocupar con ellas las tierras deste valle, por ser más dispuestas para sementeras de trigo, y toda suerte de semillas y legumbres, y no menos para huertas de árboles frutales; aunque lo que es para el regalo de uvas, hay en todas las huertas de dentro y fuera de la ciudad muchos parrales, y valen a su tiempo las uvas a medio real la libra.

«Luego que mostró la experiencia la grande abundancia con que se daba vino en este reino, se dieron los españoles a plantar gran cantidad de viñas, así en los valles desta costa de la Mar del Sur, como en los mediterráneos, particularmente de la provincia de Charcas, y vale ya tan barato el vino que en los valles donde se coge, vale de tres a cuatro pesos la arroba; de manera que vendido a tres pesos, corresponde a seis reales en España. La primera uva que se plantó en esta tierra y de que hay mayor abundancia, es algo roja o de color negro claro, por lo que el vino que se hace della es aloque; mas ya se han traído otras diferencias de uvas, como son mollares, albillas, moscateles, blancas y negras, y otras dos o tres diferencias dellas, y se ha comenzado a hacer vino blanco... En los valles de La Nasca han dado de pocos años acá en pisar la uva metida en costales o sacas de melinge, y sale el vino mucho más puro, claro y blanco, de

manera, que tiene cuatro reales más de valor cada botija que los demás que no es de costales. Hallándome yo en aquellos valles, inquirí el origen desta invención, y fué que como un indio no tuviese lugar en qué pisar la uva de un parralillo suyo, a necesidad la pisó en unos costales de lienzo, y viendo que el vino que sacó hacía ventaja a lo demás, aprendieron los españoles de lo que el indio hizo por necesidad» (1).

Antes de que se plantasen las viñas, la botija valía de veinte a cincuenta pesos; después, bajó tres o cuatro, dice el P. Cobo. Y es que «hallándose temples tan admirables en este reino del Perú, donde no pierden la hoja las vides en todo el año, y otros donde van siempre dando fruto por este orden: que en una misma huerta van podando las parras a diferentes tiempos, unas después de otras las cuales van fructificando todo el año por el mismo orden que se podaron...» (2).

Es curioso cómo se le robó un vástago de olivo a Antonio de Ribera, que figura entre los primeros pobladores de Lima. (3)

Había sido enviado este caballero por procurador a España en 1560 y al regresar llevó consigo dos tinajones con posturas de olivo, sacadas del Ajarafe de Sevilla. Sólo llegaron vivas dos o tres. Las plantó en su huerta, y puso o cuidarlas muchos esclavos y perros. La vigilancia fué inútil, pues alguien le robó una postura que reapareció a qui-

(1) Cobo. *Op. cit.* T. II. Págs. 378-380.

(2) *Op. cit.* T. II. Pág. 381.

(3) Ribera fué segundo esposo de Isabel Muñoz, la legendaria sembradora de trigo en el Perú, émula de María de Escobar, la Ceres peruana del inca Garcilaso.

nientas leguas, en el reino de Chile, «donde muy en breve produjo cantidad de renuevos que se fueron plantando y prendieron con gran facilidad.»

«No se debió de lograr más de una de las posturas que plantó en su huerto el dicho don Antonio, porque hoy se muestra en ella, en medio de un gran olivar que tiene (¿tenía?), un olivo viejo y muy grueso, que es el primero que hubo en este reino y de quien se han propagado todos los olivares que hay ahora en él; el cual he visto yo algunas veces...» (1). Se le llama en Lima *el olivo castellano.*

Este olivo castellano fué de historia. Cuando hubo crecido, el dueño cortó un ramo, y en día de gran fiesta que hubo procesión, puso ese ramo en las andas del Santísimo Sacramento. Muchos querían tomarlo, pero un canónigo se anticipó a los codiciosos, y apropiándose el ramo se lo dió a Gonzalo Guillén, dueño de huerta, para que fuesen a medias. El ramo prendió y se hizo árbol antes que su padre *el olivo castellano.* Dió entonces Guillén una barra de plata al canónigo para que renunciase a su derecho de copropietario. Viéndose dueño único del árbol, vendió renuevos y barbados que le valieron de cuatro a cinco mil pesos, y por último, plantó un olivar en la huerta donde había prosperado el ramo del canónigo.

La primera aceituna valía un tesoro; dar seis a un convidado era derroche de mayorazgos. Pero no pasaron muchos años sin que se vendiera el almud a seis pesos. En 1596 había bajado a dos pesos, y

(1) Cobo. *Op. cit.* T. II. pág. 382-383. El P. Cobo llegó al Perú en los últimos años del siglo XVI, y vivió allí mucho tiempo.

en los primeros años del siglo siguiente, dos pesos era el precio no ya del almud sino de la fanega. «Y esta baja tan grande en su precio ha sido dentro de tan pocos años, que conocí yo persona de las antiguas que habiendo alcanzado vender las aceitunas de un olivar al primero, alcanzó también a venderlas al segundo y al postrero precio.» (1)

(1) *Op. cit.*

XVIII

LA PROPAGACIÓN DE LOS ANIMALES ÚTILES

HABLANDO de la entrada que hizo Pedro de Alvarado en Quito, y del hambre que pasaron los soldados durante la travesía, dice Zárate que comieron muchos caballos, «con valer cada uno cuatro y cinco mil castellanos.» (1) Hemos visto en efecto la escasez que había de caballos en las islas cuando se preparaba la expedición de Méjico. Esa escasez no se debía a que los ganaderos descuidaran el fomento de la cría, sino a que la producción no igualaba la demanda excesiva de animales para las frecuentes y numerosas expediciones de los conquistadores. Sabemos por el P. Cobo, que uno de los primeros conquistadores del Perú y pobladores de Lima, Diego de Agüero, yendo desde el Cuzco a la provincia de Quito, descontento de su caballo que se le cansó, lo cambió por otro que iba holgado y dió encima mil pesos de oro. «Solíase vender un caballo en este reino por tres y cuatro mil pessos de oro, que según el valor que entonces tenía la moneda, era más que si ahora se vendiese

(1) *Historia del Perú.* Libro II. Cap. X.

en catorce mil ducados.» (1) Contábase en Lima que los caciques de Sunaguana, encomienda de ese mismo Diego de Luque, le reprochaban al conquistador que tuviese en más su caballo que sus indios. Para halagarlos, Luque desjarretó el caballo, y los caciques, agradecidos por ese acto de gallardía, hicieron a su encomendero un regalo de treinta mil pesos, «que eran entonces más que ahora ochenta mil ducados.» (2)

Los caballos se multiplicaron con tanta rapidez y eran tan baratos que españoles e indios los cargaban, como en España se carga a los jumentos. «En esta ciudad de Lima, un buen rocín de carga no vale más que de seis a doce pesos, y si es de camino, cuando muy extremado, apenas llega a cuarenta pesos: un caballo regalado de carrera, ya hecho, suele valer de doscientos a trescientos pesos.» (3)

Los caballos alzados o cimarrones, existían en todo el continente pocos años después de la conquista, y aun en las islas, especialmente en «la Española, a donde caminando yo, vía por los campos y vegas grandes manadas dellos que en viendo gente se espantan y huyen como los demás animales monteses. Pero en mucho mayor número los hay en las provincias del Paraguay y Tucumán. Destos caballos cimarrones se cogen algunos potros para domarlos, y van a caza dellos como si fueran a caza de jabalíes o de otras fieras.» (4)

Humboldt habla en estos términos acerca de

(1) Cobo. *Op. cit.* T. II pág. 353.
(2) Cobo. *Op. cit.* T. II pág. 354.
(3) Cobo. *Op. cit.* T. II pág. 355.
(4) Cobo. *Op. cit.* T. II pág 355-356

la multiplicación de los grandes cuadrúpedos en la Nueva España: «Los caballos de las provincias septentrionales, sobre todo los de Nuevo Méjico, (hoy perteneciente a los Estados Unidos), son tan célebres por sus escelentes cualidades como los caballos de Chile, y a lo que se dice, unos y otros provienen de raza árabe. Vagan por bandas salvajes en las sabanas de las *Provincias Internas.* La exportación de estos caballos a Natchez y a Nueva Orleans adquiere mayor importancia cada año. Muchas familias de Méjico tienen hatos de ganado con 30 y aun 40.000 cabezas de toros y caballos.» (1)

Cuando se empezó a fomentar la cría de mulas, hubo tal demanda de ellas que en muchos lugares se abandonó la cría de caballos, o por lo menos su educación. En Méjico se empleaban sobre 70.000 mulas anuales en el tráfico de Veracruz. Eran un objeto de lujo para las calesas en Méjico, en Lima y en la Habana. Los hombres distinguidos preferían la mula para cabalgar. A Pedro de Alvarado le robaron sus enemigos una mula de silla en la puerta misma del Palacio de la Audiencia de Méjico, a donde había ido para saludar al Presidente Nuño de Guzmán. El *Demonio de los Andes,* Francisco de Carvajal, hacía sus campañas en mula.

Desde el siglo XVII, el Perú importaba una cantidad enorme de mulas que se llevaban de las pampas por Salta, Tucumán y Potosí. Después, los burros se multiplicaron hasta ser cimarrones. (2)

Todos los viajeros, desde Cieza de León hasta Humboldt, pasando por los PP. Acosta y Cobo,

(1) Humboldt. *Op. cit.* T. II. pág. 59.

(2) Ricardo Cappa. *Industria Agrícola Pecuaria.* T. I. Páginas 384-401.

dicen que la multiplicación del ganado vacuno fué obra de muy pocos años, y que se encontraba tanto del manso como del cimarrón. «Hay una gran abundancia de animales de cuernos en las costas orientales de Méjico, sobre todo en las desembocaduras de los ríos de Alvarado, Coatzacoalcos y Pánuco, donde los numerosos rebaños encuentran pasto constantemente verde. La capital de Méjico y las grandes ciudades vecinas se proveen en la Intendencia de Durango. Los naturales, como casi todos los pueblos asiáticos que viven al oriente del Ganges, no consumen leche, manteca ni queso. Este último producto es de los alimentos preferidos por la raza mestiza, y constituye uno de los artículos más importantes del comercio interior. En el cuadro estadístico que el intendente de Guadalajara formó en 1802, y que he tenido ocasión de citar varias veces, el valor anual de los cueros curtidos se estima en 419.000 pesos, y el del sebo y jabón en 548.000. Sólo la ciudad de Puebla prepara anualmente 200.000 arrobas de jabón y curte 82 mil cueros de vaca... Aún parece que en el siglo XVI, antes de que el consumo interior hubiese aumentado con el número y lujo de los blancos, la Nueva España exportaba a Europa mayor número de cueros que actualmente. El P. Acosta refiere que en 1587 una flota llevó a Sevilla 64.340 cueros mejicanos.» (1)

En las islas, en los países del Río de la Plata, en Chile y en el Perú, solo se aprovechaba el cuero y sebo de los animales. Los vaqueros apartaban lenguas, lomos y tuétanos, y dejaban lo demás

(1) Acosta. *Historia de las Indias.* Libro IV, cap. III. Humboldt. *Op. cit.* T. II. Pág. 58-59.

bandonado a las aves y fieras. En Chile se quema-a la carne. Naturalmente donde el ganado crecía imarrón, cualquiera podía matarlo.

Un soldado español que estuvo prestando sus ervicios en Chile a fines del siglo XVI y principios el XVII, y que escribió un libro extraordinaria-nente curioso, comunica datos que son del mayor nterés para el objeto de esta exposición. He aquí n pasaje de ese libro:

«Es tan fértil aquel reino, que paren comunmente n él las ovejas y cabras a dos y a tres y a más crías. Abunda de todo género de ganados de los de nues-ra España, llevados a aquella tierra, que son las rincipales haciendas de nuestros españoles, de que ólo aprovechan el sebo y grasa y las pieles, de ue hacen cordobanes y algunas badanas y cueros ara suelas, todo lo cual es la principal saca que se eva por mar a la ciudad de los Reyes, que está de quel reino quinientas leguas por mar. Y en gene-al queman toda la carne, que parecerá notable per-ición, mirado a lo que se estima y vale en Espa-a... Y es tan grande este número que queman e ganados, que pasan cada año de cien mil cabe-as entre carneros y cabras, y de vacas serán más e doce mil, donde se ven carneros y reses de ma-avillosa gordura, que tanto es de mayor maravilla ste número cuanto es poco el de los españoles ue de asiento habitan aquella tierra, que son los ue tratan de tales granjerías.» (1)

Cuando hubo medios de comunicación marítima, mpezó a utilizarse la carne. En Chile se hacía ma-

(1) Alonso González de Nájera. *Desengaño y Reparo de la ierra de Chile.*--Pág. 53. En *Colección de Doc. Inéditos para la Historia de España.* Tomo XLVII.

talotaje para la navegación, y además se exportab
la carne con destino al Callao, Arica, Guayaquil
Panamá. Esta carne salada y seca se llama charqui
Tenía una gran demanda en toda la costa del Pací
fico. (1)

En Méjico el cerdo se introdujo de Europa, co
mo en los otros países, pero también se aclimat
una variedad procedente de las Filipinas. La indus
tria de los chorizos y jamones se especializó en l
ciudad de Toluca, que por su altura a más de 2.2
metros sobre el nivel del mar tiene condicione
excepcionales para la industria de salazones y em
butidos.

Los primeros cerdos, como los primeros caballos
valían cantidades inverosímiles: «De los vientres d
las puercas compraban los lechones a diez pesos
más», dice Cieza de León, que presenciaba lo
contratos. En la almoneda de los bienes de Cristó
bal de Ayola se vendió una puerca en 1.600 pesos
Sebastián de Belalcázar se comió tranquilament
esa puerca de 1.600 pesos en un banquete con qu
obsequió al licenciado Vadillo.

Sin embargo, cuando esto pasaba en Cali, ya s
vendía carne de puerco en Lima a veinte reales l
arroba, y no hacía un año que se había fundado l
ciudad. En Jauja un cebón valía cuatro pesos, l
equivalente a ocho reales en España.

A diferencia de los otros cuadrúpedos, el ganad
lanar no se hizo cimarrón. Más tímido y menos fle-
xible para aclimatarse, sólo prosperaba en cierto

(1) *Viaje a la Araucania, Chile, Perú y Colombia, o Relació histórica y descriptiva de una residencia de veinte años en la Améric del Sur*, por W. B. Stevenson. París, 1828. Tomo I. (Texto francés.) Pág. 103.

valles del Perú, y en Méjico le eran muy propicios los de Michoacán, de un temperamento suavísimo. Como se vió ya, Chile era tierra de muchas ovejas. Sin embargo, la cría de esta especie no tuvo la extensión que hubiera podido esperarse, y esto por causas netamente mercantiles de que luego se hablará, pero no por indolencia.

Las cabras se propagaron en mayor número que las ovejas, no sólo por ser susceptibles de aclimatación en todos los medios, sino por su tendencia a la vida salvaje.

En suma, los animales útiles se multiplicaron más rápidamente que las necesidades a que debían satisfacer, y el problema ya no consistía en tenerlos, sino en explotarlos con provecho.

XIX

EL PREJUICIO ANTIMINERO

HASTA 1547, es decir, en medio siglo de actividad, contando desde que empezaron las minas, los españoles habían obtenido más oro que plata en sus conquistas. Pero esa cantidad de oro no alcanzó una cifra considerable.

La gran flota de Ovando, que constaba de diez y ocho embarcaciones y que fué casi totalmente destruída por una tempestad en 1502, llevaba sólo 2.560 marcos de oro. Esto da una idea de lo que eran las remisiones en aquellos primeros días.

Cortés recogió en Méjico, por tributos y botín, 6.970 marcos de oro, desde que desembarcó en los arenales fronteros a Ulúa hasta la toma de la Gran Tecochtitlán.

Los ciento sesenta hombres de Pizarro que se repartieron el tesoro de Atahualpa en el Perú, fueron considerados como seres fabulosos, pues los oficiales del Rey quintaron 41.887 marcos de oro y 115.504 de plata. El botín del Cuzco se estimaba en 25.700 marcos de oro.

El producto de los lavados, rescates, tributos y salteos de las Antillas, Paria, Santa Marta, Darién y la Florida, puede dar un total de ochenta a cien mil

marcos en medio siglo. Todo el oro del Nuev Mundo no llegaba, pues, a doscientos mil marco en 1545, y de éstos habría pasado a España escasa mente la mitad.

La explotación metalífera no empezó a toma auge sino con el laboreo de las minas de plata, pe ro éstas produjeron poco en Méjico durante lo primeros años, y lo mismo debe decirse del Per hasta que se descubrieron los crestones argentífe ros del Potosí.

La fascinación de las riquezas acumuladas en e tambo de Cajamarca había sido menos enloquece dora que los tesoros del cerro prodigioso. Cieza d León veía cada sábado las arcas de las tres llave en la casa del corregidor de La Plata, y cómo er traban en ellas de treinta a cuarenta mil pesos d los quintos de Su Majestad. «Y con sacar tant grandeza, que montaba el quinto que pertenece Su Majestad más de ciento y veinte mil castellano cada mes, decían que salía poca plata y que no an daban las minas buenas. Y esto que venía a la fun dición era solamente metal de los cristianos, y n todo lo que tenían, porque mucho sacaban en te juelos para llevar do querían, y los indios se cre que llevaron a sus tierras grandes tesoros. Por don de con gran verdad se podrá tener que en ningun parte del mundo se halló cerro tan rico... pues des de el año de 1548 hasta el de 51 le han valido a l corona sus quintos reales de tres millones de duca dos que monta más que cuando hubieron los espa ñoles de Atabaliba, ni se halló en la ciudad de Cuzco cuando la descubrieron».

España fué inundada de plata, y la proporció entre este metal y el oro sufrió un cambio en l

uropa Meridional. El cerro del Potosí era un te-
ro de Atahualpa permanente. La planicie Alto
eruana merecía ya ser llamada «mesa de plata so-
e columnas de oro.»

La producción de Méjico entretanto aumentaba
se afirmaba. El Nuevo Mundo cumplía sus pro-
esas, y dejaron de interesar todos los aspectos
ue no se refiriesen a su producción metálica. Em-
ezó a influir con ella sobre el Viejo Mundo, hasta
oducir una revolución industrial en el norte de
uropa y una formidable catástrofe en la economía
pañola. Es imposible apreciar la verdadera signi-
cación de este último fenómeno, que acaso no ha
do estudiado suficientemente, aunque sí con atis-
os muy penetrantes. Respecto de la revolución
conómica europea, algo habrá que decir, y se dirá
tratar de las relaciones mercantiles entre España
las provincias de Ultramar.

Lo que aquí debe quedar determinado, es la fi-
onomía propia de la industria extractiva, y la in-
uencia que tuvo sobre los países productores.

¿La población indígena fué sacrificada en la ex-
acción de metales?

¿La explotación minera se hizo por masas de es-
lavos?

¿El español era, como se dice, un minero ante
odo, después de haber sido, como también se dice,
n aventurero rapaz que recorría todas las tierras
el Nuevo Mundo en busca de oro?

¿El laboreo de las minas fué causa de que se
bandonara la agricultura, la ganadería y la indus-
ria, y creó un desierto en torno del maldito ma-
antial de los metales preciosos?

Para encontrar una respuesta a las anteriores

preguntas, nos basta ver lo que dice el testigo má respetable por su autoridad y más intachable pc su probidad. Pero antes convendrá que examine mos el cuadro general de la producción, no en e momento de iniciarse la ocupación de los nuevo países, sino cuando ya se había fijado el tipo eco nómico de cada uno de ellos. En el transcurso d los siglos, se especializaron como países mineros l Nueva España, el Perú, el Alto Perú (Bolivia), l Nueva Granada y Chile. En el siglo XVIII el Brasi entró también a formar parte de los países minero de América, y figuraba en cuarto lugar, esto es con cifra más alta de producción que la Nuev Granada y Chile.

La extracción y su valor eran como sigue:

KILOGRAMOS

PAISES	ORO	PLATA	VALOR PESOS
Nueva España	1.609	537.512	23.000.000
Perú	782	140.478	6.240.000
Chile	2.807	6.827	2.060.000
Alto Perú	506	110.764	4.850.000
Nueva Granada	4.714	—	2.990.000
Brasil	6.873	—	4.300.000
	17.291	795.581	43.440.000

Méjico representaba, pues, dos tercios de la pro ducción total, y como además había sostenido un posición importante desde que empezaron a llama la atención en Europa las minas peruanas, podía considerársele como país típico de actividad minera.

Respondiendo a la primera de las cuestiones formuladas arriba, dice el barón de Humboldt, cuya

competencia científica domina esta materia con rara perfección: «Por virtud de un prejuicio muy generalizado en Europa, hay la creencia de que se han conservado muy pocos indígenas de tinte cobrizo, descendientes de los antiguos mejicanos... En la Nueva España, el número de indígenas se eleva a dos millones, contando sólo a los que no tienen mezcla de sangre europea o africana, y lo que es más consolador aún, habrá que repetirlo, lejos de extinguirse la población india, ha aumentado considerablemente durante los últimos cincuenta años, como lo prueban los registros de la capitación y del tributo. (1)

«Hemos recordado que los alrededores de la capital de Méjico, y tal vez todo el país sometido a la dominación de Motecuhzoma, estaban más poblados antes que hoy; pero aquella gran población se concentraba en un pequeño espacio. Se sabe, y el conocimiento de este hecho es consolador para la humanidad, que no sólo aumenta incesantemente el número de indígenas desde hace un siglo, sino que toda la vasta región que designamos con el nombre de Nueva España, está hoy más poblada que antes de la llegada de los europeos. La primera de estas aserciones se demuestra por la capitación, y la segunda se funda en una consideración muy simple. A principios del siglo XVI los otomíes y otros pueblos bárbaros ocupaban los países situados al norte de los ríos Pánuco y Santiago, y desde que el cultivo de la tierra y la civilización han avanzado hacia la Nueva Vizcaya (Durango) y hacia las Provincias Internas, la población ha aumentado en la zona septentrional con la rapidez que se ob-

(1) Humboldt. *Nouvelle Espagne.* T. I. Pág. 345.

serva siempre que un pueblo nómada es reemplazado por colonos agricultores». (1)

Este aumento de la población fué más considerable precisamente allí donde la minería alcanzó el máximun de desarrollo, esto es, en la línea de Guanajuato a Zacatecas. Pero Humboldt no es atiene a lo que sugeriría esta consideración general fudada en la estadística, y da una respuesta íntegra a nuestra pregunta. «El trabajo del minero es trabajo enteramente libre en todo el reino de la Nueva España, y ningún indio ni mestizo puede ser obligado a prestar sus servicios en la explotación de las minas. Es absolutamente falso, aunque esta aserción se repita en las obras más reputadas, que la corte de Madrid envíe galeotes para que trabajen en las minas de oro y de plata que hay en América.

«Los malhechores rusos han poblado las minas de Siberia, pero en las colonias españolas este género de castigo es felizmente desconocido desde hace siglos. El minero mejicano está mejor pagado que ningún otro minero: gana por lo menos de 25 a 30 francos por semana de seis días, en tanto que los jornaleros que trabajan al aire libre, en la labranza por ejemplo, ganan de 7 libras 16 sueldos en la mesa central, a 9 libras, 10 sueldos cerca de las costas. Los mineros tenateros y faeneros, destinados a transportar los minerales a los despachos, ganan a veces más de 6 francos por jornada de seis horas. En Freiberg, del reino de Sajonia, el minero gana por semana de cinco días, entre 4 libras y 4 libras 10 sueldos». (2)

Dentro de la economía capitalista, y no ha sali-

(1) Humboldt. *Op. cit.* T. I. Pág. 300.
(2) Humboldt. *Op. Cit.* T. III. Págs. 249-250.

do de ella la Europa de este primer tercio del siglo XX, la mayor suma de libertad de que puede disfrutar un hombre que vende su trabajo personal, o en otros términos, la mayor libertad de qué puede disponer el esclavo a jornal, es que el precio de enajenación de ese trabajo sea bastante para satisfacer todas las exigencias de la vida, sin salir de su condición. En esto el proletariado minero de Méjico nada tenía que envidiar al de Europa. Aun el cultivador, menos afortunado que el minero, se encontraba infinitamente menos abrumado de males que el campesino de Europa. Era un ser primitivo; no el paria, prusiano, inglés o ruso.

Humboldt habla en términos concluyentes: «En el interior de Méjico la palabra agricultura es menos penosa y triste (que allí donde reina la esclavitud). El cultivador indio vive pobremente, pero es libre. Ocupa una situación mucho mejor que la de los campesinos de una gran parte de la Europa septentrional. En la Nueva España no hay servidumbre personal ni faenas obligatorias. El número de esclavos (negros) es casi nulo. El azúcar es producida casi en su totalidad por manos libres». (1)

Para concluir, el barón de Humboldt ha desautorizado definitivamente a los que crearon el tipo del español ocupado exclusivamente en buscar el oro de las minas. «Los que no conocen el interior de las colonias españolas sino por las nociones vagas e inciertas que hasta hoy se han publicado, no se persuadirán fácilmente de que las fuentes principales de la riqueza de Méjico lejos de radicar en las minas, tienen su base en una agricultura que ha mejorado sensiblemente desde fines del siglo XVIII.

(1) Humboldt. *Op. cit.* T. II. Pág 373.

Sin reflexionar en la inmensa extensión del país, y sobre todo en el gran número de provincias que al parecer están enteramente desprovistas de metales preciosos, créese generalmente que toda la actividad de la población de Méjico se concentra en la explotación de las minas. Sin duda la agricultura ha realizado progresos muy considerables en la Capitanía General de Caracas, en el Reino de Guatemala, en la isla de Cuba, y en todos los países donde las montañas son consideradas pobres en productos del reino mineral, pero es un error concluir de allí que las minas son causantes del descuido en que se tenga el cultivo de la tierra en otras partes de las colonias españolas. Este razonamiento sería exacto tal vez si se aplicara a porciones pequeñas de un territorio. En las provincias del Choco y de Antioquia, (en la Nueva Granada), y en las costas de Barbacoas, los habitantes prefieren buscar oro de lavados en los arroyos y barrancos a desmontar una tierra virgen y fértil. Al principio de la conquista, los españoles que abandonaban la península o el archipiélago de las Canarias, para establecerse en el Perú o en Méjico, no tenían otro interés que el descubrimiento de los metales preciosos... Pero este modo de razonar no puede servirnos hoy para explicar por qué se halla en estado de languidez la agricultura de países que tienen, cada uno por sí, una extensión dos o tres veces mayor que la de Francia... Hay un deseo natural en el hombre a reducirlo todo a causas de una simplicidad aparente... La despoblación de la América Española, el abandono en que yacen las tierras más fértiles de esos países y la falta de industria manufacturera, son hechos que se pretende

explicar por la existencia de riquezas metálicas y la consiguiente abundancia de oro y plata, como según esa misma lógica, todos los males de España derivan del descubrimiento de América, de la vida nómada de los marinos o de la intolerancia religiosa del clero.

«No se observa que la agricultura esté más abandonada en el Perú que en la provincia de Cumaná o en la Guayana, donde no hay, sin embargo, ninguna mina en explotación. En Méjico los campos mejor cultivados, los que evocan en el espíritu del viajero las más bellas campiñas de Francia, son las llanuras que se extienden desde Salamanca hasta Silao, Guanajuato y la villa de León, y que rodean las minas más ricas del orbe conocido. Siempre que se han descubierto vetas metálicas en los parajes más agrestes de las cordilleras, en planicies aisladas y desiertas, la explotación de las minas, lejos de poner obstáculos al cultivo de la tierra, lo ha favorecido singularmente. Los viajes por la cresta de los Andes o por la parte montuosa de Méjico, ofrecen los ejemplos más palmarios del influjo benéfico que ejercen las minas sobre la agricultura. Sin los establecimientos fundados para la explotación de las vetas, cuántos lugares veríamos desiertos, y cuántos terrenos estarían sin desmontar en las cuatro Intendencias de Guanajuato, Zacatecas. San Luis Potosí y Durango, entre los 21° y los 25° de latitud norte, donde se encuentran reunidas las riquezas metálicas más considerables de la Nueva España». (1).

Nacen ciudades, el tráfico abre sus rutas entre unas y otras, y cuando un día la vena metálica se

(1) Humboldt. *Op. cit.* T. II. Págs. 373-376.

inunda, se *emborra* o se pierde, cuando el miner
emigra en busca de otras catas, las ciudades que
dan, y las rutas mantienen una actividad que viv
de las dos fuentes primordiales de toda vida eco
nómica: labranza y pastoreo.

XX

LA INDUSTRIA DE LA SEDA

Anoto tentativas, no resultados. Entre aquéllas hablaré de una que se inició desde los primeros días. El cultivo de la seda en la Nueva España se ensayó con moreras de la tierra, y después con árboles producidos por vástagos de España. Cortés, que había tomado la iniciativa, estuvo ausente de Méjico, primero por su viaje a las Hibueras, y después por habérsele llamado de la corte. Entretanto, parece que otros se le anticiparon en la realización del propósito. Francisco de Santa Cruz, vecino de Méjico, recibió de España una cuarta de onza de simiente de seda, y se la dió al veedor Delgadillo para que la beneficiase en una huerta que tenía éste cerca de la ciudad, en la que había buenos morales. Delgadillo era granadino y entendía bien el cultivo. Cogió tanta simiente que restituyó a Santa Cruz más de dos onzas por la cuarta que recibió, y repartió lo restante entre diversas personas para que la beneficiasen. Tal fué el principio que tuvo la crianza de la seda en Nueva España (1). Esto pasaba en 1531.

(1) Antonio de Herrera. *Décadas e Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Déc. IV. Lib. IX. Cap. IV.

En 1537, cierto Martín Cortés,—que no era ninguno de los dos hijos del conquistador, el bastardo y el legítimo, que llevaban ese mismo nombre,—decía en un memorial presentado al virrey: «Vuestra Señoría bien sabe cómo yo he sido el primero que en esta tierra ha criado árboles de morales, y he criado y aparejado seda, y he hallado las tintas de carmesí e otras colores convenientes e provechosas para ella.» García Icazbalceta cree que efectivamente este Martín Cortés se anticipó a don Hernando y a Delgadillo. La seda que se cogía en 1531 sería en gran parte de la que había introducido Martín Cortés, bien por su cuenta, bien por la del conquistador.

Martín Cortés era en todo caso un gran conocedor de la materia, y había estudiado los climas de Méjico en lo relativo al cultivo de la seda, pues ofrecía entregar cien mil moreras dentro de quince años en Huejotcingo, Cholulu y Tlascala. Como premio pedía la encomienda vacante de Tepeji, población que se llama desde entonces Tepeji de la Seda. (1)

La Misteca fué la zona de Méjico en que se especializó el cultivo de la seda. «Es tierra muy poblada,—dice el P. Motolinia en su *Historia,*—es tierra muy poblada y rica, a donde hay minas de oro y plata, y muchos y muy buenos morales, por lo cual se comenzó a criar aquí primero la seda; y aunque en esta Nueva España no ha mucho que esta granjería se comenzó, se dice que se cogerán en este año más de quince mil libras de seda; y sale tan buena, que dicen los maestros que la tratan que la *tonotzi* es mejor que la joyante de Granada; y la

(1) García Icazbalceta. *Opúsculos varios.* T. I. Pág. 134.

oyante de esta España Nueva es muy extremada le buena seda... Es de notar que en todo tiempo lel año se cría la seda, sin faltar ningún mes. Anes que esta carta se escribiese en este año de 1541, nduve por esta tierra que digo más de treinta días; por el mes de Enero ví en muchas partes semilla le seda, una que revivía, y gusanillos negros y otros olancos, de una dormida, y de dos, y de tres, y de uatro dormidas; y otros gusanos fuera de las paielas en zarzos, y otros gusanos hilando, y otros n capullo, y palomitas que echaban simiente. Hay n esto que dicho tengo, tres cosas de notar: la una oderse avivar la semilla sin ponerla en los pechos, i entre ropa, como se hace en España: la otra que n ningún tiempo mueren los gusanos, ni por frío i por calor; y haber en los morales hoja verde todo el año, y esto es por la gran templanza de la ierra.» (1)

El P. Montolinis pensaba que de allí a pocos ños, «se criaría más seda en la Nueva España que n toda la cristiandad.» ¿Se cumplió ese vaticinio? Treinta años después el arte de la seda florecía en Méjico, y el inglés Henry Hawks elogiaba los productos mejicanos. Otro inglés, Miles Philipps, se justó con un maestro para que le enseñara a tejer gorgoranes y tafetanes. Pero fundadas las Filipinas encontrada *la vuelta del Oeste*, la seda de la China hirió de muerte la producción de la Nueva España, por más que el virrey Enríquez de Almansa, dirigiéndose al Rey en carta del 5 de diciembre de 1537, declarase inferior el producto asiático. (2)

(1) *Historia de las Indias de Nueva España. Epístola proemial.* Pág. 8.

(2) V. *Cartas de Indias;* T. I. Págs. 293 y 297.

Se alegaron otras causas de la decadencia, pero e
tiendo que esta fué la verdadera, pues aun sup
niendo inferior el producto asiático importado,
precio lo ponía fuera de competencia. Efectivame
te, el gran conde de Revillagigedo decía dos sigl
después, en el párrafo 384 de su célebre *Instrucció*
que según opinión del jefe de la *Expedición Bot*
nica, ese ramo de industria era muy proporciona
al carácter de los naturales y circunstancias del c
ma, como lo había acreditado la experiencia en T
la, Oajaca y otras partes, en las clases de cruc
floja, de pelo y torcida, y «pasando de cincuen
mil libras las que se traen a este reino del de Chin
podrían quedarse en él los trescientos mil pes
que se extraen actualmente en su compra.»

Era sin duda incontrarrestable la causa que de
truyó la industria de la seda, pues se sobrepuso
tantos intereses vinculados en ella y a tantos e
peños para que prosperara. Sólo en las tierras
Hernán Cortés había 150 hombres ocupados en
cría. Los tejedores se agremiaron en Méjico, y t
davía a fines del siglo XVI existía la corporación d
Arte Mayor de Seda. Los indios, tan aptos pa
trabajos pacientes y delicados, como es el cultiv
de la materia prima de esta industria, disponían c
un libro de instrucciones que escribió para ellos
naturalista Alonso Figuerola, canónigo de la cat
dral de Oajaca. Gonzalo de las Casas escribió un
obra completa: el *Arte para criar seda en la Nuev*
España. Ese libro fué impreso en Granada, en 158
y se reimprimió en 1620.

Pero pasó con la seda lo que con la lana, el a
godón, el cáñamo y el lino. Otros centros produc
tores que disponían de elementos poderosos par

abastecimiento de todos los mercados del mun-
, nulificaron el vigor de aquellos primeros im-
lsos. Queda sin embargo el testimonio de que el
bajo se encauzaba inteligentemente por los pri-
eros pobladores.

XXI

LOS CIVILIZADORES

Las primeras noticias que se recibieron de Méjico en España, aun antes de que fuese tomada la capital azteca, produjeron una gran resonancia, sobre todo en el seno de las órdenes religiosas. Las dominaba entonces el espíritu del Cardenal Cisneros, que acababa de morir. La reforma con que el impareable prelado había sabido purificar y elevar la vida religiosa de España, tuvo una proyección gigantesca en el hemisferio occidental. Dos ilustres franciscanos, el francés Fray Juan Clapion y Fray Francisco de los Angeles, pidieron privilegios en favor de su orden, y el Papa León X expidió una bula, en 25 de abril de 1521, dando facultades muy amplias para que los franciscanos desempeñasen el apostolado en las nuevas partes de Indias. Adriano VI extendió todavía más estas prerrogativas, en una bula del 13 de mayo de 1522. La muerte de Fray Juan Clapion y la elección de Fray Francisco de los Angeles para general de la Orden, dejó el primer puesto entre los misioneros franciscanos a Fray Martín de Valencia, quien se embarcó para la Nueva España, acompañado de once religiosos, y llegó a San Juan de Ulúa el 13 de

mayo de 1524. Con otros tres franciscanos, que estaban ya en la tierra, Fray Martín de Valencia estableció cuatro provincias: la de Méjico, la de Tezcoco, la de Tlascala y la de Huejotcingo.

Hubo entre esos hombres, y entre los que fueron llegando después, muchos de mérito excepcional, que señalaron su acción como creadores, pero ninguno de ellos era vulgar, ignorante o remiso en el desempeño de su apostolado. Debe decirse lo mismo de los religiosos pertenecientes a las otras órdenes, y sobre todo de los domínicos y agustinos. No tòdos los misioneros eran españoles. Había flamencos y franceses cultísimos, como Fray Arnoldo de Basacio y Fray Juan Focher, de la Universidad de París. De esta misma Universidad había salido el español Fray Juan de Gaona, una de las primeras glorias de la Iglesia Americana. Fray Francisco de Bustamante figuraba entre los más grandes predicadores de su tiempo. Fray Alonso de la Veracruz fué una autoridad como teólogo. Otros se distinguieron en el Nuevo Mundo tanto como sus compañeros se habían distinguido en el antiguo, y aun con hechos más memorables. No sólo eran hombres de primera fila en la religión, pues los había de cuna noble, y tanto que tres de ellos tenían sangre real. Su apostolado no era de ocasión ni su heroísmo de necesidad. Habían dejado posiciones ventajosas: o bien las del siglo, o los honores de la fama universitaria, o el halago de los triunfos oratorios, para entregarse a las tareas humildísimas de una evangelización rudimentaria.

Pedro de Gante, lego franciscano, deudo de Carlos V, fué de los tres que llegaron primero, en 1523, y su obra, de una perseverancia asombrosa y

de una fecundidad sin ejemplo, se mantuvo durante medio siglo con el vigor del primer día. Pedro de Gante es el fundador de la pedagogía en el Nuevo Mundo.

Veamos su creación. Todo convento franciscano estaba formado por dos edificios en escuadra: una iglesia, que se extendía de oriente a poniente, y una escuela con dormitorio y capilla, trazada en línea recta y hacia el norte, desde la parte posterior de la iglesia. Entre estos edificios y el claustro de los frailes se formaba un patio muy extenso destinado para doctrinar a los adultos y a los niños que no eran alumnos de la escuela. Desde lejos, el lugar que ocupaba el primer convento franciscano de Méjico, se distinguía por su altísima cruz, labrada en el tronco de un gigantesco ahuehuete.

La escuela de Fray Pedro de Gante llegó a tener hasta mil alumnos, muchos de ellos pertenecientes a la nobleza indígena. Además de la religión y de las primeras letras castellanas, se les enseñaba latín y música. Dentro del mismo recinto, tenía Fray Pedro de Gante un establecimiento organizado especialmente para la enseñanza de los oficios y artes industriales, al que concurrían muchos adultos, sobre todo los que practicaban algunos de aquellos ramos antes de la conquista, y que deseaban perfeccionarse con el aprendizaje de los métodos europeos. Había allí pintores, escultores, talladores, canteros, carpinteros, jardineros, fundidores, bordadores, sastres, zapateros, etc., etc.

Así fué cómo al día siguiente de fundada la ciudad de Méjico, había en ella una catequesis para niños y adultos, una escuela de primeras letras y de bellas artes para nobles aztecas y una escuela

industrial para artesanos. Aun hizo más el P. Gante, pues tenía hospital para niños, que debe considerarse no sólo como una fundación pía, sino como el primer centro destinado a la enseñanza médica (1).

Fuera de *la traza*, como se llamó al recinto que ocupaba la ciudad española, el primer obispo de Méjico, Fray Juan de Zumárraga, fundó en Santiago de Tlaltelolco otro colegio para indios, con fines distintos del de San Francisco. El del obispo era un seminario *sui generis*. Los franciscanos querían por una parte aproximar a la nobleza de la tierra, para que se fundiese más fácilmente con los conquistadores, y por otra parte se proponían difundir las artes útiles en el pueblo. El obispo pensó en formar un grupo selecto de indígenas—, el colegio tenía sesenta alumnos—, que aprendiesen gramática latina, retórica, filosofía, música y medicina mejicana para que fuesen maestros de los jóvenes religiosos españoles y enseñasen a éstos la lengua del país, su historia, sus ritos y sus costumbres, a fin de que los nuevos misioneros recibiesen la preparación adecuada y pudiesen desempeñar sin obstáculos el ministerio de que estaban encargados. Del colegio de Tlaltelolco salió el estado mayor indígena de la evangelización: los traductores, amanuenses, tipógrafos y lectores de los misioneros.

Más tarde se manifestaron otras necesidades, y los religiosos acudieron para satisfacerlas. Los mestizos formaban parte de la nueva casta superior, como hijos de conquistadores y de mujeres nobles

(1) Joaquín García Icazbalceta. *La Instrucción Pública en Méjico durante el siglo XVI.* En *Opúsculos Varios.* T. I. Pág. 176.

del pueblo conquistado; pero Méjico era una ciudad populosa, centro de atracción para aventureros sin arraigo, llamados «los de la capa al hombro», que desembarcaban en Ulúa y subían hasta la capital para ir de allí a las minas o alistarse en las «entradas y pacificaciones». Comenzó, pues, a haber un número considerable de mestizos bastardos, nacidos de uniones ocasionales. Para esta segunda clase de mestizos fundó principalmente el virrey don Antonio de Mendoza un colegio, llamado de San Juan de Letrán, situado enfrente del que tenía el P. Gante.

Los agustinos acudieron a la demanda de educación más esmerada para los criollos y mestizos de clase superior. El P. Fray Alonso de la Veracruz, ilustre miembro de esa orden, fundó en 1575, el gran Colegio de San Pablo, y formó una biblioteca para cuyo principio contaba con sesenta cajones de libros llevados por él mismo. También formó las bibliotecas que su orden había fundado en Méjico, Tiripitio y Tacámbaro. El colegio de Fray Alonso tenía mapas, globos e instrumentos científicos.

La llegada de los jesuítas en 1572 fué el principio de una acción sistemática para la formación del alma criolla. Los jesuítas asumieron el papel de directores de conciencia de las clases selectas, y la de instrucctores de la juventud perteneciente a esas mismas clases. Desde aquel momento, los Padres de la Compañia tuvieron en sus manos las atribuciones más altas del poder moral en las nuevas sociedades. No hubo clausa que obrase con tanta eficacia para la separación de las provincias de Ultramar, como la expulsión de los jesuítas en el último tercio del siglo XVIII. Además, dadó que los jesuí-

tas no perdieron el fervor de los primeros días, cuando ese fervor se hubo extendido al campo inmenso de las misiones, desde California hasta el Paraguay, ellos fueron el órgano del Estado para la reducción de los indios y para los avances de la civilización en el seno de los desiertos y de las selvas. La expulsión de los Padres de la Compañía fué uno de los actos más insensatos de que podía hacerse responsable un gobierno español, pues si por una parte con él se enajenó a las clases superiores y las entregó a las tentaciones peligrosas de una imitación frívola, por la otra hundió en una charca de salvajismo al continente que empezaba a ver los resultados de una acción secular.

Antes de la llegada de los jesuítas, se había fundado la Universidad de Méjico, obra imitativa, reflejo de reflejo, pues si por su constitución aparecía como hija de la salmantina, en realidad no hacía sino seguir, a veces con poca fortuna, el paso más rápido de los colegios mejicanos, a cuyo profesorado acudía para la integración decorosa de su personal.

XXII

FRAILES LINGÜISTAS E HISTORIADORES

CUANDO llegaron los misioneros, encontraron que la Nueva España era una Babel de lenguas tan extrañas unas a otras como puede serlo el idioma ruso del francés o el español del vascuence. Para comenzar, lo más urgente era conocer el náhoa, lengua de los aztecas y pueblos comarcanos. Los franciscanos dieron sus primeros pasos valiéndose de un niño español, Alonso de Molina, fraile después y autor de un libro utilísimo, pues Molina se familiarizó en breves días con la lengua de los naturales. El segundo paso se dió con auxilio de los niños indígenas que eran buenas lenguas en romance y en latín. Hubiera sido de oir a aquel indio Valeriano, citado no como caso único, sino por los méritos excepcionales de su retórica ciceroniana.

Pero los misioneros quisieron predicar en la propia lengua de sus catequizados, y lo consiguieron. El P. Rafael de Olmos, por ejemplo, aprendió varios idiomas de los chichimecas, y escribió gramáticas y vocabularios del mejicano, el huasteco y el totonaca. Todos esos libros y uno de historia que escribió, han desaparecido. Sólo se salvó, después

de mil azares, una *Gramática Mejicana*, primorosamente reimpresa en París, en 1875, por iniciativa de un francés (1). Fray Alonso de Molina, después de haber sido el primero de los intérpretes que tuvieron los catequizadores, compuso un *Vocabulario Mejicano* impreso en 1555, reimpreso en 1571, y editado admirablemente en Leipzig, en 1880. Fray Maturino Gilberti, francés, dejó una *Gramática* y un *Vocabulario de la Lengua Tarasca*. Fray Juan Bautista de Laguna fué autor de un *Diccionario Tarasco*. Hay una *Gramática Misteca* del P. Reyes y un *Vocabulario Misteco* de Fray Francisco de Alvarado. Fray Luis de Villalpando escribió un *Arte Maya* y un *Vocabulario* de la misma lengua. El P. Córdoba compuso un *Arte Zapoteca*. Esta es una mínima parte de las obras lingüísticas de los misioneros, pues casi todas perecieron. Destinadas al uso diario de los predicadores, maestros, neófitos y alumnos, se reeditaban a medida que el tiempo o el mal trato las destruían, y nadie pensaba en coleccionarlas para la posteridad.

Los misioneros que aprendían una lengua indígena, comenzaban por escribir una *Doctrina*, un *Sermonario* o un *Confesionario*. El P. Gante mandó imprimir en Amberes, en 1528, una *Doctrina Mejicana*, obra suya, reimpresa después en Méjico, dos o tres veces. El P. Molina imprimió dos o tres *Doctrinas*, y dos *Confesionarios*. El dominico Fray Domingo de la Anunciación publicó también una *Doctrina*. Otra fué publicada por el agustino Fray Juan de la Anunciación. El P. Fray Bernardino de Sahagún formó una *Psalmodia Christiana* para las fiestas de los indios. El P. Gaona compuso unos

(1) García Icazbalceta. *Op. cit.* Pág. 244.

Coloquios de la paz y tranquilidad del alma. El citado agustino Fray Juan de la Anunciación hizo muchos *Sermones* mejicanos, que se imprimieron. En lengua chuchona, de la familia del misteco, se publicó una *Doctrina* de Fray Bartolomé Roldán; otra en huesteco de los P. P. Guevara y Cruz, y otra en zapoteco del Iltmo. Pedro de Feria, obispo de Oajaca. El de Guatemala, Marroquín, publicó una *Doctrina Utlateca.* (1)

Cuando los misioneros penetraban en el secreto de la vida moral de los pueblos indígenas, se aplicaban a recopilar datos para la historia y la etnografía de los países americanos. Fray Toribio de Benavente, que llegó con Fray Martín de Valencia, y aceptó el nombre indígena *Motolinia* (pobreza), escribió la primera *Historia de los Indios de la Nueva España*, obra que «encanta por su sencillez y frescura» Ese libro tiene el mayor de los méritos; no es una recopilación de anales, sino un tratado descriptivo de la religión y costumbres de los aztecas y una exposición admirable de la evangelización franciscana. (2)

Los tratados históricos del P. Olmos se perdieron. El P. Trovar, mejicano, hizo un trabajo de recopilación e interpretación de pinturas jeroglíficas y el P. Durán, mejicano también, y mestizo según

(1) García Icazbalceta. *Bibliografía Mejicana del Siglo XVI.* Por brevedad he debido omitir datos preciosísimos acerca de las obras de lingüística que emprendieron los frailes de las doctrinas de Tierra Firme, Nueva Granada, el Perú, Chile, Paraguay etc. Hablaré de ellas en otro de mis libros.

(2) Impreso por el benemérito García Icazbalceta en el tomo I de la *Colección de Documentos para la Historia de Méjico*, con introducción de don José Fernando Ramírez, el más erudito y penetrante de los anticuarios mejicanos.

se cree, compuso con esos materiales su *Historia de las Indias de Nueva España.* Esta obra sirvió de base para la parte que escribió sobre Méjico el P. José Acosta, jesuíta natural de Medina del Campo, en su célebre *Historia Natural y Moral de los Indios.* (1)

«Por los años de 1580 aparece un autor capital de cosas de indios: el P. Sahagún, cuyos escritos son una mina inagotable para los estudiosos. Su intimidad con los naturales, a quienes consagró entera su vida, y el amor con que aquéllos le pagaban, le permitió alcanzar noticias que a otros se ocultaron. Abarcó todo: historia antigua, leyes, costumbres, religión, ritos, hasta la historia natural y medicinal, tal como los indios la entendían.» (2)

El P. Sahagún es el príncipe de los etnógrafos mejicanos. Maravillan su vida y su obra. Llegó a la Nueva España pocos años después que los primeros franciscanos, y destinado como profesor al Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, fundado por el obispo Zumárraga, como se ha dicho ya, el P. Sahagún se consagró a la vida docente durante cerca de sesenta años. Nadie conoció como él a los indígenas y nadie supo extraer con tanto método y habilidad el tesoro de noticias sobre la historia, costumbres, ritos, leyes, conocimientos técnicos, creencias y supersticiones, que se necesita para tener pleno conocimiento de una sociedad. Escribía en mejicano para expresar más fielmente el pensamiento de los indígenas que le comunicaban las notas

(1) Acerca del P. Acosta, véase el estudio de D. José Rodríguez Carracido, premiado por la Academia Española.

(2) Joaquín García Icazbalceta. *Opúsculos Varios.* T. I. Página 253.

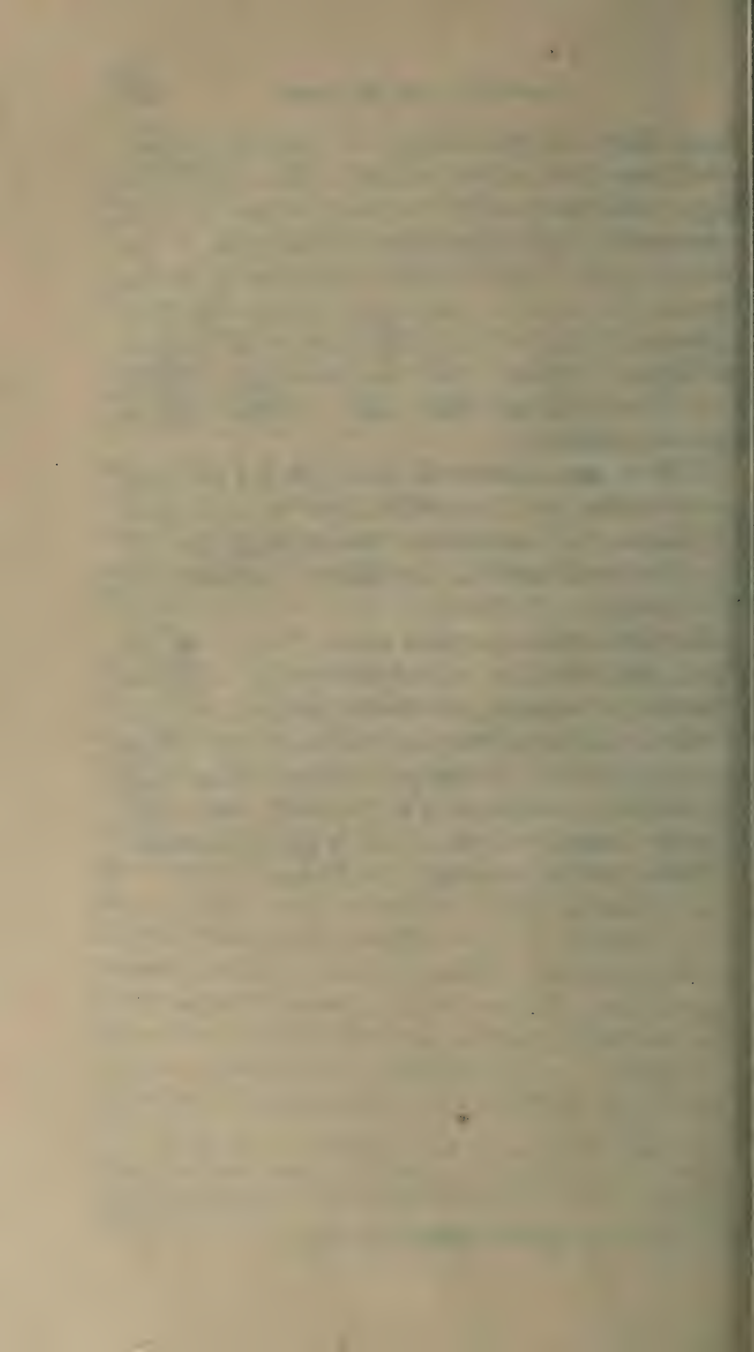
destinadas a su obra. Esta anduvo perdida, por persecuciones de la envidia, y cuando el heroico P. Sahagún pudo recuperarla, a la edad de ochenta años, emprendió la tarea gigantesca de traducirla al español, bajo el título *Historia de las cosas de Nueva España*. En Madrid permaneció inédito el libro, hasta que D. Carlos María Bustamante lo publicó en Méjico en 1829, y lord Kinesborough lo editó en el tomo VI de sus *Antiquities of Mexico*, que salió a luz en 1831.

El libro monumental de Sahagún fué utilizado por el P. Fray Jerónimo de Mendieta en su *Historia Eclesiástica Indiana*, escrita a fines del siglo XVI. (1) Mendieta tomó también abundantes materiales de Motolinia y del P. Olmos.

Fray Juan de Torquemada en su *Monarquía Indiana*, de principios del siglo XVII, se sirvió de Mendieta sobre todo, por donde puede verse que Motolina, Olmos y Sahagún, son las fuentes originales, con Tovar y Durán; pero Sahagún domina, y mantiene la primacía sobre todos con la vasta construcción de su obra, que es una de las primeras autoridades para los etnólogos modernos.

---

(1) La publicó García Icazbalceta en 1870.



XXIII

LA IMPRENTA EN EL NUEVO MUNDO

ANONYMUS, aut sane mihi ignotus, *De Zumárraga*, sodalis, ut existimo, alicujus Religio- ordinis, qui ad Americam transfretavit, laudatur uod scripserit:

»*Historia de Nueva España.*

»¡Desgraciada América— escribía Beristáin —, ue a los ciento y cincuenta años de descubierta, ras tan desconocida a uno de los más eruditos y ıriosos literatos de Europa, que aun oyendo el ırísimo apellido de *Zumárraga*, con señales de aber sido religioso, y de haber estado en tus pro- ncias, todavía ignoraba que el primer obispo de léjico se llamaba Zumárraga y fué fraile francis- ɔl (1)».

Que fuera ignorado el nombre del primer obis- ɔ de Méjico en tiempo de D. Nicolás Antonio, ıda tenía de extraño. Un obispo como tal es per- ınaje de campanario, y no hay erudito, por erudi- que sea, a quien le interesen los obispos. Lo es- pendo es que el obispo Zumárraga, el español ıe llevó la imprenta al Nuevo Mundo, sea desco-

(1) Joaquín García Icazbalceta. *Don Fray Juan de Zumárra-. Estudio biográfico y bibliográfico.* Méjico. 1881. Pág. 241.

nocido en su patria, y en ese Nuevo Mundo, au después de las revelaciones históricas hechas po García Icazbalceta, en la biografía del gran prela do. (1)

En 1527, Carlos V fué a Valladolid por habe cortes generales. Durante la semana santa, el Em perador se retiró al convento del Abrojo, y all conoció a Fray Juan de Zumárraga, que era el guar dián. Poco después, el superior del Abrojo sali para la Nueva España, como obispo designado, si bulas ni consagración que no podía obtener po estar suspensas las relaciones con la Santa Sede Era el tiempo del saco de Roma por los imperia les.

Envuelto en dificultades con los tres facineroso que bajo el nombre de oidores desgobernaban l Nueva España, el Obispo Zumárraga volvió a l Vieja España, donde estuvo de 1533 a 1534. Y había sido designado para virrey el eminente do Antonio de Mendoza, quien llegó a Méjico en no viembre de 1535. El obispo Zumárraga, consagra do en 1534, se le anticipó en el viaje. Hay mucha razones para creer que antes de emprenderl estaba de acuerdo con el virrey sobre el estableci miento de una imprenta en la ciudad de Méjico, y que ya se habían hecho los arreglos respectivos Esa imprenta fué sucursal de la que tenía en Sevi lla Juan Cromberger, y en 1538 había empezado a trabajar.

Lo más probable es que la iniciativa partiera de

(1) El historiador brasileño D. Manuel Oliveira Lima, en un serie de notables conferencias destinadas a las Universidade norteamericanas, y hablando de la biografía de Zumárraga, de cía: «Libro hermosísimo, cuya lectura os proporcionaría gra deleite».

bispo, que ya conocía la tierra y que se preocu-
aba mucho por llevar a ella labradores y artesa-
os para que enseñaran a los indígenas, así como
nimales útiles y semillas para la propagación de
as especies cultivadas en Europa, y ornamentos y
ibros para el culto y las escuelas.

La imprenta mejicana de Cromberger estuvo a
argo de Juan Pablos (*Giovanni Paoli*), quien des-
ués de correr con ella diez u once años, la com-
ró a los herederos de Cromberger. Paoli o Pablos
ra natural de Brescia en Lombardía. Después de
ivir algunos años en Méjico, y recibida la noticia
e la muerte de su principal, tomó carta de vecin-
lad el 17 de febrero de 1542. Poco después soli-
itaba solar para edificar su casa, y en 1548 obtenía
rivilegios como impresor y librero, que se le reno-
aron en 1554.

Cinco años después se estableció otra imprenta,
le Antonio de Espinosa, quien alegó en la corte
ontra los privilegios concedidos a Pablos. Pocos
neses después de esto, Pablos desaparece, y le su-
ede en su establecimiento Pedro Ocharte.

A las imprentas de Espinosa y Ocharte se agre-
a en 1575 la de Pedro Balli, cuyo establecimien-
o duró hasta fines del siglo. Entre 1577 y 1579, se
brió la cuarta imprenta, llevada a Méjico por An-
onio Ricardo (Ricciardi), nativo de Turín. Ricardo
ultivaba relaciones negocios con los jesuítas, para
uienes trabajaba, y tenía su oficina en el Colegio
le San Pedro y San Pablo.

Este fué el único impresor que cerró su casa en
Méjico, pero no por el mal estado de sus negocios,
ino para trasladarse a Lima en donde fué el intro-
luctor de la imprenta.

Aunque casi todas las obras que salían de la prensas mejicanas eran *Cartillas, Doctrinas, Gra máticas y Vocabularios* de los frailes, y *Misale Salterios y Antifonarios,* publicaron también obra de legislación eclesiástica o civil, como las *Cons tituciones* del Concilio de 1555, las *Ordenanzas* d Mendoza, y el *Cedulario* de Puga; los tratados d Medicina de Bravo, Farfán y López de Hinojos (1); la *Física* del P. de la Veracruz; los célebre *Problemas* de Cárdenas, y los dos volúmenes d *Arte Militar y Náutica,* del Dr. Palacios. (2)

(1) Francisco Bravo. *Opera medicinalis.* (1570); P. Agustí Farfán, agustino. *Tratado breve de Medicina.* (1579-1592-1604 1910).

Alonso López de Hinojosa. *Suma y Recopilación de Cirugía* (1578-1595).

Juan de Cárdenas. *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* (1591).

(2) García Icazbalceta. *Introducción de la Impreta en Méjico* En *Opúsculos Varios.* T. I.

XXIV

LA FLORA DE AMÉRICA

España llevó al Nuevo Mundo la civilización del Antiguo. Transformó la geografía de los dos continentes americanos aclimatando en ellos animales y plantas que han llegado a constituir la riqueza y a marcar el tipo de los países que dominó en un tiempo. La República Argentina exporta trigo y ganados a Europa; el mismo país ha exportado ya, si bien excepcionalmente, los vinos de Mendoza, y los ha exportado nada menos que con destino a Francia; el Uruguay y Chile son países ganaderos; las aceitunas del Perú rivalizaban con las de Sevilla en Méjico; la Nueva España enviaba harina a las Antillas; en tiempo tan distante como el mes de mayo de 1494, Colón pudo observar que prosperaba la caña de azúcar en la isla Española, y las Antillas llegaron a ser esencialmente azucareras; el café es la riqueza de Puerto Rico y del Salvador.

¿Qué sacaron los españoles de América para su propio beneficio y para el del mundo europeo?

América no envió su civilización a Europa, pero aumentó los tesoros de que ésta disponía, fomentando con sus metales preciosos la revolución industrial que ha transformado al mundo.

No tenía una fauna que compensase los beneficios de las especies llevadas por España, y apenas si con una ave de corral,—el gallipavo o *guajolote* de la Nueva España,—alteró, muy levemente por cierto, la economía europea.

América ha podido en cambio prestar el concurso apreciable de su magnífica flora.

En tres categorías caben las aportaciones americanas:

1.ª En la de plantas alimenticias;
2.ª En la de plantas medicinales, y
3.ª En la de plantas industriales.

Las formas de estas aportaciones son la de tráfico y la de aclimatación.

¿Cuáles tienen mayor importancia?

Desde luego es fácil advertir que la flora de América no ha insinuado sino muy tardíamente una acción profunda en la vida económica europea, y que tanto las exportaciones como las aclimataciones de los primeros tiempos fueron de carácter muy superficial para el conjunto de la estructura social de Europa.

«Tomó—dice Gómara, hablando de Colón y de su descubrimiento,—diez indios, cuarenta papagayos, conejos que llaman hutlas, batatas, ajíes, maíz de que hacen pan, y otras cosas extrañas y diferentes de las nuestras, para testimonio de lo que había descubierto.» (1)

Como resultado útil de esta primera *exposición agrícola americana*, quedaron en Europa el ají, la batata y el maíz. Málaga prohijó desde luego la ba-

(1) Francisco López de Gómara. *El Descubrimiento de las Indias*. En Rivadeneyra: Biblioteca de autores españoles. T. XXII. Pág. 161.

tata; Oviedo la trajo a Avila, su patria. El maíz debía influir notablemente en una de las regiones más populosas y más americanas de España,—en Galicia,—pero estaba destinado a una aplicación muy general y variada, principalmente como planta forrajera y de grano para animales. Italia y Hungría lo han adoptado para la alimentación del hombre, en forma de poleadas, por no ser panificable, sino para el consumo doméstico inmediato.

Dejando a un lado el origen botánico de los frisoles, está demostrado que esta leguminosa se propagó rápidamente a partir del siglo XVI, y que toda Europa reconoció por experiencia la gran riqueza alimenticia de la planta llevada al viejo continente por los españoles, como cultivo al menos. (1)

La piña fué gustada y encomiada por el Rey Católico, pero su nieto Carlos V obró con cierta cautela desconfiada: «el olor alabó; el sabor no quiso ver qué tal era.» (2) En todo caso, la piña, que había llegado difícilmente, pues según Pedro Mártir casi toda se perdía en el camino, buscó aclimatación bajo un cielo benigno, y pudo prosperar en el Viejo Mundo, a tal grado que se ha disputado su origen.

(1) De Candolle dice: «El *Phaseolus vulgaris* no se cultiva desde hace mucho en la India, en el sudoeste de Asia y en Egipto. No es completamente seguro que fuese conocido en Europa antes del descubrimiento de América, En aquella época el número de las variedades aumentó súbitamente en los jardines de Europa, y todos los autores comenzaron a hablar de esta planta. La mayoría de las especies del género existe en la América meridional. Granos que parecen pertenecer a esta especie, han sido encontrados en tumbas peruanas de fecha incierta, mezclados con muchas especies netamente americanas. (De Candolle. *Origine des plantes cultivées,* Pág. 275.

(2) Acosta. *Historia Natural y Moral de las Indias.*

14

El maní o cacahuete (cacahuatl) se aclimató en el siglo XVII. La pataca o tupinambo también llegó tardíamente a Europa. En cambio, el maguey y el nopal fueron plantados en el norte de Africa y en el sur de España desde el siglo XVI. El tomate se generalizó, como el pimiento, y el aguacate existía en Valencia desde antes de 1564. (1) En Málaga y otros lugares del mediodía de España se aclimataron algunas anonas, la papaya y el chayote. La frutilla de Chile ha tomado mayor extensión, y existe desde principios del siglo XVIII. Sus resultados han sido particularmente satisfactorios desde que empezó a cruzarse con la fresa de Virginia.

Dos productos americanos tomaron importancia transformadora para la vida europea. Uno, el *cacao*, por su preparación, el chocolate, ha enriquecido la alimentación de los pueblos occidentales, y si bien el cacao no se aclimató en el Antiguo Mundo, mantiene industrias de gran actividad en los principales países de Europa. Con menor intensidad que el cacao, la yuca se ha europeizado bajo forma de tapioca.

La patata, por último, no ha sido sólo un elemento nuevo, sino un factor de índole revolucionaria para el mundo moderno. Queda por saber si su introducción en Euroqa debe ser considerada como un beneficio capital, semejante al de las judías o deplorarse como un gran daño. Cierto que la patata asegura contra el peligro del hambre en años de malas cosechas, pero su explotación sistemática ha sido acaso un medio eficaz para el abaratamien-

(1) Miguel Colmeiro, Rector de la Universidad Central. *Primeras noticias acerca de la Vegetación Americana.* Madrid; 1892. Páginas 57-58.

to de la mercancía hombre y para el consiguiente abatimiento del nivel de bienestar a que puede aspirar el que vende su trabajo. Sin la patata, el obrero exigiría más carne, más trigo, más leche y más legumbres, y su mesa no sería tal vez una mera sustentación de la vida para que la máquina produzca y dé el máximun de rendimiento al capital que la emplea.

Otra de las aportaciones de América, el tabaco, no debe incluirse entre los elementos accidentalmente perniciosos, sino como un mal sin compensaciones. (1)

En suma, y viendo sólo el aspecto económico del asunto, puede asegurarse que las adquisiciones más importantes para Europa por su valor mercantil, fueron la aclimatación de la patata y del tabaco y la explotación industrial del cacao. Ahora bien, éste como el maíz y el tabaco se dieron a conocer por sí solos, y por sí solos se propagaron, pero la patata no fué introducida sino después de campañas muy enérgicas para vencer la repugnancia con que era vista por el pueblo. Cada país europeo tiene su campeón de la patata. Ocurre, pues, preguntar si los españoles se dieron cuenta del valor nutritivo de este tubérculo, y si tuvieron un Parmentier. Hay a este respecto datos de grandísimo interés histórico.

(1) Los gobiernos europeos se opusieron a la aclimatación de esta planta, cuyos daños no podemos apreciar todavía, pero han acabado por permitir el cultivo de la planta americana, y aun algunos de ellos hacen del tabaco una fuente de ingresos cuantiosos, en vez de estudiar los medios conducentes para la extirpación del tabaquismo, como se pretende, por lo menos hipócritamente, la extirpación del alcoholismo, o como se simula una guerra contra el opio.

El sagaz y concienzudo Cieza de León habla de la patata en dos pasajes: «Do los mantenimientos naturales, fuera del maíz, hay otros dos que se tienen por principal bastimento entre los indios; al uno llaman papas, que es a manera de turmas de tierra, el cual, después de cocido, queda tan tierno por de dentro como castaña cocida; no tiene cáscara ni cuesco más que lo que tiene la turma de la tierra; porque también nace debajo de tierra, como ella; produce esta fruta una yerba ni más ni menos que la amapola...» (1)

El otro pasaje dice: «Esta parte que llaman Collas es la mayor comarca, a mi ver, de todo el Perú, y la más poblada... Al oriente tienen las montañas de los Andes, al poniente las cabezas de las sierras nevadas y las vertientes dellas, que van a parar a la mar del Sur. Sin la tierra que ocupan con sus pueblos y labores, hay grandes despoblados, que están llenos de ganado silvestre... Y fué antiguamente muy poblada esta región de los Collas, a donde hubo pueblos todos juntos, al rededor de los cuales tienen los indios sus sementeras, donde siembran sus comidas. El principal mantenimiento dellos es papas, que son como turmas de tierra, según otras veces he declarado en esta historia, y éstas las secan al sol y guardan de una cosecha para otra; y llaman a esta papa, después de estar seca, chuno, y entre ellos es estimada y tenida en gran precio, por que no tienen agua de acequias, como otros muchos de este reino para regar sus campos; antes si les falta el agua natural para hacer las sementeras, padecen necesidad y trabajo si no se hallan con este mantenimiento de las papas secas. Y muchos espa-

(1) *Crónica del Perú*. Cap. XL.

ñoles enriquecieron y fueron a España prósperos con solamente llevar deste chuno a vender a las minas de Potosí.» (1)

Diego Dávila Briceño, corregidor de Huarchiri, decía en 1586, describiendo la provincia de los Yauyos: «Y en lo alto de las haldas de los dichos rios (Rimac, Pachacamac, Mara, etc.), se siembran y cogen las semillas de las *papas*, que quieren tierra fría, ques uno de los mayores bastimentos que los indios tienen en esta dicha provincia, que son turmas de tierra: y si en nuestra España las cultivasen a la manera de acá, serían gran remedio para los años de hambre, porque la semilla la misma es.» (2)

Uno de los primeros medicamentos, si no el primero, que introdujeron los españoles en Europa, fué el guayacán o palo santo,

...un árbol que da salud
do se tiene por perdida,
y a las veces vuelve en vida
el mal de la juventud.

Y agrega el mismo Castillejo:

Aunque no diera más parte
de gloria a nuestra nación,
la conquista de Colón
que ser causa de hallarte,
es tamaña,
tan divina, tan extraña
ésta, que por ella sola,
puede muy bien la Española
competir con toda España.

(1) *Oc. cit.* Cap. XCIX

(2) *Relaciones geográficas de Indias.* T. I. Pág. 63. Citado por Jiménez de la Espada en Cobo. *Op. cit.* T. I. Pág. 362.

El guayacán se desacreditó como tópico, pero ha resultado primera materia de ciertos medicamentos. «Y hoy su valor científico estriba en la bellísima propiedad desoxigenante de su tintura, utilizada como reactivo químico.» (1)

Después llegaron la zarzaparrilla, el sasafrás, y el conocimiento del betumen de Cuba, precursor del lejano ictiol, o aceite fósil, que nos aparta momentáneamente del mundo vegetal.

Pasaron los años, y en 1638 la condesa de Chinchón, virreina del Perú, sanaba de unas calenturas intermitentes, de carácter muy rebelde, con una corteza que le proporcionó D. Francisco López de Cañizares, gobernador de Loja, quien a su vez había sido curado por un indio. Era la quina, que poco después llegaba a Europa, que tomó carta en la botánica con el nombre de *chinchona*, como recuerdo de la virreina, consagrado así por Linneo, y que después del descubrimiento de Pelletier en 1820, ha venido a ser el preservativo del europeo que visita los climas tórridos. (2)

La coca, perfectamente conocida de los indios como alimento de ahorro, era ya empleada para dentífrico por losjesuítas del siglo XVII. El P. Cobo experimentó sus efectos calmantes, más de dos siglos antes de que Aurep aplicase la inyección anestésica.

El curare, veneno de las flechas, hecho con jugo

(1) Alejandro San Martín. *Influjo del descubrimiento del Nuevo mundo en las Ciencias Médicas.* Madrid 1912. Pág. 25-26.

(2) Los ingleses, que fueron grandes enemigos de la quin a, no sólo la adoptaron, sino que la aclimataron en Asia, para disponer del precioso febrífugo que utilizan todos los pueblos conquistadores.

de estricnos, ha llegado a ser otro recurso de la medicina para la anestesia periférica.

A las anteriores sustancias hay que añadir la ipecacuana, la paulinia, la copaiba, el condurango y el jaborandi, aun cuando son del Brasil; la ratania y la quilaga saponaria, del Perú y de Chile; la cebadilla y la jalapa, de Méjico; el bálsamo de Tolú, neogranadino; el bálsamo del Perú, salvadoreño; el ilex paraguayensis; etc., etc. (1)

En materia de productos aplicables para la industria, hay que citar, el *brasil*, el *palo de campeche*, el cauchú, el ule y recientemente el guayule.

De 247 especies cultivadas que estudió De Candolle, 199 pertenecen al Antiguo Mundo, y 45 a América; 3 eran de origen dudoso. Entre las plantas americanas, sólo dos, un tubérculo y ciertas calabazas, procedían de los Estados Unidos, «apesar de su vasto territorio, que pronto dará alimentación a centenares de millones de hombres», dice el mismo De Candolle. (2)

---

(1) *Op. cit.* Págs. 51-52.
(2) De Candolle. *Origine des plantes cultivées.* Pág. 362.

XXV

LOS NATURALISTAS

Cierto médico de Sevilla, Alonso de Monardes, se había dado con ahinco a recoger noticias de los medicamentos usados en las Indias. Formó un museo de productos exóticos, semejante a otro que tenía por aquel tiempo Rodrigo de Zamorano, el cosmógrafo de la Casa de Contratación. En 1565, Monardes publicaba una *Historia Medicinal de las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven en la Medicina*. Esta obra se reimprimió en 1569. Dos años después, en 1571, apareció la segunda parte, «*do se trata del tabaco y de las sassafrás, y de otras muchas yerbas y plantas, simientes y licores, que agora nuevamente han venido de aquellas partes, de grandes virtudes y maravillosos effetos.* «El título es tentador aun para el siglo xx. ¿No lo sería entonces? En 1574 y en 1588 el libro se reimprimía así: «*Primera, y segunda y tercera parte de la Historia Medicinal*, etc.»

Monardes tuvo un éxito colosal. La *Historia Medicinal* fué traducida al latín, al francés, al inglés y al italiano. Toda Europa sentía la conmoción del

misterio de las Indias, y toda Europa quería adivinarlo.

Así, vemos a Felipe II disponiendo la primera expedición científica americana, que encomendó al Dr. Francisco Hernández, su médico de cámara. Esta expedición fué como todo lo que hacía Felipe II, barata, grande y estéril. El toledano Francisco Hernández, no es sólo el primer héroe de la ciencia en América: es su primer mártir. Los sacrificios de Hernández comenzaron por donde necesariamente habían de comenzar los de un servidor de aquel monarca. Era verdad que la expedición tenía una asignación elevada; ¿pero se le dieron realmente a Hernández sesenta mil ducados para el viaje? El hecho es que Hernández cobraba poco y que gastaba mucho. Viajó siete años sin viáticos; trabajó infatigablemente sin auxiliares, pues sólo le acompañaba su hijo. Más aún: su reputación profesional le hubiera valido una fortuna en Méjico, pero Hernández se negó a ejercer la Medicina.

Pasando de clima en clima, desafió las enfermedades como todo sabio de vocación, y estuvo a la muerte muchas veces. (1)

Tercera y última inmolación, que puede llamarse el martirio del sabio: Hernández volvió a España en 1577, con diez y seis volúmenes de texto y estampas iluminadas que contenían la historia natural de los países recorridos por él, y un tomo de costumbres y antigüedades de los indios. En Méjico quedó copia de toda la obra. Estaba escrita en latín, pero el autor vertió una parte al español, y los

---

(1) *Cartas de Francisco Hernández a Felipe II.* En *Colección de Documentos para la Historia de España.* T. I.

ndios comenzaron también una traducción al me-
icano.

Hernández contemplaba ya sus libros arrebatando de admiración a toda la Europa sabia, y maravillando a los indígenas americanos.

¿Qué hizo Felipe II? El rey burócrata hizo lo que hacen con frecuencia todos los monarcas de la tierra: pagar mal a quien les sirve bien; pero hizo algo peor aún: como buen burócrata formó un expediente. Llamó a un encuadernador, se ajustó con él, y le mandó que forrase los libros manuscritos en cuero azul, con labrados de oro y manezuelas, cantoneras y bullones de plata, «todo de excelente labor y artificio». Cuando se hubo hecho esto, el Rey dió sepultura a los libros en la biblioteca del Escorial. El infortunado Hernández murió el 28 de enero de 1587, diez años después de consumada aquella infame sustracción.

Los traslados de Méjico se perdieron, la traducción al mejicano quedó interrumpida; una y otra cosa no por azar. Casi un siglo más tarde, la obra colosal de Hernández era destruída en el incendio del Escorial.

Verdad es que algo sobrevivió del resultado de los afanes con que el naturalista español, hizo la primera gran expedición científica del Nuevo Mundo, y acaso de todo el mundo. A poco de haber muerto Hernández, Felipe II dispuso que compendiase la obra el italiano Nardo Antonio Recchi, uno de sus médicos de cámara. Recchi tuvo apenas tiempo para concluir su trabajo; murió, y el compendio quedó olvidado. El príncipe italiano Federico Cesi, a quien se habló de este libro, lo adqui-

rió, y lo publicó en 1628 (1) bajo el título *Rerum Medicarum Novae Hispaniae Thesaurus*, pues Felipe II había ordenado que el compendio se redujese a la parte médica. La obra de Recchi tenía figuras que se reprodujeron grabadas en madera. Como introducción, se le puso una sinopsis botánica muy encomiada.

Un humildísimo lego del convento de Santo Domingo de Méjico, Fray Francisco Jiménez, natural de la villa de Luna, del reino de Aragón, que «por extraordinario camino» había obtenido un ejemplar de la obra de Recchi, se anticipaba al príncipe Cesi, traducía la obra y la publicaba en 1615. Fray Francisco Jiménez era un práctico que antes de hacerse fraile, había cuidado enfermos en el hospital de Huastepec y tuvo ocasión de experimentar las virtudes de plantas, animales y minerales. Su obra lleva por título: *Cuatro Libros de la Naturaleza y Virtudes de las Plantas y Animales que están recevidos en el uso de Medicina de la Nueva España, y la Método y corrección y preparación que para administrallas se requiere con lo que el Dr. Francisco Hernández escrivió en Lengua Latina. Muy útil para todo género de gente que vive en estancias y pueblos dò no ay Médicos ni Botica. Traduzido, y aumentados muchos simples y compuestos, y otros muchos secretos curativos.* (2)

El P. Juan Eusebio Nieremberg, jesuíta español, publicó en 1635 una *Historia Naturae Maxime Peregrinae*, y afortunadamente tomó más de 200

(1) Hay quienes niegan esta primera edición, y creen que el libro apareció en 1551.

(2) García Icazbalceta. *Los Médicos de Méjico en el siglo XVI.* En *Opúsculos varios.* T. I.

páginas en folio de la obra de Hernández, y muchas figuras que no están en el compendio de Recchi.

Don Juan Bautista Muñoz, historiógrafo de Indias, descubrió en el Colegio Imperial de los Padres Jesuítas de Madrid, una copia sin dibujos de la obra de Hernández, y el Ministro de Indias, don José de Gálvez, marqués de la Sonora, propuso al Rey Carlos III que se imprimiese la obra con los dibujos del compendio publicado en Roma. Aceptada la iniciativa de Gálvez, don Casimiro Gómez Ortega recibió el encargo de dirigir la edición, y en 1790, ya bajo Carlos IV, se publicaron los tres primeros tomos, relativos a la botánica, sin figuras. Hernández quedó, pues, fragmentado, y en la parte de antigüedades y en la de opúsculos, casi totalmente perdido.

Dos siglos después del viaje de Hernández, partía para la América del Sur, D. José Celestino Mutis, botánico y astrónomo. Iba en calidad de médico del marqués de Vega, virrey de Nueva Granada. Posteriormente, Mutis se hizo eclesiástico, pero dedicado con ardor a la ciencia, trabajó durante medio siglo en reunir un tesoro inapreciable de materiales para el estudio de la flora bogotana, materiales «que una culpable negligencia ha dejado inédita», como dice el Dr. E. T. Hamy. (1) Humboldt escribía a su hermano, con fecha 21 de septiembre de 1801 cuán «ardiente era su deseo de ver al gran botánico D. José Celestino Mutis», y comunicaba interesantes pormenores: «Es un eclesiástico anciano y venerable, dice, de cerca de 72 años, y hom-

(1) E. T. Hamy. *Lettres Americaines d'Alexandre de Humboldt.* (1798-1807.) París. Pág. 124, nota.

bre de fortuna. El Rey da para la expedición botá
nica 10.000 pesos anuales. De quince a treinta pin
tores trabajan en la casa de Mutis, y éste tiene y
de 2 a 3.000 dibujos *in folio*, que son miniaturas
Después de la de Banks, en Londres, no he visto
jamás una biblioteca botánica tan grande como l
de Mutis.» (1) Y en carta escrita en Lima, dirigid
a Delambre, secretario del Instituto de Francia, e
25 de noviembre de 1802, dice que por afecto
Mutis ha remontado el río Magdalena en cuarent
días. «El Dr. Mutis,—agrega Humboldt,—me h
regalado cerca de cien dibujos magníficos, en gran
folio, que representan nuevos géneros y nuevas es
pecies de su *Flora de Bogotá*, manuscrita. He crei
do que esta colección, tan interesante para la botá
nica como notable a causa de la belleza del colori
do, no podía estar en mejores manos que en las de
los Jussieu, los Lamarck y los Desfontaines, y la he
ofrecido al Instituto Nacional de Francia, como una
prueba de mi adhesión.» (2) En otro pasaje de la
carta dice que él y Bonpland, a quien llevaba para
la parte botánica de la expedición, habían «compa
rado sus herbarios con los del señor Mutis, y habían
consultado muchos libros en la inmensa biblioteca
de ese grande hombre. (3)

En otra carta escrita de Méjico al naturalista va

(1) *Op. cit.* Págs. 124 y 126.

(2) *Op cit.* Pág. 141.

(3) La expedición científica de Humboldt es de un valor capital para la historia del saber, pero además constituye el homenaje más grande que se haya rendido a la obra hispánica. Debe decirse que España y sus hijas no han hecho un solo movimiento que indique apreciación inteligente de los esfuerzos de Humboldt. El autor de estas líneas publicó una monografía *Humboldt en América*, que es un modesto principio de reparación

enciano D. Antonio José Cavanilles, director del ardín Botánico de Madrid, Humboldt habla una ez más de Mutis en términos conmovedores: Las especies que corren por Europa sobre el caácter de este hombre célebre, son de lo más falso ue puede haber. Nos ha tratado en Santa Fe con na franqueza que no deja de tener cierta analogía on el carácter particular de Banks. Nos comunicó in reserva alguna todas sus riquezas botánicas, oológicas y físicas; comparó sus plantas con las uestras, y permitió por último que tomáramos uantas notas quisiéramos llevar acerca de los géeros nuevos de la flora de Santa Fe de Bogotá. s ya viejo, pero sorprenden los trabajos que ha evado a término y los que prepara para la posteidad, y causa admiración que un hombre solo haya ido capaz de concebir y de ejecutar tan vasto lan.»

Las especies y variedades incluidas en la portenosa colección de Mutis, son 2.800 aproximadamene; los dibujos de la colección pasan de 6.000, por er duplicados, y algunos, representaciones pariales.

Humboldt habla de otros naturalistas y exploadores. «El señor López (1), me leyó su memoria obre la quina, antes de imprimirla, y le dije que lli se demuestra palpablemente el descubrimiento e la quina por el señor Mutis en las montañas de ena, en 1772, y que él la había visto cerca de londa en 1774.»

Cita a D. Juan Tafalla, profesor de Botánica en ima, y continuador de Ruiz y Pavón en los traba-

(1) López Ruiz, autor de una *Defensa y demostración del verda-ero descubridor de las quinas del reino de Santa Fe.* Madrid, 1802.

jos que estos dos sabios emprendieron en el Per
y Chile; a D. Vicente Olmedo, enviado en 1790
Loja para estudiar las quinas; a D. Vicente Cervan
tes, farmacéutico madrileño, director del Jardín Bo
tánico de Méjico; a D. Francisco Julio Caldas, un
eminencia como botánico y astrónomo, director d
Observatorio de Santa Fe; a D. Francisco Antoni
Zea, discípulo de Mutis, y sucesor de Cavanilles e
el Jardín Botánico de Madrid, antes de Lagasca.

Toda América era recorrida, o lo había sido re
cientemente, por sabios naturalistas. Ruiz y Pavó
empleaban diez años en visitar Perú y Chile; Sess
y Mociño hacían una exploración de ocho años e
la Nueva España; Baldó iba a Cuba; Pineda y Ne
partían con Malaspina para dar la vuelta al mund
los geodestas Ulloa y Jorge Juan, hacían observ
ciones de historia natural en la costa sudamerican
del Pacífico; el general Azara, destinado a estudi
geográficos, describía los pájaros y cuadrúped
del Río de la Plata...

Véanse los resultados de estos trabajos. D. Jorg
Juan y D. Antonio Ulloa, enviados para que tom
ran parte en las operaciones geodésicas de los s
bios franceses que pasaron a Quito con el fin
medir un arco del meridiano terrestre, recorrier
la América del Sur durante diez años. Ulloa pub
có en 1748 una *Relación histórica del viaje a
América meridional*, que interesó no sólo a los a
trónomos, sino a los botánicos. A esta obra sigu
otra, *Noticias Americanas*, publicada en 1772.

Don Martín Sessé y don José Mariano Moci
vinculan sus nombres a una de las expedicion
científicas más notables. Sessé era director del Ja
dín Botánico de Méjico, fundado en 1788, y f

desinagdo para organizar la expedición, en la que tomó parte don José Mariano Mociño, discípulo de Cervantes, quien se quedó al frente del jardín. Los exploradores recorrieron en ocho años (1), más de 3.000 leguas, y formaron un herbario riquísimo y una numerosa colección de dibujos iluminados, obra del mejicano don Atanasio Echevarría y de don Juan de Dios Cerda. Muerto Sessé en Méjico, los herbarios pasaron al Jardín Botánico de Madrid junto con tres volúmenes de manuscritos relativos a la *Flora Mejicana*. Maciño volvió a España, y fué desterrado por «el rey capaz de justificar cualquiera república.» Decepcionado y temeroso el botánico de que sus 1.800 dibujos iluminados se perdieron, los confió a De Candolle en el mediodía de Francia y De Candolle los llevó consigo a Ginebra. Cuando terminó el destierro de Mociño, pidió éste sus dibujos a De Candolle, y el naturalista ginebrino se apresuró a copiarlos empleando para ello no menos de doscientas personas que trabajaron voluntariamente. Todos los que sabían dibujar en Ginebra, se afanaron ocho días hasta dejar copiados 800 dibujos de Mociño que faltaban para tener íntegra la colección mejicana. Debe considerarse como una gran fortuna esta solicitud del naturalista De Candolle, que salvó la colección de Mociño, pues al morir éste en Barcelona, un médico se quedó con la colección de dibujos originales y los entregó a las ratas. La *Flora Mejicana*, obra común de los expedicionarios, y la *Flora de Guatemala*, obra exclusiva de Mociño, son riqueza de archivo. Más tarde apareció la *Novarum Vegetabilium descriptiones*, fundada en los trabajos de Ses-

(1) 1795-1804.

sé y Mociño, por don Pablo de La Llave y su colega Lexarza, ambos mejicanos, obra impresa de 1823 a 1825. En 1870 se publicó la *Flora Mejicana*, de Velasco, y en 1874 los *Calques des dessins de la Flore du Mexiqué de Mociño et Sessé qui ont servi de types d'espèce dans le Système ou le Prodromus*, del ginebrino De Candolle.

Don Hipólito Ruiz y don José Pavón exploraron Perú y Chile de 1778 a 1788. Los trabajos de Ruiz y Pavón fueron tan interesantes como desgraciados. Cuarenta y tres cajones de sus ejemplares se perdieron en las costas de Portugal con el navío que debía entregar las colecciones de los dos naturalistas en España. Otra parte de sus herbarios y manuscritos pereció en un incendio. Publicaron una *Quinología* en 1792, que fué traducida al alemán y otros idiomas; un *Florae peruvianao et chilensis Prodromus* (1794.-Madrid y Roma). En 1798 dieron a la prensa un tomo del *Systema Vegetabilium Florao peruvianae et chilensis*, y desde ese año hasta el de 1802, tres tomos de su *Flora*, obra de la que han quedado inéditos los tomos restantes. Los manuscritos y el herbario están en el Jardín Botánico de Madrid. (1) La obra debía contener 2.000 láminas, según el plan de los autores, y los dibujos correspondientes a los tomos inéditos pasan de 1.600, casi todos iluminados. Don Juan Tafalla, discípulo de Ruiz y Pavón, envió después muchas plantas. Fué catedrático en Lima, y tuvo por agregado a Mancilla, quien acompañó a Humboldt y Bonpland y herborizó con ellos.

(1) Miguel Colmeiro. *La Botánica y los Botánicos de la Península Hispano Lusitana*. Madrid 1858. Pág. 127. *Primeras noticias acerca de la Vegetación americana*. T. II. Págs. 47-48.

A fines de julio de 1789 partió de Cádiz la expedición mandada por Malaspina, en la que tomaron parte como naturalistas el ilustre guatemaltesco don Antonio Pineda y el francés naturalizado don Luis Nee, y a la que se incorporó en Chile Tadeo Haenke. Los expedicionarios herborizaron en Montevideo y en la Colonia del Sacramento. Visitaron la Patagonia y las Malvinas, estuvieron en el archipiélago de Chiloe y en Chile, Perú y la Nueva España. Desgraciadamente, Pineda murió en las Filipinas, en 1792. Los expedicionarios recorrieron las Marianas y la Nueva Holanda. Atravesaron de nuevo el Océano Pacífico, desembarcaron en el Callao, y los botánicos pasaron de allí a Lima. En este lugar se separaron Nee y Haenke. El primero se dirigió a Talcahuano, y a la Concepción, y de allí se encaminó por tierra a Buenos Aires. Las *Observaciones y Descripciones* de Nee, los trescientos dibujos de don José Guio, don Francisco Fulgar, Pozo, Lindo y otros, y el herbario de diez mil plantas, entre las que había cuatro mil nuevas, pasaron al Jardín Botánico de Madrid. Algo se ha publicado de los trabajos de Pineda y Nee. Malaspina dejó su *Viaje alrededor del mundo*, que no fué publicado. (1) Haenke formó su *Reliquiae Haenkeanae*, impreso en París de 1830 a 1836.

Don Baltasar Manuel Boldó, enviado a Cuba, hizo investigaciones sobre la *Flora Cubana*, interrumpidas por la muerte de ese botánico aragonés en 1799. Sus *Descripciones* manuscritas fueron enviadas al Jardín Botánico de Madrid, en donde hay

---

(1) Lo dió a la estampa más tarde D. Pedro de Novo y Colson (1885).

igualmente algunos dibujos de don José Guio para la obra de Boldó.

Don Félix Azara fué comisionado en 1781 para que atendiese por parte de España a la ejecución del tratado de San Ildefonso, en lo que se refería a los límites de las posesiones de España y Portugal. Estuvo en la América meridional hasta 1801. Parte de sus observaciones se publicó en París, en francés y sin su conocimiento. El autor dió a la estampa en Madrid unos *Apuntamientos para la Historia Natural de los Cuadrúpedos y Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.* También se publicó en París, traducido al francés, y sin su nombre, un libro de *Viajes a la América Meridional,* obra que apareció en español, veintiséis años después de la muerte del autor, bajo el título *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata.* (1847). Azara hizo algunas observaciones botánicas de que habla en este escrito.

El Dr. Colmeiro (1) formó un catálogo razonado de 207 «obras españolas descriptivas de plantas exóticas, o con algunas noticias sobre ellas, y casi todas pertenecientes a las Indias Occidentales y Orientales.» Hay muchas extraordinariamente curiosas. Citaré al azar algunas de ellas, con omisión de las que tienen fama universal, como las de Pedro Mártir, Fernández de Oviedo, el P. Acosta, el P. Cobo, Herrera, Molina y Clavijero. Así el *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales, con sus plantas debuxadas al vivo,* por Cristóbal Acosta, africano, se publicó en Burgos, en 1578; en Amberes, traducida al latín por Clusio, en 1582, en 1593 y en 1605. Esta última edición sa-

(1) *La Botánica y los Botánicos.* Págs. 24 a 55.

lió de la célebre casa Plantin. Una traducción italiana apareció en Venecia, en 1585, y una francesa en 1619. Cristóbal Acosta publicó también una colección de *Remedios específicos de la India Oriental y de la América. Las Cartas del Dr. Castañeda.* aparecieron en Sevilla, de 1600 a 1604. «El Dr. Castañeda escribió a Clusio una porción de cartas, catorce de ellas inclusas en dicha colección, donde aparece que le daba noticias importantes sobre plantas exóticas, particularmente americanas, cuyas semillas le ofrecía y remitía.» (1) Aparte de los *Problemas y secretos maravillosos de las Indias,* por Juan Cárdenas, obra que trata del chocolate, «tal como lo usaban los mejicanos y españoles americanos, con los nombres de las producciones que entraban en la bebida», ésta tuvo su literatura, de la que forma parte el *Curioso tratado de la naturaleza y calidad del chocolate,* por Antonio Colmenero, (Madrid, 1631), obra traducida al francés (París, 1642), al latín, Nüremberg (1644), nuevamente publicada en francés (Lyon, 1671); en italiano, (Venecia, 1678); en inglés, (Londres, 1685), y otra vez en italiano, (Bolonia, 1694.)

Si el siglo XVI fué el tiempo de las revelaciones sorprendentes, y el XVII el de la curiosidad minuciosa, a veces crédula, el XVIII iba a representar el momento de la germinación científica. España ocupó un puesto de vanguardia. «Ningún gobierno ha destinado sumas de mayor consideración que el de España—decía Humboldt—, para el avance del conocimiento de los vegetales. Tres expediciones botánicas, la del Perú, la de la Nueva Granada y la de la Nueva España, dirigidas por los señores

(1) Colmeiro. *Op. cit.* Pág. 31.

Ruiz y Pavón, por D. José Celestino Mutis y po los señores Sessé y Mociño, han costado cerca d dos millones de francos. Además se han estableci- do jardines botánicos en Manila y en las islas Ca- narias. La comisión destinada a levantar los plano del canal de los *Guines*, recibió también el encar- go de examinar las producciones vegetales de l isla de Cuba. Todas estas investigaciones, conti- nuadas durante veinte años en las regiones má fértiles del Nuevo Continente, no sólo han enri quecido el dominio de la ciencia con más de cua tro mil nuevas especies de plantas, sino que ha contribuído con mucho a difundir el gusto por l historia natural entre los habitantes del país». (1)

(1) Humboldt. *Nouvelle Espagne.* T. I. Págs. 426-427.

XXVI

LOS METALÚRGICOS

La minería desarrolló una técnica que iniciada en el empirismo de los naturales de cada país americano, llegó en los últimos tiempos de la colonia al mismo nivel científico de las explotaciones europeas más perfeccionadas. «Parece por lo que se vé—dice Cieza de León—, que el metal de la plata no puede correr con fuelles ni quedar con la materia del fuego convertido en plata. En Porco y en otras partes deste reino donde sacan metal, hacen grandes planchas de plata, y el metal lo purifican y apartan de la escoria que se cría con la tierra, con fuego, teniendo para ello sus fuegos grandes. En este Potosí, aunque por muchos se ha procurado, jamás han podido salir con ello; la reciura del metal parece que lo causa, o algún otro misterio; porque grandes maestros han intentado, como digo, de lo sacar con fuelles, y no ha prestado nada su diligencia; y al fin, como para todas las cosas pueden hallar los hombres en esta vida remedio, no les faltó para sacar esta plata, con una invención la más extraña del mundo, y es que antiguamente como los ingas fueron tan ingeniosos, en algunas partes que les sacaban plata, debía no que-

rer correr con fuelles, como en esta de Potosí, y para aprovecharse del metal hacían unas formas de barro, del talle y manera que es un albahaquero en España, teniendo por muchas partes unos agujeros o respiraderos. En estos tales ponían carbón, y el metal encima; y puestos por los cerros o laderas donde el viento tenía más fuerza, sacaban dél plata, la cual apuraban y afinaban después con sus fuelles pequeños, o cañones con que soplan. Desta manera se sacó toda esta multitud de plata que ha salido deste cerro, y los indios se iban con el metal a los altos de la redonda dél, a sacar plata. Llaman a estas formas *guairas*, y de noche hay tantas dellas por todos los campos y collados que parescen luminarias; y en tiempo que hace viento recio se saca plata en cantidad; cuando el viento falta, por ninguna manera pueden sacar ninguna. De manera que así como el viento es provechoso para navegar por mar, lo es en este lugar para sacar la plata...» (1)

Cuatro años después de escrito lo anterior, esto es, en 1554, Bartolomé de Medina llegaba a Méjico, procedente de Sevilla, y se dedicaba a la minería en Pachuca. Medina introdujo el beneficio de amalgamación, «sin más arte—refiere un informe de mediados del siglo XVII—, que haber oido decir en España que con azogue y sal común se podía sacar la plata de los metales a que no se hallaba fundición». Y en una carta dirigida al Emperador, con fecha del 31 de diciembre de 1554, se le informó: »Aquí vino un Bartolomé de Medina, de Sevilla, que diz traía un alemán (y no se le dejaron pasar), que sabe beneficiar los metales de plata con

(1) *Crónica del Perú*. Cap. CIX.

azogue, a gran ventaja de lo que acá se hace y sabe, y de lo que dél tomó, ha hecho experiencia, por do parece sería gran riqueza la venida del alemán».

El hecho es que ese Bartolomé de Medina, discípulo del ignoto alemán o receptor de especies flotantes en España, introdujo el beneficio de *Patio*, «con seguro éxito y sin pasar por las contrariedades que acompañan a toda reforma», como dice el eminente químico español D. José Rodríguez Carracido. (1) No sólo, sino que Mosen Antonio Boteller, que trabajaba con Medina en Pachuca, fué llamado de España en 1558 por el director de las minas de Guadalcanal, como uno de los conocedores del beneficio que Medina había introducido en Méjico. De aquí se infiere que en España, donde había tantos mineros alemanes, no se conocía el procedimiento de Medina, y que los resultados obtenidos por éste impresionaban como novedad a los metalurgistas de Extremadura. Tampoco sería conocido el beneficio de *Patio* en Alemania, pues treinta y cuatro años después, o sea en 1588, un español, Juan de Córdoba, ofrecía a la corte imperial la extracción de la plata por el azogue. (2)

Esto no quiere decir que Bartolomé de Medina sea el autor de una novedad sin precedente. Toda invención es el término de una serie, y por eso se ve con tanta frecuencia que la misma invención se haga simultáneamente por dos hombres que no han tenido comunicación, pero que siguen dos líneas de exacto paralelismo. (3)

(1) José Rodríguez Carracido. *Estudios histórico-críticos de la Ciencia Española.*—Madrid 1917. Pág. 126.

(2) Rodríguez Carracido. *Op. cit.* Págs. 127-128. Wurtz. *Diccionario de Química.*

(3) Para ejemplos, véase: J. Bourdeau. *L'Histoire et les historiens.*

«El hecho de disolverse la plata en el mercurio lo mismo que en el plomo, fué conocido desde muy antiguo; pero no se había utilizado con fin industrial el primer disolvente, por ser incapaz para extraer de los minerales argentíferos la plata en ellos contenida. El procedimiento llamado de fundición era el único que se practicaba, aprovechando la solubilidad de la plata en el plomo derretido, y la sucesiva eliminación de éste por ser oxidable en contacto del aire, mientras que la plata queda como único residuo metálico, subsistiendo sin alterarse en presencia del oxígeno de la atmósfera.» (1)

Las ventajas de la amalgamación están en la economía de combustible y en el aprovechamiento de metales bajos. Para alcanzar estas ventajas en el procedimiento de su invención, Bartolomé de Medina hubo de fundarse en el hecho antes citado, o sea en la solubilidad de la plata en el mercurio, pero como ésta no se presenta nativa sino combinada con otros cuerpos, es menester destruir tales combinaciones para que el mercurio pueda apoderarse del metal aislado y formar la amalgama. «En la invención de los mecanismos químicos que conducen en último término a separar la plata de los minerales de que forma parte, se funda la gloria del gran metalúrgico de mediados del siglo XVI.» (2)

«El procedimiento de Bartolomé de Medina, llamado también de *Patio*, por practicarse sobre un suelo enlosado, consiste en añadir al mineral molido e impregnado de agua, sal común, una substancia denominada magistral (constituída por el producto de la tostación de las piritas), y mercurio: to-

(1) Rodríguez Carracido. *Op. cit.* Pág. 130.

(2) Rodríguez Carracido. *Op. cit.* Pág. 132.

do esto con el objeto de obtener una amalgama de plata, para disociarla, finalmente, por la acción del calor.

»No he de exponer aquí las numerosas reacciones que pueden suponerse... pero sí he de consignar que nada más halagüeño a nuestro amor patrio, como ver el empirismo de nuestros mineros de mediados del siglo XVI llevando a cabo operaciones, e imaginando artificios que a fines del XIX sólo imperfectamente se han explicado, teniendo en todos sus actos tan poderosas intuiciones que modificaban el procedimiento general en consonancia con las variantes que los minerales presentaban en su composición, anticipándose al sistema de reacciones estatuido por la Química moderna. Sirva esto de enseñanza a los espíritus miopes y presuntuosos que desprecian por absurdo todo lo pasado, sin sospechar que éste, como su presente, es un momento transitorio, en el cual hay algo positivamente sabido, y mucho incierto e ignorado.» (1)

Otro minero mejicano, Juan Capellán, de Tasco, inventaba un cono metálico, llamado *capellina*, para recoger y utilizar el mercurio volatilizado. Con la capellina se obtiene una economía de mercurio y un resultado más importante aún, como es el de evitar la acción nociva de los vapores mercuriales.

Pedro Fernández de Velasco fué el introductor definitivo de la amalgamación en el Perú, donde se había ensayado sin buen éxito, y donde tenía que producir grandes resultados por el descubrimiento de la mina de azogue de Guancavelica. (2)

(1) Rodríguez Carracido. *Op. cit.* Págs. 132-133.

(2) Amador de Cabrera es el personaje semilegendario que en 1563 dió a conocer el cerro de Guancavelica, «el cual es un peñasco de piedra durísima, empapada en azogue.»

Dos mineros del Perú, los hermanos Juan Andrés y Carlos Corzo y Lleca, inventaron la añadidura de *agua de hierro* a los minerales, procedimiento con el que se ahorraba combustible, se evitaba mucha pérdida de mercurio y se obtenía mayor ganancia de plata. Gabriel de Castro se presentaba simultáneamente como inventor del *agua de hierro*, y viajó por Europa difundiendo su procedimiento.

Las minas de azogue agotaron el combustible próximo, y era preciso llevar los metales a veinte y treinta leguas de distancia. Rodrigo de Torres Navarra utilizó el *hicho*, «paja que nace por todos aquellos cerros del Perú, la cual es a modo de esparto», y que produce una llama muy viva.

Fué de mucha importancia para la explotación del mercurio el perfeccionamiento de los hornos de *javeca*, introducido por Pedro Contreras en 1596, y el invento que en 1632 hizo Lope de Saavedra Barba, *El Buscón*, autor del horno *busconil*.

Alvaro Alonso Barba, natural de Lepe y cura del Potosí, es citado como el único metalurgista de nota del siglo XVII por su libro del *Arte de los Metales*, publicado en 1640, y escrito a instancias de D. Juan de Lizazaru, presidente de la Audiencia de La Plata. El país de Europa en que más se ha estudiado la metalurgia, Alemania, tradujo el libro de Alvaro Alonso Barba, e hizo de él cuatro ediciones: una en Hamburgo en 1676, dos en Francfort, en 1726 y 1739, y otra en Viena, en 1749.

Llegamos al siglo XVIII. Ya hemos visto el desarrollo que adquirió entonces la minería en la Nueva España. La Nueva Granada y el Perú también iniciaban un movimiento de regeneración técnica.

En la carta ya citada de Humboldt a su hermano

Guillermo, le dice: «De Honda fuí a visitar las minas de Mariquita y de Santa Ana, en donde encontró la muerte el infortunado Elhuyar.» Este pasaje fué anotado en los términos que siguen por el consejero de minas Karsten, de Berlín: «Los dos célebres químicos españoles, D. José y D. Fausto de Elhuyar, estudiaron en Freiberg por el año 1780 D. Fausto estudió también química en Upsala con Bergmann, y llevó mineros de Sajonia a la Nueva España, donde era director general de minería. Su hermano, D. José, era director de minas en Santa Fe de Bogotá. Allí murió éste último.» El nombre de D. Fausto Elhuyar está grabado en el pórtico de la Escuela de Minería de Méjico, junto con los de D. Joaquin Velázquez de León y D. Andrés del Río.» (1)

Había nacido la química, y los metalúrgicos mejicanos recibían una corriente de ideas nuevas, elaboradas en Freiberg, en Upsala y en París. «Los principios de la nueva química,—dice Humboldt,—que en las colonias españolas lleva el nombre hasta cierto punto equívoco de *nueva filosofía*, están más generalizados en Méjico que en muchos lugares de la península. Un viajero europeo se sorprendería sin duda al encontrar en el interior del país, en los confines de California, jóvenes mejicanos que razonan sobre la descomposición del agua en el procedimiento de la amalgamación al aire libre. La Es-

(1) Del Río fué condiscípulo de Humboldt en Sajonia. De Velázquez de León dice el mismo Humboldt: «El geómetra más notable desde los tiempos de Sigüenza es D. Joaquín Velázquez Cárdenas y León. El viajero francés (Chappe) se sorprendió al ver en California un mejicano que sin pertenecer a ninguna academia y sin haber salido de la Nueva España, hacía tanto como los académicos.» (*Nouvelle Espagne*. T. I. Pág. 432).

cuela de Minas posee un laboratorio de química, una colección geológica arreglada según el sistema de Werner, un gabinete de física en el que no sólo hay instrumentos magníficos de Ramsdem, de Adams, de Lenoir y de Louis Berthoud, sino modelos ejecutados en esa misma capital con la mayor precisión y con las maderas más preciosas del país. En Méjico se ha impreso la mejor obra mineralógica que posee la literatura española, el *Manual de Orictognosia*, escrita por el señor del Río, según los principios de la escuela de Freiberg, en la que se formó el autor. En Méjico se ha publicado la primera traducción española de los *Elementos de Química* de Lavoisier. Cito estos hechos aislados, porque nos dan la medida del ardor con que se comienza a abrazar el estudio de las ciencias exactas en la capital de la Nueva España. Este ardor es mucho mayor que el consagrado al estudio de las lenguas y literaturas antiguas.» (1)

(1) Hu[illegible]boldt. *N[illegible]velle Esp[illegible]*, T. I, P[illegible]s. 428-429.

XXVII

EL ALMA DE LA PIEDRA

CITARÉ testimonios. ¿Cómo veían y cómo ven todavía los extranjeros el espectáculo de la ciudad americana?

«La arquitectura colonial de la Nueva España epresenta no sólo el primero sino el más importane desarrollo de las artes plásticas en el Nuevo Mundo bajo la influencia europea, hasta el momento en que el progreso de los Estados Unidos comenzó a dar los frutos que vemos actualmente. Junto con sus artes auxiliares, escultura y pintura decorativas, la arquitectura de Méjico ilustra el movimiento estético más importante que se haya efectuado en el hemisferio occidental.» (1)

En el prólogo de su libro *El Alma de España*, l escritor inglés Havellock Ellis, dice: «Hace muchos años, cuando apenas había cumplido seis, mi adre me llevó del Callao a Lima para que pasáramos el día en la capital del Perú. Era la primera ran ciudad extranjera que yo veía, y el aspecto de us calles,—de tipo tan poco familiar entonces y espués tan familiar para mí,—los anchurosos portales y los amenos patios, me produjeron una im-

(1) *Spanish-Colonial Architecture in Mexico*, by Sylvester Baster oston, 1901. Vol. I. (Texto). Introducción.

presión imborrable. Después he llegado a considerar como un hecho que no carece de significación personal, el que mi primera mirada fuera del mundo anglosajón se dirigiese a una ciudad extranjera fundada dentro de las tradiciones hispánicas, tan atractivas para mí, tan potentes en su vibración o en su encanto.» (1)

Veamos otra impresión y otro juicio respecto de la huella material que dejó en América el genio constructor de la raza, y respecto del ambiente que reina en una ciudad hispanoamericana. Habla una mujer de fina sensibilidad, Mary Graham, visitante de Chile:

«*Valparaíso.—Mayo 10 de 1822:* Gracias a los amigos de tierra y a los de la fragata, estoy instalada confortablemente en mi *home*. Todo el mundo me prodiga atenciones: un vecino me presta caballo; otro, tal o cual utensilio que necesito; la nacionalidad y las costumbres no establecen diferencias. He llegado ávida de bondad y de ternura, y las recibo de todos.»

Antes, con fecha del 9, describe su casa, «uno de los tipos más acabados de las viviendas chilenas.» Tiene ancho zaguán, sala y un balcón espacioso con vista al sudoeste. «Al frente de la casa hay un huerto que desciende hasta el estero que me separa del Almendral. Ese huerto está plantado de manzanos, perales, almendros, parras, duraznos, naranjos, olivos y membrillos. Tiene calabazas, melones, repollos, patatas, habas y maíz. Hay algunas flores. Detrás de la casa se alza un cerro abrupto, rojizo y pelado. Crecen sobre su falda arbustos

(1) Havelock Ellis. *The Soul of Spain.* London, 1908

muy bellos, y transitan sin cesar las recuas de las mulas que surten el mercado de Valparaíso.»

«*Santiago. Día de San Agustín.*—Pasamos un buen rato conversando en el patio o jardín interior, semejante a los patios moriscos de que hablan los novelistas y viajeros. Unas indias pequeñas y muy lindas nos sirvieron mate... Aproveché los intervalos de tantos contratiempos ocasionados por San Agustín, para ir al grande y hermoso templo que perteneció a los jesuítas, donde las músicas militares que tocan durante la misa, y las solemnes melodías del órgano, producían un efecto soberbio. Visité también la catedral, cuyo interior es muy bello aunque no está terminado.»

Habla Mahony, oficial de la *Legión Británica de los Independientes*:

«Bogotá fué edificada al pie de escarpadísima y casi inaccesible montaña. A 2.000 ó 2.500 pies sobre el nivel de la ciudad, se levantan las dos capillas de Nuestra Señora de Guadalupe y Nuestra Señora de Monserrat, y se sube hasta ellas por senderos inseguros para las mismas cabras.

«Viven allí algunos frailes, en profunda soledad aunque tan cerca de una ciudad populosa, pues no los visitan sino los campesinos que acuden con las provisiones de la semana. El viajero llevado por la curiosidad a la altura de la montaña, se siente ampliamente compensado de sus fatigas por la vista grandiosa que se descubre desde las capillas.

«En mitad del barranco que separa los picachos de Monserrat y Guadalupe, se halla la deliciosa quinta que perteneció a Bolivar. El jardín que la rodea contiene una profusión de flores de toda especie, pero abundan particularmente las rosas. Hay

surtidores alimentados en los manantiales de las montañas.

«Las casas particulares de Bogotá están bien construídas en lo general; en su mayoría son de un solo piso, y éste da a un patio árabe con fuentes y naranjos. Introducida esa costumbre en España, no es de sorprender que se propagara a la América del Sur. Al pie de la ancha escalera, suele haber un San Cristóbal con el niño Jesús en brazos y con una palmera a guisa de bastón.

«Las habitaciones de este piso único están comunicadas entre sí, y todas reciben la grata frescura del patio. Tres o cuatro de esas habitaciones,—las más capaces,—son para las visitas. Las tertulias tienen mucho atractivo y están discretamente acomodadas para todas las edades. Los visitantes son obsequiados con chocolate, dulces y agua helada, y antes de que se despidan arde para ellos un pebetero.»

Es un hecho muy importante que la arquitectura no sólo dejó su eterna y monumental belleza, con ritmos nuevos, en los países que se extienden desde las Californias hasta Chile, sino que aun allí donde ha logrado implantarse una raza extraña, el sello hispánico ha perdurado y se imprime sobre las manifestaciones artísticas del anglosajón. El estilo propio de la *Misión* californiana y neomejicana y los restos hispanocoloniales de Arizona y de Tejas, reaparecen hoy en las obras arquitectónicas de la California anglosajona, y un artista de influencia tan penetrante en su patria como Henry Hobson Richardson, se siente subyugado por el vigor de

las masas pujantes, maravilla de los edificios españoles. (1)

Si se le pregunta a un extranjero culto qué le impresiona en la Nueva España, dice que la profusión de cúpulas. Antes de que aparezca una ciudad, se ven sus cúpulas; las hay en toda villa, en toda aldea, y aun en los lugares solitarios donde la mirada busca inútilmente las habitaciones de los hombres, surge la media naranja de la rústica ermita, cuyo rojo tezontle resplandece con las chispas doradas y cálidas de los azulejos. Y si al pasar el tren, el viajero ve una hacienda de antiguos mayorazgos, cree que el patio andaluz, los altos corredores, el portal embaldosado, la fuente y los tiestos de albahaca, «reproducen el encanto y la magia de la España musulmana.»

Es una nota singular que las primitivas iglesias copien formas meridionales, como las copiaban los palacios de los conquistadores. Hay, es verdad, cierta reminiscencia gótica que se reproduce insistentemente, como hay por excepción una catedral plateresca. Pero lo común es la nota pintoresca y semimorisca, genuinamente andaluza. (2) Una iglesia de tiempos muy posteriores,—la Capilla Real de Chulula,—es una adaptación del plan de la mezquita de Córdoba, con sesenta y cuatro grandes columnas cilíndricas que sostienen las cúpulas del templo. (3)

«No hubo una larga era de sencillez colonial, como en las posesiones inglesas de la América del Norte. La tierra se transformó como si la hubiera

(1) Baxter. *Op. cit.* Pág. 6 y 7.
(2) *V. Spanish Architecture of thel XVI Centenary,* by Arthur Byne and Milbraed Stapley.— New-York. 1907.
(3) Baxter. *Op. cit.* T. 1, Pág. 24.

bañado con su luz la propia lámpara de Aladino. Bajo la estupenda energía de la raza conquistadora encendida en apetitos de poderío y riquezas, y animada a la vez por fe religiosa, la Nueva España floreció en el espacio de breves años y se transformó en un reino maravilloso cuya inmensa extensión quedó sembrada de espléndidas ciudades, que ya brotaban del desierto, ya ocupaban el sitio de una cultura anterior.» (1)

La Nueva España, plateresca por excepción, como he dicho, en una de sus más bellas catedrales, fué preferentemente barroca durante una parte del siglo XVI, y a través de todo el siglo XVII. En el XVIII se entregó fanáticamente a lo churrigueresco, hasta que una reacción, violenta y como tal injusta, encabezada por el célebre valenciano don Manuel Tolsa, levantó la afirmación greco-romana, devastando, o por lo menos aislando, y condenando siempre, los primores de piedra labrados según la fantasía de Juan Martínez Montañés, Jerónimo Balbás, Lorenzo Rodríguez y Eduardo Francisco de Tresguerras. (2)

---

(1) *Loc. cit.*

(2) Sobre la arquitectura colonial de Méjico, debe consultarse la obra capital, sobria y elegante de don Manuel Revilla, *El Arte en Méjico en la época antigua y durante el Gobierno Virreinal.*—Méjico 1893. Véase también la de Federico Mariscal: *La Patria y la Arquitectura Nacional.* Sobre la pintura en Méjico, a falta de los *Diálogos* de don Bernardo Couto, consúltese el segundo tomo de *Méjico a través de los siglos, (El Virreinato),* por don Vicente Riva Palacio. En *Méjico y su Evolución Social* hay una gran copia de hermosos grabados. Don Genaro García y don Antonio Estrada han publicado una obra de reproducciones, magníficamente impresa. El Museo Nacional de Méjico ha impreso otras monografías sobre arte colonial. El libro del Marqués de San Francisco, *Arte Colonial* (Madrid 1917) es muy completo y da una idea perfecta de los palacios del siglo XVIII.

Entretanto, con la discreta dulzura de un arroyo, corría el estilo mudéjar, aprovechando a veces los azulejos que desembarcaba en Acapulco la nao de China para satisfacer una demanda muy sostenida de motivos orientales.

El ambiente moral no fué el mismo, ni podía ser el mismo en cada ciudad, ni en cada una de las fases del desarrollo de aquellos centros urbanos. Pero si es lícito formular una nota que pueda generalizarse, diremos que la ciudad española de América fué agitada y poética en el siglo XVI, mandarinesca en el siglo XVII y con una pronunciadísima vocación científica en el XVIII, casi al terminar la época colonial.

«Los progresos de la cultura intelectual son muy notables en Méjico, en la Habana, en Lima, en Santa Fe, en Quito, en Popayán y en Caracas. De todas estas grandes ciudades, la Habana se parece más a las de Europa desde el punto de vista de los usos, del refinamiento en el lujo y del tono social. En la Habana es donde mejor se conoce la situación de los asuntos políticos de Europa y su influencia sobre el comercio... El estudio de las matemáticas, de la química, de la mineralogía y de la botánica está más generalizado en Méjico, en Santa Fe y en Lima. En todas partes se observa un gran movimiento intelectual, y aparece una juventud dotada de rara facilidad para comprender los principios científicos. Se pretende que esta facilidad es más notable aún entre los habitantes de Quito y de Lima que en Méjico y en Santa Fe. Los primeros parecen gozar de mayor movilidad de espíritu y de una imaginación más viva: los mejicanos y los bogotanos tienen la

reputación de ser más perseverantes en los estudios a que se dedican.

«Ninguna ciudad del Nuevo continente, sin exceptuar las de los Estados Unidos, tiene establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la capital de Méjico. Me limito a mencionar la Escuela de Minas, dirigida por el sabio Elhuyar,—y a la que me referiré cuando trate de la explotación minera,—el Jardín Botánico, y la Academia de Pintura y Escultura, llamada de *las Nobles Artes*. Debe ésta su existencia al patriotismo de muchos particulares mejicanos y a la protección del ministro Gálvez. El gobierno le ha destinado un espacioso edificio en el que hay una colección de modelos en yeso, más bella y completa que cualquiera de las de Alemania. Sorprende que el Apolo del Belvedere, el grupo del Laocoonte y otras estatuas más colosales aún, hayan pasado por desfiladeros tan estrechos cuando menos como los del San Gotardo y el ánimo se pasma al ver estas obras maestras de la antigüedad bajo el cielo de la zona tórrida, en una llanura cuya elevación supera a la del gran San Bernardo... En el edificio de la *Academia de las Nobles Artes de Méjico*, o más bien, en uno de sus patios, se pretende reunir los restos de la escultura mejicana, estatuas colosales de basalto y de pórfido cubiertas de geroglíficos aztecas, y que ofrecen ciertas relaciones con el estilo egipcio e indio. Sería curioso colocar estos monumentos de la primitiva cultura de nuestra especie, obras de un pueblo semibárbaro de los Andes Mejicanos, al lado de las bellas formas que vió nacer el cielo de Grecia e Italia.» (1)

(1) Humboldt. *Nouvelle Espagne.* T. I. Págs. 423-424.

XXVIII

LAS LLAMAS DE LA INQUISICION Y OTRAS LLAMAS

No voy a defender «el oscurantismo», ni el ideal de «los siglos de fe». Defender hoy la Inquisición es de un anacronismo perfecto, no menos perfecto que el anacronismo del ataque, actualidad viviente sólo para espíritus estultificados que tienen como «luces del siglo» las candilejas de Ferney.

La Inquisición fué un instrumento religioso de la unidad española, y después de alcanzada la unidad, sirvió para la guerra contra una fuerza rival. Se dice que el catolicismo es una religión política, y el protestantismo una religión moral. Pero el protestantismo fué político también, pues levantó su intolerancia contra el catolicismo, como lo hemos visto aquí por lo que respecta a las colonias inglesas.

El hecho de que se toleraran las sectas protestantes en algunas de esas colonias, no implica tolerancia, sino necesidad. Por lo demás, la vida moral de los pueblos anglosajones es generalmente más estrecha, más acre, más insidiosa, y desarrolla formas de tiranía social y doméstica desconocidas para las razas meridionales cuya sensualidad paga-

na ha humanizado todos los aspectos de la vida religiosa.

La Inquisición fué una artillería que defendió la fortaleza; no un fusil para tiranizar a los que estaban dentro. Fué dura con el judaísmo que tendia a renacer constantemente, y sobre todo, a invadir. Siguió una política de extirpación sistemática y eficaz. Pero se engañan los que ven a la Inquisición española ensañándose en los *delitos de opinión*.

Al tocar los últimos tiempos, cuando el Estado tuvo que luchar principalmente contra los doctrinarios de la filosofía política del siglo XVIII, y no contra la propaganda religiosa protestante, ni contra las supervivencias del judaismo, la Inquisición se suavizó, atenuó sus procedimientos, disimuló, sonrió, dejó de creer en sí misma, y acabó por desaparecer silenciosamente. De largo tiempo atrás no se ocupaba sino en la policía interior de la Iglesia, persiguiendo a los clérigos simuladores, a los alumbrados, a las beatas revelanderas, a los bígamos y a los negros brujos.

Cuenta un viajero inglés lo que era la Inquisición en Lima pocos años antes de la Independencia. Disputaba ese viajero en un café con cierto P. Bustamante de la Orden de Santo Domingo, acerca de una imagen o escultura de Nuestra Señora del Rosario, y atemorizado tal vez el religioso por lo que oía, interrumpió la conversación con palabras enigmáticas y amenazadoras. Esa misma noche, estando el inglés en un billar, el Conde de Montes de Oro, Alguacil Mayor de la Inquisición, llamó secretamente al forastero, y le dijo bajo reserva que estaba denunciado al Tribunal de la Fe, y que al día

siguiente sería citado para comparecer ante sus jueces.

—¿Conoce usted al Reverendo Padre Bustamante?—se preguntó al viajero cuando el Tribunal abrió la audiencia.

—Conozco al fraile Bustamente, que no ha de ser el Reverendo Padre de quien se me habla, porque siempre lo he visto en los cafés.

—¿Ha tenido usted alguna disputa con él sobre materias tocantes a la religión?

—Las he tenido sobre puntos concernientes a la superstición.

—No se debe tratar de esto en un café.

—Ya había yo hecho esta observación al P. Bustamante.

La conversación siguió en este tono—dice el viajero—, y como no se adelantase en ella, el compareciente recibió orden de retirarse, pero antes se le dijo que sería esperado a las ocho de la mañana siguiente en la casa del fiscal. Acudió el inglés, fué invitado a desayunarse con el inquisidor, y allí acabó todo.

—He querido hablar a solas con usted—fueron las plabras del fiscal—, para decirle confidencialmente lo que no podía expresar en el estrado. Modérese usted, y sea prudente. (1)

Pero veamos lo que era la gran Inquición en los tiempos de la sombría dominación teocrática que según Hume, coronel de las fuerzas británicas e historiador del pueblo español, «ha dejado su huella en el carácter de este pueblo».

Los perseguidos pueden dividirse en cuatro clases:

(1) Stevenson. *Op. cit.* T. I. Págs. 268-274.

1.ª Judaizantes;
2.ª Ingleses luteranos;
3.ª Supersticiosos;
4.ª Impostores, bígamos, etc.

Según los datos de García Icazbalceta, en 277 años, la Nueva España presenció 39 ejecuciones capitales como resultado de los Autos de Fe (1). En los Estados Unidos, según estadística que abarca 30 años de fines del siglo XIX, se hace un linchamiento cada 59 horas y cuarto.

García Icazbalceta reconoce honradamente que pudo haber habido mayor número de víctimas (2). Supongamos otro tanto, que es un exceso: 82 ejecuciones en 277 años tienen que quitar una buena parte de su inmerecida fama a las *hogueras inquisitoriales*. Ardieron poco vivas para lo que se habla de ellas, pues muchas gentes creen que perecieron en sus llamas millares de personas, y que un día con otro morían chamuscados ocho o diez individuos durante los ominosos tres siglos.

No le quitemos a la Inquisición una sola de sus sombras trágicas. No atenuemos el horror de sus cárceles secretas. Pero convengamos en que a pesar de ella bien se podían tocar las altas cumbres del pensamiento, y que no inspiraba gran recelo la actividad de un tribunal que tenía ciertos aspectos bufos.

(1) Más dos de indios, uno colgado y otro quemado por haber hecho sacrificios humanos. Los indios quedaron fuera de la jurisdicción del Tribunal de la Fe. Se les penitenciaba ante un provisor especial por hechiceros, ilusos, curanderos, bígamos, etcétera.

(2) Joaquín García Icazbalceta.—*Autos de Fe celebrados en Méjico. En Opúculos varios.* T. I. Pág. 130.

Examinemos el auto general del 11 de abril de 1649, el más grandioso de los que hubo en la Nueva España. El tablado se erigió frente al Colegio de los Dominicos de Porta-Cœli, comunicando con él por una ventana convertida en puerta. Costó ese tablado siete mil pesos, y dos mil ochocientos ochenta el toldo que lo cubría. Hubo ciento nueve reos—setenta y cuatro hombres y treinta y cinco mujeres; a saber: uno sospechoso en las sectas de Lutero y Calvino; nueve, sospechosos de la guarda de la ley de Moisés; diez y siete, observantes de la misma ley; dos, reconciliados en estatua por lo mismo; dos mujeres, reconciliadas después por judaizantes; ocho, relajados en persona por fictos y simulados confidentes y penitentes (seis mujeres entre ellos); diez, relajados en estatua y huesos, por judaizantes, muertos en las cárceles de la Inquisición; ocho, judaizantes fugitivos relajados en estatua; cuarenta y siete, judaizantes muertos fuera de las cárceles, también relajados en estatua.

Pasemos a otro Auto General, el del 19 de noviembre de 1659, presidido por el Virrey, duque de Alburquerque. Este fué el último de los grandes autos. En la procesión acompañaron al virrey quinientas treinta personas de a caballo. El tablado fué más rico aún que el anterior, aunque no tan extenso. Hubo veintinueve reos: veintitrés hombres y seis mujeres. Se relajó en persona a siete de ellos, por judíos, y a cinco, por herejes. En ese auto fué relajado el célebre irlandés D. Guillén de Lampart, aventurero, charlatán, conspirador y loco (1). Don Guillén se libró de ser quemado vivo, estrangulán-

(1) V. el libro de D. Luis González de Obregón. *D. Guillén de Lampart.*

dose con la argolla de hierro en que estaba sujeto al poste del brasero.

Antes de revisar los auutos comunes y corrientes, haré una recapitulación de los autos más notables:

1574	5	relajados	en	persona.
1596	8	»	»	»
1601	3	»	»	»
1649	13	»	»	»
1659	7	»	»	»
1678	1	»	»	»
1699	1	»	»	»
1715 (dudoso)	1	»	»	»
TOTAL:	39	»	»	»

Vemos que en el transcurso de veinticinco años, hay tres autos con dieciséis relajados; en cuarenta y ocho años, no hay un solo auto; en diez años hay dos autos con veinte relajados; en cuarenta y nueve años, hay dos autos con dos relajados; en diez y seis años, un auto con un relajado; en los ciento cinco años finales no brillan las llamas de la Inquisición. Debe decirse que las llamas no estaban siempre alimentadas. Así, de los trece relajados en el auto de 1649, sólo hubo uno quemado, el judío Tomás Treviño de Sobremonte, pues a los otros se les dió garrote antes de quemarlos.

Veamos los autos vulgares sin brasero. En 1662 hay auto particular de «dos españoles, y cinco negros, chino y mulata, y la negra por pitona.» (1) En 1664, auto con siete reos de hechicería y bigamia. En 1670, auto con cuatro renegados y tres hechiceras. En 1676, con cuatro bígamos, tres de

(1) *Diario de Guijo;* citado por Garcia Icazbalceta.

ellos casados en España; una negra blasfema, un mulatillo de veinte años hechicero, y un hombre de noventa años, sospechoso de sacramentario. En 1577, auto de Fray Fernando de Olmos, agustino, superior seis años, por revelandero, por deber diez mil misas y por haberse ordenado con engaño. En el mismo año, auto de un ermitaño de Puebla por embustero. En 1679, auto de Fray Gabriel de Cuéllar, por haber dicho cinco misas siendo de epístola. En 1681, auto de un mestizo del Callao, por haberse casado dos veces. En 1696, auto de diez y seis hombres por casados dos veces; de una mujer por lo mismo; de un hereje con sambenito; de una beata por alumbrada, de otra por embustera y de cuatro mujeres y dos hombres por hechiceros.

En Lima hubo treinta relajados, y de ellos quince fueron quemados vivos, durante todo el tiempo de la vitanda institución. Como en Méjico, lo más duro de la persecución se ensañó contra los judíos portugueses, y como en Méjico, el Tribunal fué ablandando sus rigores desde la segunda mitad del siglo XVII. En su mayoría los perseguidos eran bígamos, clérigos inmorales, beatas noveleras y gente baja dada a la superstición. Tomo al azar algunos casos de penitenciados entre 1660 y 1666, en los días más lúgubres: Simón Mandinga, negro, por adivino, recibió cien azotes; Fray Juan Sánchez de Avila, por decir misa y solicitar mujeres en el confesonario; Pedro Ganui, canónigo de Quito, por haber ocultado la persona y bienes de un reo del Santo Oficio, pagó tres mil pesos; Fray Miguel Melo, de Buenos Aires, lego de la Merced, por decir misa; Fray Diego Bazán, donado de San Juan de Dios, por haberse disfrazado de mujer, haber hui-

do de su convento y haberse casado en el Cuzco; Fray Cristóbal de Latorre, por solicitante en el confesonario; Fray José de Quezada, diácono, por decir misa; Juan de Torralba, por conjurar la coca; Ursula de Ulloa, de quince años, por encerrarse a mascar la hierba; Ana de Ayala, Petronila de Guevara, Josefa de Liévana, Juana de Estrada, Magdalena Camacho, Juana de Cabrales y Catalina Pizarro, por hechiceras; Sebastián de Chagaray, mulato libre, por casado dos veces; Fray Jacinto de Herrera, natural de Granada, sacerdote, por pedir que se lo llevasen los diablos, por votar a Cristo, y por votar en el juego a la limpieza de la Virgen, concebida entre demonios. (1)

Pasemos de la ignorante y tiranizada Lima de 1666, en donde son penitenciadas las siete hechiceras, a la libérrima Boston, en donde 22 años después, o sea en 1688, una anciana irlandesa fué acusada de haber embrujado a una familia. La irlandesa fué ahorcada, y el principal motor del proceso, el Reverendo Cotton Mather, ministro de la Iglesia de Boston, publicó un libro en Inglaterra para demostrar que efectivamente la irlandesa había ejecutado actos que demostraban su pacto con el demonio. Cuatro años después, en 1692, tres hijas del Reverendo Parris, de Salem, fueron declaradas en estado de posesión demoníaca, por dictamen de la facultad médica. La hechicera a quien se acusó fué una india, y el Reverendo Parris la azotó para que confesara el maleficio. Acudió Cotton Mather, se hizo un ayuno general, y empezó una pesquisa

(1) J. T. Medina. *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima.* (1569-1820).—Santiago, 1887. T. II. Páginas 179-180.

contra los indiciados en el hecho, que eran cerca de un centenar. Llegó el gobernador, se organizó un tribunal privativo, se dictaron algunas sentencias y no tardaron las ejecuciones. Veinte personas perecieron en el patíbulo y cincuenta y cinco estuvieron a punto de morir, pues habían sido declarados culpables. Lo peculiar del caso era que la persecución, en la que se empleaban tormentos como el de prensar a los acusados, no se dirigía contra la superstición, sino contra los que la negaban. Cotton Mather y Parris querían demostrar la realidad de la posesión diabólica, y para conseguirlo acudían al tormento, a la delación y a los testimonios de personas que no podían declarar válidamente. Hubo madre que fué sentenciada por palabras inconscientes de su hija de siete años, y un anciano estuvo próximo a la muerte por falsedades de su nieta, que se retractó. Si un brujo se declaraba brujo, eso le ponía en camino de salvación; lo grave era la negación de los hechos diabólicos. Un ministro del altar, llamado Burroughs, acusado de brujo, declaró que no había brujerías, y ese fué el fundamento de su condenación. (1)

Mather no era un hombre insignificante. Publicó de trescientos ochenta a cuatrocientos libros; sabía lenguas antiguas y modernas; figuraba como miembro de la Universidad de Nueva Cambridge; doce años después de haber matado tantos brujos, la Universidad de Glasgow le expidió el título de doctor en Teología, y por último, en 1714, fué admitido en la Sociedad Real de Londres.

Un historiador de la Inquisición, D. Toribio Me-

(1) George Bancroft.—*History of the United States.*—T. III. Páginas 87-94.

dina, decía en 1887 que a las penosas impresiones recogidas en el estudio del pasado tenebroso, (de la América del Sur), «suceden las tranquilas fruiciones que deja en el ánimo la ley del progreso, manifestándonos que la humanidad de que formamos parte, y aun los pueblos que pertenecieron a la raza que abrigó en su seno a la Inquisición, marchan sin detenerse...»

Uno de los pueblos que menos se detiene y que no tuvo inquisición, oía estas palabras que le dirigió el *Congreso de las Razas* el 22 de junio de 1918: «Frecuentemente un negro, acusado de un crimen cualquiera, verdadero o imaginario, es quemado vivo en medio de una multitud delirante, cuyos miembros se reparten como recuerdo, los fragmentos de aquella carne, humeante todavía. En los primeros días de 1918, fueron linchados cuatro hombres en Georgia. La esposa de uno de ellos, llamado Mary Turner, que estaba en cinta, tuvo la osadía de decir que acusaría al ejecutor de su marido, y lograría que lo aprehendieran. La llevaron a un árbol, la colgaron por los pies, la abrieron en canal, le extrajeron la criatura que llevaba en el vientre, y ésta fué triturada bajo las botas de los linchadores.»

Tales actos son cometidos por el pueblo más libre del mundo, y no ilícitamente, sino en el ejercicio de sus derechos. Pero el pueblo más libre del mundo, a quien no se le pone una sola restricción para matar negros, y aun para linchar mujeres blancas, a razón de una por año, sufre en cambio las coacciones más violentas en materia de opinión. Entre los muchos socialistas que fueron condenados a penas de diez, veinte y hasta noventa años de prisión por opiniones emitidas con ocasión de la

guerra general de 1914 a 1918, figura una señora que lo fué a diez años sólo por haber dicho que la sociedad debería mantenerse alerta para que la guerra no fuese un negocio. Mr. Eugene V. Debs, candidato de los socialistas a la Presidencia de la República de los Estados Unidos, protestó contra esa inicua sentencia, y él a su vez fué condenado a la misma pena de diez años, en castigo de su protesta. Por un decreto se prohibió mencionar a Wall Street, (el sanedrín de los bolsistas neoyorquinos), en escritos que tratasen de la guerra. Toda revista o periódico en lengua distinta de la oficial, debía enviar previamente traducción de su texto, autorizada por notario, para que lo examinara la censura. Eso pasaba en tiempo de guerra, pero en tiempo de paz se había suprimido un folleto del periódico socialista neoyorquino, *The Call*, sólo porque popularizaba ciertos datos del censo oficial en los que aparece la miseria de las clases trabajadoras.

¿Negaremos «las tranquilas fruiciones que deja en el ánimo la ley del progreso?»

XXIX

LOS PIES DE ARCILLA

Se ha censurado la conducta de España por el carácter de sus relaciones mercantiles con las provincias de Ultramar, como si la exclusión del extranjero hubiera sido una invención y una práctica netamente española. Ninguno de los modernos pueblos colonizadores, dejó de considerar sus establecimientos ultramarinos como provincias situadas dentro de las propias fronteras, pues sin esto no hubiera habido solidaridad posible. Y aun para dar mayor fuerza a la unión, se establecía un sistema de restricciones en la producción, que hacía de los establecimientos lejanos prolongaciones económicamente complementarias de la metrópoli. «Las colonias inglesas de la América del Norte eran designadas habitualmente con el nombre de *plantaciones*, y consideradas como una extensión de Inglaterra; no se debía por lo mismo tratar a esas colonias como entidades separadas, sino como partes de un conjunto, a las que se aplicaban los principios familiares de la política económica... Las restricciones que se les imponían, derivaban de una máquina fundamental, que no es de ningún modo irracional, y por lo tanto se les prohibía que entra-

ran en competencia hostil con la madre patria. (1)

España siguió en este punto una política menos estricta. «Aunque la tendencia a una organización exclusiva y restrictiva se mantuvo persistentemente en España, fué poco sistemática su intervención en la industria americana, y diferente su política de la que practicaban casi todos los pueblos europeos durante la era de las ideas mercantilistas. Se opuso resistencia invariable al extranjero, por razones de carácter económico. Los principales motivos de la corona eran reservar los espléndidos beneficios del tráfico para el rey o para sus súbditos, y sobre todo impedir la extracción de metales preciosos a los países extranjeros. Pero aun cuando la metrópoli mantuvo su privilegio de proveedora única de los artículos europeos, no insistió en que las colonias comprasen sus productos de preferencia a los que ellas fabricaban. Hubo ciertas prohibiciones, pero vemos también a los soberanos fomentando y protegiendo las actividades industriales y agrícolas.» (2)

El sistema tuvo un vicio, más pernicioso para la España peninsular que para la España Ultramarina. Ese vicio consistió en un monopolio que no era español y antiamericano, sino preferentemente antiespañol. Cuando no había Nueva España ni Perú, la reina Isabel se propuso beneficiar preferentemente a los castellanos en el tráfico de las islas situadas «hacia la parte de las Indias.» Este privilegio, justificado como medida circunstancial, a la

(1) W. Cunningham. *Western Civilisation in its Economic Aspects. Mediaeval and Modern Times.* Págs. 219-220.

(2) Clarence Henry Haring. *Trade and Navegation between Spain and the Indies in the Times of the Hapsburgs.* Cambridge. Harvard University. Press. 1918. Pág. 123.

larga tenía que ser incompatible con los intereses de la unidad española. Después, tanto la Reina Isabel como su esposo Fernando quisieron dar a la corona una intervención tutelar en la colonización y una participación directa en los beneficios del tráfico. El segundo propósito no se realizó, por la extensión imprevista del comercio ultramarino. Estando éste todavía en su infancia, se creó un organismo el 20 de enero de 1503, la Casa de Contratación de Sevilla, que por su composición y funcionamiento correspondía admirablemente a los designios de la corona, y podia dar una perfecta canalización a las actividades. Así fué en efecto, pero una medida que debió haber sido circunstancial, quedó secularmente cimentada. La casa de Contratación, organismo fuerte y capaz de la actividad más útil y completa, fué supeditada a la política de una realeza parasitaria que estrechando más y más el privilegio, hasta poner todo el comercio de las provincias de Ultramar en manos de la oligarquía de una sola ciudad española, excluyó de sus beneficios a la gran mayoría del pueblo, en daño de la producción y del tráfico naval. La Casa de Contratación de Sevilla se perpetuó, pues, como símbolo de un monopolio gremial, de carácter no solamente localista sino antinacional. Y de allí nació la creencia en España de que el descubrimiento de América había sido causa de ruina para la Nación.

Los Reyes Católicos dejaron una España próspera, populosa y emprendedora; una España, sobre todo, con marcada vocación marítima. La curva siguió ascendiendo durante el reinado de Carlos I, hasta que de pronto, en forma catastrófica, las industrias se paralizaron, los grandes centros ur-

banos quedaron desiertos, y el país entero, empobrecido, dejó de buscar la sana expansión colonizadora para entregarse a la emigración despobladora. Tal vez hubo un concurso de causas en este desquiciamiento, pues vemos al lado de ciertos actos insensatos de la corona, y de los atentados cometidos por las cortes contra la industria, otros hechos, como las epidemias de origen levantino, a las que no se ha concedido la atención que merecen. Con todo, parece que la inundación de plata americana, aumentada por la de Guadalcanal, produjo automáticamente la expulsión del oro, y tal elevación en los precios, que los artículos de manufactura española se acumulaban en el mercado, y los productos extranjeros entraron haciendo irrupción y abriendo a la vez una vía de escape para la plata.

Era evidente que el remedio estaba en dar actividad a la exportación ultramarina; ¿pero podía hacerse esto por un solo puerto habilitado para aquel comercio? (1) Y además, como el tráfico marítimo se veía amenazado de muerte por los corsarios

(1) El licenciado Zuazo decía desde el 22 de enero de 1528, «que se favorezca a mercaderes, dando libertad que vengan a las Indias de todos los puertos, que son grandes los inconvenientes de reducir la negociación al solo agujero de Sevilla».

Y en otro memorial se lee:

«El fundamento para poblar es que vayan (a las Antillas) muchos trabajadores, trigo, viñas, algodonales, etc., que darán con el tiempo más provecho que el oro... que de todos los puertos de Castilla puedan llevar mercaderías y mantenimientos sin ir a Sevilla.»—V. Colección Muñoz. T. LXXV. V. también *Examen crítico histórico del influjo que tuvo en el comercio, industria y población de España su dominación en América. Obra premiada por la Real Academia de la Historia en el concurso de 1853.*—José Arias Miranda. Madrid 1854.—El autor pretende que toda la legislación favorecía a América y perjudicaba a España. Es un estudio muy unilateral, pero que contiene consideraciones del mayor interés, aun descontando el espíritu de sistema con que se escribió.

enemigos en tiempo de guerra, y en tiempo de paz por esos mismos corsarios, convertidos en salteadores piráticos, sólo cabía un recurso para salvarlo y era que España entera se pusiese en acción para que su marina mercante, tan ágil y audaz en tiempo de los Pinzones y de Juan de la Cosa, hiciese limpia de naves enemigas o perturbadoras. No se conocían entonces las flotas de guerra. Cada país valía en la lucha naval lo que valía su marina mercante, convertida en armada cuando era necesario. España tenía grandes y poderosos elementos para su desarrollo marítimo: tenía la vocación, la experiencia de sus países costeros, excelente madera alimentadora de sus arsenales en la zona cantábrica, y madera no menos buena en la Gran Antilla, en la península del Yucatán, y en las costas del Océano pacífico, desde Chile hasta la Nueva España; (1) tenía el hierro de Vizcaya, excelentes fibras vegetales en Europa y América y materiales para calafatear. Lo único que faltó fué la policía de los mares en manos de los marinos y armadores de España. Pero la corona se opuso a esto, o más bien los acreedores del rey que explotaban el privilegio de Sevilla. Se tomó un empeño inverosímil en restringir el tráfico arrancándoselo a la nación para depo-

(1) La primera construcción naval de América se hizo por Colón en 1496. Armó una carabela llamada *Santa Cruz*. Después su hermano hizo otras dos. Por razón natural, la construcción naval tenía que ser más activa en el Pacífico. Veinte años después del descubrimiento de la Mar del Sur, había treinta navíos construídos en los arsenales americanos del poniente. Hacia fines del siglo XVI se dió impulso a la construcción naval en la Habana, Campeche, Santo Domingo, Puerto Rico y Jamaica. Pero esta actividad no resolvió el problema, por la razón que se da en el texto.

sitarlo en una oligarquía de comerciantes, a cambio de los anticipos que ésta hacía a un erario arruinado que vivía de expedientes, poseyendo el imperio de las Indias. (1) El comercio ultramarino tenía que pasar por un embudo, y para cuidar ese comercio de puerto único, se organizó el sistema de flotas. Estas quedaron oficialmente establecidas en 1543, pero ya habían comenzado a enviarse desde 1537. (2) Las embarcaciones debían ser de 100 toneladas para arriba, y su número de diez por lo menos, suficientemente protegidas por navíos armados, cuyo número aumentaba según las circunstancias, pero en todas había capitana y almiranta. Una flota salía en marzo y otra en septiembrs. Los galeones seguían en conserva hasta el mar Caribe, donde cada nave tomaba su respectivo puerto, y el núcleo se dirigía al Nombre de Dios, en el istmo, para entregar las mercancías destinanas al Pacífico y recoger la plata del Perú. Para el regreso, la Habana era el sitio de convergencia de los envíos del Perú y Méjico. Tal fué el sistema que con interrupciones frecuentes, aun de quince años en alguna ocasión, y con varias modificaciones que no es posible puntualizar aquí, duró hasta el último tercio del siglo XVIII. El puerto único de España fué Sevilla hasta principios del mismo siglo XVIII, y des-

(1) Debe decirse en justicia que un prejuicio de consumidores, muy extendido en España, abogada por las restricciones impuestas al tráfico ultramarino. «Las Cortes de Valladolid pedían que no se permitiese la saca de artículos fabricados en los reinos de España para los de Indias, por ser gravemente perjudicial ese tráfico, lo mismo o más que a otras provincias.» Arias Miranda. *Op. cit.* Pág. 73.

(2) V. la Ordenanza del 13 de febrero de 1552, para la *Contratación*, y la cédula del 16 de julio de 1561.

pués Cádiz, hasta la habilitación de once puertos españoles;—a saber: Málaga, Alicante, Cartagena, Barcelona, Santander, Coruña, Gijón, Palma y Santa Cruz de Tenerife, Tortosa y Almería, además de Cádiz y Sevilla. La *Libertad de Comercio* se otorgó definitivamente el 12 de octubre de 1778, pero esa habilitación de puertos comenzó desde 1765. Antes, y en el mismo siglo XVIII se había concedido una serie de privilegios especiales a sociedades mercantiles de España para que traficasen con zonas determinadas de América, como la célebre «Compañía Guipuzcoana» que operó en Venezuela. Las compañías de comercio fueron: la de Honduras, fundada en 1714; la de Caracas, en 1728; la de la Habana, en 1740, y la de Santo Domingo, en 1757. También debe mencionarse la *Compañía de Filipinas*, de breve duración.

Viendo sólo el aspecto mercantil del sistema, un economista español dice que «ha de parecer insensato aquel estanco del comercio entre dos mundos, puesto en manos de los *Jueces de Sevilla*», y le extraña «que tal monstruosidad se mantuviera con tanta perseverancia muy cerca de tres siglos. ¡Cómo era posible que la *Casa de Contratación* abasteciese de todo y a todos los mercados de los países americanos! ¡Cómo había de absorber España la importación de las riquezas y productos ultramarinos!» (1). Dirijamos una ojeada a la situación de impotencia naval en que colocó a España la política de la corona. Los franceses, los ingleses y los holandeses atacaban el comercio español de las In-

(1) J. Piernas Hurtado. *La Casa de Contratación de las Indias*. Madrid 1907.—Pág. 29.

dias, y hacían esto tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. Ahora bien, era evidente por los ofrecimientos que se hacían constantemente al rey, que a cambio de la libertad de comercio, tal como fué establecida en 1788, los armadores vascos, santanderinos y gallegos, habrían podido equipar una flota mercante capaz de hacer frente a los enemigos del comercio español, y que unidos a los armadores andaluces y catalanes, máxime contando con los arsenales americanos, habrían desterrado totalmente de las Indias a los bucaneros. (1)

¿Pero cuál fué el resultado de un tráfico restringido a las flotas?

Franceses, holandeses e ingleses fueron apoderándose de las Antillas. No lograron, es verdad, poner el pie en el continente, y fracasó el plan que tenía Inglaterra de apropiarse el comercio de España con sus colonias; pero tanto España como los países americanos pagaron un pesado tributo a los *espumadores* del mar. Ya hemos visto un episodio de los corsarios franceses en la costa del Brasil, y los hemos visto apoderándose de una de las prime-

(1) Esto se vió palmariamente a mediados del siglo XVIII. «En solo aquél periodo, (1742-1754) despacharon los gobernadores de la Habana y de Santiago más de cincuenta patentes de corso. Igual número de buques, entre paquebotes, bergantines y balandros, montados por los marinos y por los animosos jóvenes del país, apresaron más de treinta fragatas y bergantines, y hasta ochenta y tres embarcaciones, casi siempre al abordaje y sin que les tomaran los enemigos más que trece. Tan prósperos como gloriosos fueron aquellos años para Cuba, y entraron en sus puertos más de 600 negros apresados a los extranjeros, más de mil ingleses prisioneros, y un valor de más de dos millones de pesos que importaron todos los cargamentos apresados». (Jacobo de la Pezuela. *Historia de Cuba*. En *Industria Naval*, por Ricardo Cappa. T. III. Págs. 103-104).

ras naves enviadas de Méjico. Pero aquello no era nada. En 1536 entró un corsario al puerto de Chagres, apresó un navío que llevaba caballos de Santo Domingo, echó éstos al mar y huyó con la embarcación. Pocos días después, se apoderaba de otras tres abandonadas, y se las llevaba por el canal de la Florida. En 1540, fué saqueado San Germán de Puerto Rico; en 1541, La Burburata sufrió la misma suerte; en 1544, Cartagena de Indias cayó en manos de los franceses; en Santa María de los Remedios robaron éstos hasta las tumbas de las iglesias; la Habana, Santiago de Cuba y Santa María de los Remedios, los rechazaron en ese mismo año; en 1544 Santiago de Cuba sostuvo un sitio de treinta días; en 1555, los filibusteros ocuparon la ciudad, y obligados a reembarcarse, su jefe ordenó el incendio de la catedral y el hospital, y el saqueo de las casas; las plantaciones de la Habana como las del Cabo de la Vela, fueron arrasadas, cortados los árboles frutales y muertos los animales de labranza; tres meses después, otros filibusteros talaron lo que había quedado en pie, y quemaron las casas que los vecinos empezaban a reconstruir (1).

Aquellas colonias nacientes, de pocos vecinos, aisladas unas de otras, debían haber sido protegidas por una marina vigilante, y no lo fueron. El gobierno de Indias ensayó muchos medios, como *flotas de barlovento*, pataches costeros, los célebres galeones de Pedro Menéndez de Avilés, embarcaciones menores que cruzaran entre los arrecifes de las islas, pero todos esos medios eran abandonados por insuficientes, o no sostenidos por falta de re-

(1) *Colección de documentos relativos a las posesiones de Ultramar.* Segunda serie. T. VI. Págs. 22, 23, 360.

cursos en las cajas reales. El único medio que debió haberse empleado, no se empleó. ¿Quién había fundado aquellas colonias? España. ¿Quién podrá sostenerlas? Sólo España. La corona no supo ver que el colonizador y el marino eran complementarios; no supo ver que abandonadas totalmente las pequeñas Antillas, y medio abandonadas las Antillas mayores, unas y otras serían apostadero y colonias de los extraños si no se facilitaba su acceso a los españoles que hubieran acudido al corte de madera, a la construcción naval, a la explotación de ganados monteses para corambres, a la plantación de frutos tropicales y a la caza de bucaneros.

Después de los corsarios franceses, los piratas ingleses de la reina Isabel abrieron una era de empresas más ambiciosas. John Hawkins atacaba en 1565 el Río de la Hacha en Tierra Firme, y en 1797 era derrotado frente a Ulúa por la flota española; en 1577, Francis Drake pasaba el estrecho de Magallanes y asolaba toda la costa del Pacífico; Thomas Cavendish capturaba en 1587 el galeón de Manila, *Santa Ana*, en California. Clifford, Grenville y otros tenían aterrorizada la Tierra Firme. En los últimos ocho años del siglo XVI, y en los dos primeros del XVII, Essex y Howard incendiaban las naves de la bahía de Cádiz, Drake y Hawkins emprendían nuevas operaciones contra las Antillas, y Cumberland saqueaba la isla de Puerto Rico.

La destrucción de la *Armada Invencible* abrió una época para España y otra para Inglaterra. España empezó a declinar, e Inglaterra a prosperar. El dominio del mar fué la preocupación constante de los estadistas ingleses. Sólo por el dominio del

mar, Inglaterra se sobrepuso a España. Destruyó la marina española a fines del siglo XVI en el Norte, la destruyó de nuevo a principios del siglo XVII, en Sicilia, y le dió el golpe definitivo en Trafalgar a principios del siglo XIX. Cuando comenzó esa lucha de dos siglos, España era un gigante e Inglaterra un pigmeo; España poseía los países más ricos del Nuevo y del Viejo Mundo,—Méjico, el Perú, Nápoles, Milán, Flandes y los Países Bajos; disponía de la mejor infantería y de los generales más famosos de Europa. El sistema español tenía un solo punto débil, y ese fué precisamente el que correspondía al único punto en que radicaba la fuerza de Inglaterra. España se empeñó en destruir su propio poderío naval, mientras Inglaterra, como queda dicho, concentró su energía en el desarrollo de las aptitudes marítimas. (1) «La reina Isabel tenía sólo

(1) El principio en que se fundó la grandeza de Inglaterra había sido formulado por el adelantado de Castilla, D. Martin de Padilla, antes del descubrimiento de América. «No es señor de la tierra el que no lo es de la mar.» Pero Inglaterra lo reconoció, lo aplicó y lo practicó, mientras España lo desconoció y lo olvidó. En vano pretendía el genial Saavedra Fajardo que se comprendiese la teoría del poder naval, formulada por él con sorprendente lucidez. ¿Leyéndole no se cree estar leyendo una obra del almirante Mahan? Véase la exposición de Saavedra Fajardo: «Si le faltasen a España los dos polos del mar Mediterráneo y Océano, luego caería su grandeza... Por esto el emperador Carlos V y el duque de Alba don Fernando, aconsejaron al rey Don Felipe el Segundo, que tuviese grandes fuerzas por mar. España que retirándose de los Pirineos, se arroja al mar y se interpone entre el Océano y el Mediterráneo, funde su poder en las armas navales, si quisiere aspirar al dominio universal y conservalle. La disposición es grande y mucha la comodidad de los puertos para mantenellas y para impedir la navegación a las demás naciones que se enriquecen cón ella y crían fuerzas para hacelle la guerra. Principalmente si con las armas se asegurase el

treinta y seis navíos de guerra al abrirse la lucha decisiva con España, y casi toda su flota consistía en embarcaciones mercantes reunidas en Londres, Bristol y otros puertos. Los particulares se encargaban personalmente del mando de sus buques para cooperar a la derrota de los españoles. Durante las hostilidades, quedó patentizada la inferioridad de la flota mercante, y que era necesario un tipo de buque de guerra para la batalla. En el transcurso de los cien años que siguieron, los ingleses concentraron su esfuerzo en la creación de una flota unificada de combate, esto es, una flota construída especialmente para la guerra y sometida a una sola autoridad. La fuerza creciente de Inglarerra en el mar daba energía a sus embajadores, y los ingleses comenzaron a llevar alta la cabeza.» (1)

Los holandeses tuvieron su época de esplendor pirático, que correspondió precisamente al principio de la decadencia de España. En 1598, en 1615 y en 1623, buscaron como teatro las costas peruanas. Jacobo el Eremita bloqueó el Callao durante cinco meses, y el jefe que le sucedió a su muerte, entró a saco en Guayaquil. Las principales proezas de los holandeses, fueron la ocupación de Pernambuco en 1625, que tuvieron en su poder durante un cuarto de siglo, y la primera captura que se hizo de una flota de Indias, en 1628.

Durante la primera mitad del siglo XVI se precipita la desintegración del Imperio de España. En

---

comercio y mercancía, la cual trae consigo el marinaje, hace armerías y almagacenes los puertos: los enriquece de todas las cosas necesarias para las Armadas, da substancia al reino con qué mantenellas, y le puebla y multiplica.» *(Empresa* LXVIII.)

(1) Archibald Hurd. *Sea Power.* London 1906. Págs. 54-55.

1640 decía Luis XIII que toda la marina española consistía en un buque alquilado a los ingleses y otro prestado por el duque de Florencia. (1) En 1655, Inglaterra se apoderaba de Jamaica. (2) Cromwell quería tener una base para capturar las flotas de Indias. Se perdieron en efecto la de 1656 y la de 1657, aunque no en las Antillas, sino en las costas de Andalucía y en las islas Canarias (3). Entretanto, Santa Marta y Río de la Hacha eran saqueadas. Tres años después, volvía Santa Marta a sufrir a misma suerte, y la correría de los piratas se extendía a Tolú, Cumaná, Coro y Puerto Cabello. No es corta la lista de los saqueos efectuados en quince años, a partir de la toma de Jamaica: Cumaná (dos veces), Cumanagota (dos veces), Maracaibo y Gibraltar de Indias (dos veces), Río de la Hacha (cinco veces), Santa Marta (tres veces), Tolú (ocho veces), Portobello (una vez), Chagres (dos veces), Panamá (una vez), Santa Catalina (dos veces), Trujillo (una vez), Campeche (tres veces), Santiago de Cuba (una vez). Otros muchos lugares situados en el interior de la isla Española, de Honduras, de Nicaragua y de Costa Rica fueron arrasados en distintas ocasiones. Después de 1671, año de la célebre toma de Panamá por Henry Morgan, basta 1685 hubo otra *razzia* espantosa en la que según el marqués de Varinas se perdieron 60.000.000 de coro-

(1) Cesáreo Fernández Duro. *Armada Española*. T. IV. Página 59.

(2) Los bucaneros franceses e ingleses eran dueños de San Cristóbal desde 1625.

(3) La plata de la primera cayó en manos del atacante; la otra no, pero salvo esto, quedó perdida para la corona, pues hubo que [illegible] de las naves.

nas, sin contar lo que fué robado o destruído en e
mar. (1)

Inglaterra había arruinado suficientemente a Espa
ña, y tenía ya una participación demasiado conside
rable en los beneficios del comercio hispanoameri
cano para que no le pareciese absurda la continua
ción del sistema pirático. Los franceses por su par
te, dueños de la Tortuga y con un pie en Haití, tam
bién comprendieron que el propio interés les impo
nia legalizar su situación. Sin embargo, el bandole
rismo marítimo persistió durante algunos años. A
fué como en 1683 Veracruz era ocupada por los p
ratas, y durante varios días la ciudad quedó entrega
da a los horrores del hambre y el saqueo. (2) En e
mismo año, Campeche caía en manos de los facino
rosos. Estos pasaban el Pacífico, ya atravesando e
istmo, ya rodeando por el sur del continente. Lo
últimos ataques no fueron los menos brutales, y l
ocupación de Cartagena en 1597 parecía señalar e
auge del desbordamiento. El célebre de Pointi
creía poder adueñarse del país, no lo consiguió
tuvo que retirarse con las fuerzas regulares, dejan
do a sus auxiliares los bucaneros en poder de l
posición. Los expedicionarios se adueñaron de u
tesoro, y entre las joyas del botín el jefe de lo
franceses llevaba una esmeralda que puso en mano
de Luis XIV, cuando el Rey Sol recibió con gran
des honores a su diestro capitán de marinos y pe
chelingues.

---

(1) *Col. de Doc. Inéditos de Ultramar.* Segunda serie. T. XII.

(2) *Relación de la ocupación y saqueo de Veracruz, sacado de u*
carta de Méjico. Colección Navarrete. T. XXXIII. Fol. 10. Y Gervas
Antiñano. *El Comercio de Indias durante el reinado de los Austri*
Madrid, 1917. Págs. 228-229.

Ya en aquel tiempo sólo faltaba que los tratados consagrasen la decadencia española, y esto se hizo en los años que siguieron. Durante el siglo XVIII, después de la paz de Utrecht, España volvió a levantarse, pero dentro de un círculo que no era el imperial, sino como satélite de Francia, hasta la consumación de la ruína, consecuencia del suicidio de Trafalgar. Una vez más, Inglaterra quiso poner directamente la mano sobre las provincias hispanoamericanas, y ensayó el ataque militar directo, que fracasó en Buenos Aires. Los países americanos despertaron a la nominal independencia política y a la real dependencia mercantil y financiera de Inglaterra, que ejerció su imperio hasta perderlo, primeramente respecto de Méjico, y en 1919 respecto del continente sudamericano, a beneficio de los Estados Unidos.

Causa maravilla cómo pudo sostenerse y crecer el comercio entre España y los países de Ultramar, no obstante la ruina industrial de la nación, la pérdida de las bases navales antillanas, la deficiencia de la marina real y el antiespañolismo de la política seguida por la corona. Pero todo se explica, porque en historia no hay maravillas. Durante los treinta años que siguieron a la declaración de la libertad de comercio entre los puertos españoles y los puertos americanos, el aumento del tráfico fué constante y correspondía exactamente al desarrollo marítimo. Pero estaba necesariamente sometido a las contingencias de la lucha naval, y el comercio decayó cuando la lucha fué desfavorable. (1) Así,

(1) De 1722 a 1769 se botaron 26 navíos y 13 fragatas de guerra. De 1773 a 1795, aumentó la armada con 29 navíos de línea (10 de 112 cañones), 30 fragatas y 22 bergantines. Se presentó contra Inglaterra una fuerza de 63 navíos, y un total de

al comenzar el siglo XIX, las colonias españolas pasaron dos años sin relaciones mercantiles con Europa. Las exportaciones eran como sigue en los días que precedieron a la independencia:

	Pesos
Productos agrícolas............	30.000.000
Productos mineros.............	38.500.000
Total..................	68.500.000

Las importaciones, incluyendo las de contrabando, eran de 59.000.000.

Los países americanos contribuían a la exportación en esta forma:

	PRODUCTOS	
	AGRÍCOLAS	MINEROS
Virreinato de la Nueva España. Pesos..........	9.000.000	22.500.000
Virreinato del Perú y Capitanía General de Chile.	4.000.000	8.000.000
Virreinato de la Nueva Granada.	2.000.000	3.000.000
Virreinato de Buenos Aires (con el Alto Perú)....	2.000.000	5.000.000
Capitanía General de Caracas...............	4.000.000	
Capitanía General de la Habana y Puerto Rico.	9.000.000	
	30.000.000	38.500.000

Puede apreciarse lo que significaba entonces proveer a un grupo de países que absorbían mercan-

294 barcos. El personal subió de 600 hombres en tiempo de Felipe V, a 30.000 en 1788, y a 60.000 en 1795.—V. *La producción española en la Edad Moderna*. Madrid, 1914. Gervasio Artiñano y de Galdácano. Págs. 61-62.

cías europeas por valor de 59.000.000 de pesos, si consideramos que en 1791 la exportación de los Estados Unidos era de 19.000.000 y que Inglaterra exportaba a Francia, Alemania y Portugal por valor de menos de 26.000.000, o sea 5.700.000 a Francia, 7.600.000 a Portugal y 12.400.000 a Alemania. En 1802 el tráfico fué excepcional por la acumulación de mercancías detenidas durante las hostilidades. Sólo Cádiz recibió de América 82.000.000, o lo que es igual, la importación total de Inglaterra en 1790.

El desarrollo de ese comercio se fundaba en la flota de Carlos III, que unida a la de Francia y Holanda había mantenido una amenaza paralizadora contra la flota británica durante la guerra de independencia norteamericana; pero después de Trafalgar, ya sólo faltaba saber en qué forma real o virtual serían de Inglaterra los puertos de Veracruz, La Habana, el Callao, Cartagena, Buenos Aires, La Guaira, Guayaquil, Puerto Rico, Cumaná, Santa Marta, Panamá y Portobello, que en el orden referido alimentaban la exportación hispanoamericana.

XXX

INDIOS, NEGROS Y LOROS

En uno de los primeros periódicos de España se decía bajo firma de apariencia catalana que la palabra América significa algo serio y sustancial para el mundo moderno, pero que debe referirse a los Estados Unidos, pues todo lo demás es un revoltillo de españoles, portugueses, indios, negros y loros. Este infinito desdén constituye lo que pudiera llamarse la antítesis de la envidia, o sea la jactancia por lo ajeno.

En los Estados Unidos no hay indios, es verdad, salvo unos cuantos que se conservan en sus *reservations* como ejemplares de jardín zoológico. El gobierno federal atiende a esos indios, como se hace con los búfalos del Bronx. Pero si en los Estados Unidos no hay indios, hay negros, y el elemento africano es más numeroso en los Estados Unidos que en toda la América Española. ¿Hay acaso negros en la República Argentina, en el Uruguay, en Chile, en la América Central y en Méjico? Los hay numerosos en las Antillas y en ciertas cos-

tas del Mar Caribe. Pero aun allí donde el negro forma una parte considerable de la población, como en Cuba, y fuera de la América Española en el Brasil, no es una masa extraña, sino un elemento que va asimilándose gradualmente. Los catorce millones de negros, auténticos y linchables de los Estados Unidos, y cuatro millones de mulatos, pueden ser un quinto o un séptimo de la población blanca, según como se trace la línea de color en los gráficos, elemento de poca importancia numérica, pero esto no impide que la población negra, toda ella acumulada en cierta zona del país, constituya una guerra civil permanente, con todos los episodios bárbaros de la lucha de razas, cuando a una de estas se le niegan sus derechos (1). Los incendios del barrio negro de East Saint Louis, el terror de Chicago, las batallas en las calles de Washington muestran hasta qué punto está obligada a vivir en la barbarie una sociedad que quiere establecer dentro de su seno relaciones de supremacía confiadas exclusivamente al ejercicio de la fuerza material.

Otro fué el sistema de los pueblos ibéricos cuando emanciparon a los negros. El historiador Oliveira Lima trató este punto con su espíritu de noble independencia, dirigiéndose a las Universida-

(1) «En los Estados Unidos casi toda la población negra del Sur ha sido despojada de sus derechos de ciudadanía, y las declaraciones de principios democráticos están sujetas al dogma fundamental de la supremacía blanca, que es menester asegurar de un modo absoluto». *South America*, por el Vizconde Bryce. Pág. 215.

des norteamericanas (1). El sitio, la cátedra que ocupó el conferenciante, el valer propio de éste y la sustancia de sus conceptos, merecen que nos detengamos a considerar reflexivamente la síntesis formulada por Oliveira Lima.

«Ganasteis mucho terreno y os distanciasteis considerablemente de todos nosotros después de la independencia— les dice Oliveira Lima a los yanquis—, lo que significa indudablemente que la raza, el medio y el momento no nos habían preparado por igual para una persecución consciente de nuestros destinos.

«La raza en el caso nuestro, acusaba el efecto de cruzamientos físicos y morales. Sin dejar de reconocer la superioridad de algunos mestizos respecto de los factores individuales originarios, el Sr. Lacerda, en una memoria que ya he citado, señala el legado de la raza negra, cuyo conjunto, según él, consiste en vicios de lenguaje y de sangre, en concepciones falsas de la vida y de la muerte, en supersticiones groseras que incluyen el fetichismo, y en una falta general de comprensión de todo sentimiento elevado del honor y de la dignidad humana. El cuadro parecerá fiel o recargado, según las tendencias y prejuicios de quien lo examine, pero en todo caso, el autor omite la influencia moral eu-

(1) Las conferencias fueron dadas en las Universidades de Stanford, Berkeley, Chicago, Cornell, Columbia, John Hopkins y Harvard. La entereza del Sr. Oliveira Lima contrasta con la impersonalidad característica de la gran masa de españoles e hispanoamericanos que al ser designados para hablar ante los universitarios de los Estados Unidos creen de rigor un reconocimiento expreso de nuestra inferioridad colectiva. El Sr. Oliveira Lima es un hombre independiente, un gran señor, un bajá de las letras. Su yanquifilia merece respeto por decente y sincera.

ropea, tan poderosa todavía sobre el producto del cruzamiento, que fué mulato el político más sagaz que hubo en los últimos tiempos del Brasil imperial, y que fué mulato asimismo el escritor más delicado, más sútil y más ateniense de que haya memoria en los anales literarios del país. Era también mestizo el más alto de los poetas brasileños, uno de los grandes líricos americanos, Gonçalves Días, artista de viva imaginación, de opulento colorido, de ritmo admirable y de profunda sensibilidad, que supo evocar las tradiciones indígenas del país e idealizar el alma de la población autóctona.

«Esos espíritus superiores que animaron cuerpos en cuyas venas circuló la sangre de las razas llamadas inferiores, son un testimonio demostrativo de la eficacia con que obra el cruzamiento de las ideas. Por lo demás, si el mestizaje físico imprime su sello propio, ¿por qué no ha de imprimirlo el mestizaje moral? Y si el último puede ejercerse en el sentido de la depresión, ¿por qué el otro no podría ejercerse en el sentido inverso de la elevación? Los ejemplos que os cité se pierden entre los centenares que podrían citarse a quien lo solicitara en la América Latina.

«Es verdad que el medio se revestía de exceso de violencia y de coacción tiránica. Los conquistadores fueron pródigos en el empleo de la una y de la otra, como lo es todo invasor. La desigualdad en la educación y la consiguiente diferencia en la visión intelectual, produjeron en el momento de la emancipación una armonía insuficiente entre los elementos predestinados para vivir unidos. Pero si en vez de consultar el pasado, o lo que es igual, si en vez de explicar por la historia y por la tradición

los resultados actuales de la evolución política y moral de la América Latina, insistiendo sobre el primer punto, consideráramos atentamente el porvenir, sería lícito preguntarnos cuál de las dos orientaciones oculta la mayor suma de sabiduría.

«La orientación práctica impresa inconscientemente al problema de las razas durante el período colonial por los hijos de la Península Ibérica, orientación que ha continuado después de la independencia, podrá tal vez facilitar la resolución de ese problema, o mejor, asegurar su resolución para lo futuro. En efecto, al paso que vuestro país, que es bajo tantos aspectos el más progresista del globo, aquel en el que los problemas éticos adelantan más hacia su regularización, la cuestión referida sigue planteada y acepta violencias que vosotros, intelectuales y discípulos de los filósofos, sois los primeros en lamentar y en flagelar, nosotros la hemos resuelto satisfactoriamente, gracias a una fusión en la que los elementos inferiores acabarán bien pronto por desaparecer absorbidos por el elemento superior. Así, cuando entre nosotros ya no haya mestizos, cuando la sangre negra o india se haya diluído en la sangre europea, que en tiempos pasados y no muy distantes, fuerza es recordarlo, recibió contingentes bereberes, númidas, tártaros y de otras procedencias, vosotros no dejaréis de conservar indefinidamente dentro de vuestras fronteras grupos de población irreducible, de color diverso y hostiles de sentimientos.»

Cierto es que los esplendores de una civilización industrial, las cifras vertiginosas que publica la prensa diaria al dar cuenta de la riqueza del grupo nacional más populoso del muudo occidental, y el ar-

te sutil de engañar con palabras capciosas, dejan en la sombra las luchas étnicas que se libran en el interior de los Estados Unidos, como hacen desaparecer hasta la revelación y las quejas de la miseria de las clases ínfimas de esa sociedad y mantienen el engaño en que vive una Europa fascinada; pero no por ello deja de ser muy inquietante el problema para los norteamericanos que piensan, ni desaparece en la historia el rastro de la venganza con que el esclavo castiga al esclavista, imprimiendo en su fisonomía el estigma de la brutalidad.

El mismo Oliveira Lima señala con precisión esta diferencia entre las colonias angloamericanas y las iberoamericanas. «Aun podría decirse que comparativamente, la condición de las colonias iberoamericanas, era entonces superior, en ciertos aspectos, a la de las colonias angloamericanas, cuya expansión maravilla hoy al mundo.» ¿A qué tipo pertenecía, en efecto, la parte de la sociedad anglosajona cimentada sobre una capa negra de esclavos, y cuáles fueron las relaciones entre esas dos especies de hombres? Véase un cuadro que inserta Boutmy en su libro acerca de la política norteamericana. «De la esclavitud había nacido el desprecio al trabajo. Los grandes propietarios pasaban en la ociosidad buena parte del día, y sólo salían de ella para sus deportes. Los hijos de caballeros que no podían recibir educación en Inglaterra, carecían de otros recursos que el de acudir al mediocre colegio de *William and Mary*, o bien a profesores particulares que por falta de algo mejor, pertenecían a la clase de los presidiarios. La ignorancia era extrema, y reinaba en todo el Sur. Las dos Carolinas no tenían más de cinco escuelas al ter-

minar el período real. Alabama, Mississippi y Misouri no las conocían en 1830. Virginia estaba en mejores condiciones. Las instrucciones que se daban al diputado de Maryland por sus comitentes, en tiempo de Noah Webster, tenían tres cuartas partes de cruces en vez de firmas. Hasta 1776, hubo una sola imprenta en Virginia, y esa imprenta estaba dominada en lo absoluto por el gobernador. En 1749 había en Nueva York una sola librería, y ninguna en Virginia, Maryland y las dos Carolinas. Connecticutt poseía por sí solo más periódicos que todos los Estados situados al Sur de Pensylvania.

«Con ese ambiente intelectual, los hombres no oían sino la voz de sus instintos. El aislamiento, la falta de luces, el poder arbitrario sobre los esclavos, la lucha con los indios en las fronteras, habían desarrollado en ellos una especie de individualismo violento y feroz que producía una masa de semibárbaros, y por excepción hombres superiores, aptos para el mando y expertos en su ejercicio, penetrados de una especie de conciencia candorosa del derecho que tenían a que se les tomase por jefes. Aun en 1840, los niños veían en el valor físico el atributo más noble de la humanidad, y consideraban el trabajo manual como un deshonor, el homicidio como uno de los accidentes más ordinarios, la generosidad como más importante que la justicia, y la humillación a los ojos de los hombres como el más intolerable de los males. Se adoptaban costumbres violentas y desenfrenadas sólo para evitar la imputación de indigencia. Hay que representarse la existencia de aquel tiempo en Virginia y en las provincias más meridionales, como una especie de vida de castellanos que resucitaba una

edad media sin trovadores, en la que la servidumbre de la gleba, la hospitalidad fácil, el lujo ostentoso, la ociosidad de los largos días, ocupados sólo en duelos, riñas brutales, juegos y apuestas, peleas de gallos y cacerías de animales o de indios, recordaban las costumbres de alguna marca europea del siglo XIII. El colono se aproximaba rápidamente al salvaje.» (1)

El mismo Bryce, ya citado, autor de un libro tan denigrante para España que si no supiéramos que es obra de un inglés, diríase que lo ha escrito un español, después de pasar por los países iberoamericanos su mirada despectiva, formula una conclusión idéntica a la de Oliveira Lima: «El primer pensamiento de quien esté preocupado, como lo está hoy todo el mundo, por el desenvolvimiento de los recursos naturales, es un sentimiento (2) de contrariedad al ver que ninguna de las razas continentales de Europa, poderosas por su número y por su habilidad, como los Estados Unidos, Alemania, o Inglaterra, ha puesto las manos en la masa, como se dice familiarmente... Pero tal vez sea bueno esperar y ver las nuevas condiciones del siglo que viene. Los pueblos latinoamericanos pueden ser algo diferente de lo que en la actualidad aparecen a los ojos de Europa y de Norteamérica. (3)

«No quisiéramos suponer que la experiencia sea poco satisfactoria, ¿pero se dará tiempo a las sociedades iberoamericanas para que hagan esa expe-

---

(1) Emile Boutmy.—*Elements d'une psychologie politique du peuple Americain.* Págs. 279-282.

(2) Nótese que para el señor Bryce los pensamientos son sentimientos. El texto inglés lo dice.

(3) Bryce. *Op. cit.* Págs. 420-421.

riencia antes que les imponga su ley «alguna de las razas occidentales, poderosas por su número y por su habilidad?»

On ne sait jamais ce que l'on fonde, dice Renan. España dejó una serie grandísima de interrogaciones en una línea de 10.000 kilómetros. ¿Hizo más Inglaterra en América? Aunque los hechos citados en este libro dan la respuesta, voy a presentar una observación final.

Dentro de los dominios americanos del Rey de España, la obra de hispanización se extendía entre los 41.° de latitud austral y los 37.° de latitud boreal. Los enormes y discontinuos territorios, cuya extensión superaba cuatro veces la superficie de la India Británica, poblada por más de 300 millones de habitantes, tenían a lo sumo diez y seis millones de almas. Las provincias hispanoamericanas carecían, además, de un nexo geográfico que las unificara, y no había una sola entre ellas que pudiese disponer de un medio susceptible de aprovechamiento como base de una futura expansión, alimentada por la colonización europea. Las provincias del Río de la Plata presentaban tres de los elementos propios para hacer de ellas un gran núcleo de vida independiente, esto es, acceso fácil, corrientes navegables y tierras templadas, pero les faltaron hierro y carbón, factores decisivos en los momentos de la transformación industrial. Sin embargo, su situación, sus ríos y su clima, dieron a aquellas provincias un impulso extraordinario. Entre 1857 y 1918, cerca de cinco millones de personas llegaron a la Argentina. No todos eran inmigrantes, pues hay que descontar el viaje redondo de los segadores italianos, pero es un dato muy significativo que de 7.800.000,

2.300.000 se hayan naturalizado. El pequeño Uruguay, parte del antiguo Virreinato del Río de la Plata, con una población de 1.300.000 habitantes, recibe alrededor de 250.000 inmigrantes o visitantes por año.

Ahora bien, esos dos países eran los menos poblados del tiempo anterior a la independencia, pues con el Uruguay tenían 600.000 habitantes.

La población del resto de la América española no ha permanecido estacionaria, pero la inmigración no tiene para los otros países hispanoamericanos la importancia que permiten las condiciones geográficas en la Argentina y en el Uruguay. Fuera de Cuba, centro de atracción para los españoles peninsulares, que forman una parte muy considerable de su población, la América Española está hoy relativamente tan aislada como en el tiempo de las carabelas, o en el de los galeones y de los barcos de registro.

Chile ofrece condiciones tan ventajosas para la colonización, como los Estados Unidos, el Uruguay o la Argentina, pero la situación de sus costas, lejos de las rutas marítimas, ha sido un retraente.

Otras razones más complejas, y algunas de índole exclusivamente económica, han puesto fuera de la lista a los países hispanoamericanos. Venezuela, por ejemplo, es de una fertilidad asombrosa, y tiene una línea de costas perfectamente articulada; pero esas costas extienden sus radas y golfos en un mar interior, y no dan entrada a un país susceptible de explotación como centro productor de cereales en la escala del Canadá o de la República Argentina. Pocos países habrá más adecuados que Venezuela para la cría de ganados y para el cultivo de

frutas coloniales, pero no pudo ofrecer a los emigrantes europeos ninguna de las ventajas que presentan las tierras a que da acceso el delta del Mississipí.

Méjico, es un golfo desierto; Méjico, país sin ríos navegables, y aun sin ríos no navegables; con un régimen de lluvias funesto para la formación de una agricultura de cereales, tenía que rescatar de la sequía sus ricas tierras áridas, y para ello no contaba con otro recurso que los excedentes de su minería. Este recurso faltó en el momento de la transformación económica del país, cuando apenas se iniciaba la formación de una gran agricultura de riegos. El choque comunicado por la invasión de las hordas napoelónicas en España, produjo en Méjico una explosión anárquica que arruinó la minería durante setenta años, y cuando la minería se rehizo, ya sus beneficios no eran aprovechables para el país, pues la explotación había pasado a manos de extranjeros.

No menos destructora fué la guerra civil en la Nueva Granada y en Venezuela. La ruptura del vínculo con España se hizo a costa de una lucha en la que desaparecieron las clases directoras y en la que además de la ruína material que fué muy considerable, sobre todo para Venezuela, se produjo una disolución moral cuya acción se manifiesta todavía después de un siglo.

El Perú vivió desquiciado. Bolivia en estado de «pueblo enfermo», como lo llama uno de sus hijos. (1) La América Central se dividió en cinco fracciones minúsculas desgobernadas, cacicatos incapaces de vida propia y que por falta de los atri-

(1) Aquiles Arguedas. *Pueblo Enfermo.*

butos constitutivos de un Estado, fueron entregándose sucesivamente al extranjero.

Sólo Chile con su juiciosa «oligarquía de blancos», y el Paraguay, prudentemente aislado del inficionamiento general, por la energía de sus dictadores, conservaron una vida ordenada, de espectativa, hasta que les fuese dado aspirar a un desenvolvimiento sin agitaciones. Chile consiguió su objeto, pero el Paraguay tuvo que afrontar una invasión exterminadora, resultado de la anarquía bonaerense que entregó aquella fracción del antiguo virreinato a los empujes impotentes, pero furiosos y destructores, del Brasil.

¿Esta fué la obra de España? Luego España no hizo sino crear anarquías. Tal es la afirmación de los hispanófobos. Y la fundan en que España sólo exportó violencias. Contradiciendo esta tesis, otros afirman que la alegada infecundidad española es el funesto resultado de la conservación de los indígenas. Examinaré someramente ambos asuntos.

¿Los Estados Unidos se fundaron acaso sin violencia? ¿Los ingleses fueron menos conquistadores en el siglo XVII que los españoles en el XVI? ¿Y la guerra de independencia de los Estados Unidos no fué una guerra civil, tan brutal y tan desquiciadora, tan loca, tan desatinada como cualquiera de las guerras civiles de la América Española? Más aún, pues en Buenos Aires se hizo sin agitación lo que costó siete años de guerra, y de guerra estúpidamente conducida en los Estados Unidos. ¿Y la guerra separatista, se hizo acaso con jazmines? Las *guerras a muerte* de Venezuela son novelas pastorales junto a las *Marchas de Atlanta al mar*. El primer incendiario de los tiempos modernos es Sher-

man, y Grant el general que ha prodigado con menos escrúpulos la carne de cañón.

Lo que la América Española ha tenido como característica no es la guerra civil, sino su prolongación, y esta duración indefinida no es obra de la violencia española ni de la incultura indígena o de la sangre negra. Chile ha sido pacífico y predomina numéricamente el elemento mestizo; el Brasil también ha tenido tranquilidad, y la sangre africana guarda una proporción considerable de su composición étnica.

La falta de estabilidad económica ha sido la causa general de los trastornos hispanoamericanos. ¿Quién pacificó a la Argentina, que se hizo independiente sin lucha y que vivió después en larguísimo estado de anarquía? Se pobló, se enriqueció y se aplacó. ¿Quién mantuvo quieto a Méjico durante dos siglos y medio? La *veta grande* de Zacatecas que dió 600 millones de pesos, y la *veta grande* de Guanajuato, que formó una «Lombardía» en el territorio desierto de los chichimecas. ¿Por qué se perpetuó la anarquía? Porque Méjico es sólo dueño de su suelo ingrato y de su cielo inconstante, o en otros términos, de las pobrezas de su medio, y porque las riquezas anotadas en su nombre por los geógrafos a título de nuda propiedad, son del extranjero. ¿A quién pertenece Bolivia? ¿Qué luchas diplomáticas no libraron dos grandes potencias para disputarse las bahías de Colombia y su petróleo?

Cada país de América es un problema. El del Perú no se resuelve con datos del de Costa Rica. Los argentinos emplean ya el término «diferenciación», con harta frecuencia. Se complacen llamán-

dose los yanquis del Sur. Ese orgullo no es ilegítimo, pero los que con menos fortuna han luchado acaso más contra una geografía enemiga y contra el amago de las grandes razas victoriosas, pueden llevar a la historia algún testimonio y alguna afirmación del origen común. Así en el Rhin, el caudal de la desembocadura que se ensancha orgullosamente para recibir el tráfico de Rotterdam, pasó por el mismo cauce y reflejó las mismas torres que el agua del brazo fluvial perdido tristemente junto a las ciudades muertas del Zuydersee.

FIN

INDICE



: **pesetas.**